

# Estampa

Menú

Propietario:  
Luis Montiel

Director:  
Antonio G.  
de Linares

Año 1= Núm. 5

*Revista Gráfica y Literaria de la Actualidad  
Española y Mundial=Editada en Suc. de Rivadeneira*

*Paseo de San Vicente 20 == MADRID.*



El insigne novelista Vicente Blasco Ibáñez, el más universalizado de nuestros literatos contemporáneos, que desde las páginas admirables de "La Barraca", su obra cumbre, hasta las de su último libro, "En busca del gran Khan", ha realizado una labor titánica en ensalzamiento de las Letras españolas. Fallecido en Menton, el 28 de enero de 1928

**30 ctms.**

(Retrato obtenido recientemente en "Fontana Rosa" residencia francesa del gran escritor.)





Blasco Ibáñez durante su último viaje a España. El insigne novelista rodeado de niños a la puerta de la Iglesia de Palos de Moguer.

(Fot. Serrano.)



Blasco Ibáñez durante su último viaje a España. El gran escritor visitando la Rábida, para hacer estudios con destino a una obra en proyecto.

(Fot. Serrano.)

## Un gran desaparecido Vicente Blasco Ibáñez

El novelista y el hombre

### EL ESCRITOR

Los jóvenes artistas no tienen la obligación de ser justos. Diríamos más. Diríamos que tienen la obligación de ser injustos. Su deber es arremeter impetuosamente y ciegamente contra los valores consagrados, sin pararse a considerar cuáles son legítimos. Esa insurrección contra los Maestros es necesaria para que la Ciencia y el Arte, la Cultura toda, no se quede quieta, estancada.

No hay motivo, pues, para que nos escandalicemos los ataques de la joven generación literaria a Blasco Ibáñez; pero hay que decir, y no por cumplimiento funerario, sino porque es verdad, que, a pesar de todo, el autor de *La barraca*, de *Cañas y barro*, de los *Cuentos valencianos*, era uno de los más grandes novelistas de nuestro tiempo.

Se le pueden poner reparos a algunas novelas de estos últimos años, elaboradas precipitadamente, con más habilidad que emoción; confeccionadas como con receta y en serie, verdadera producción *standardizada*, apta para servir los pedidos de un público mundial numerosísimo; pero estos pecados del Maestro no pueden hacer olvidar sus grandes cualidades, espléndidamente puestas de relieve en los libros de sus primeros tiempos, en las narraciones de ambiente valenciano, de una fuerza plástica y de una luminosidad que con razón han hecho que se diga de él que pintaba, escribiendo. No era un estilista. No era un escritor recortado y correcto. Su prosa caudalosa, tumultuosa, encrespada, sonora, revuelta, arrastraba muchas impurezas; pero ese gran torrente sabía cantar patéticamente las pasiones primitivas y bárbaras, las peleas de los huertanos a navajazos, los celos, el hambre, la codicia, los cru-

dos dramas rurales... Sobre todo en algunos cuentos, en *¡Pa que no pene!*, por ejemplo, Blasco Ibáñez muestra sus dotes prodigiosas de narrador, dando a asuntos tratados diferentes veces una emoción dramática insuperable.

Blasco Ibáñez ha sido un escritor muy fecundo. Su primer libro, escrito a los catorce años, se titula *Cuentos grises*. El último que se ha publicado en español se titula *Novelas de amor y de muerte*.

### "VISENTICO", CAPITÁN

Más interesante todavía que su obra es su vida, agitada y tumultuosa.

Había nacido en Valencia el 29 de enero de 1867, en una familia de comerciantes, oriundos del Bajo Aragón.

Desde chico muestra su vocación de mando, su carácter resuelto e imperioso.

Se reunían a jugar en una plazaleta cercana a su casa una porción de muchachos, y uno de los deportes que practicaban era el de organizar bandos que se apedreaban.

—¿Quieres pelear tú, Visentico?—le preguntaron al futuro novelista el primer día que apareció por allí.

—Sí... Pero yo soy capitán... Si no, no... La pretensión era demasiado ambiciosa y los chicos la rechazaron.

—Pues no peleas.

Pero Visentico no se conformó.

—Sí peleo.

—No peleas—repitió el coro.

—Sí peleo, porque me peleo con todos vosotros.

Y, en efecto: empezó a apedrearlos.

Los dos bandos reunidos (treinta o cuarenta muchachos en total) respondieron al fuego, y durante su buena media hora el futuro autor de *Cañas y barro* se mantuvo firme.

Lo recogieron magullado, con las narices rotas, lleno de descalabraduras...

### "LA DIVINA COMEDIA" CONTADA POR "VISENTICO"

Se reveló pronto su talento de narrador. Un día, en el colegio, en la clase de Retórica, el profesor le hizo levantarse:

—Explique el argumento de la *Divina Comedia*.

El pequeño Blasco no era un gran estudiante. Le gustaban mucho las lecturas literarias. Pero las lecturas literarias que le imponían como obligación escolar, no.

Ni había leído la *Divina Comedia* ni tenía idea de su argumento. Pero empezó a contarle imperturbable:

—En un país lejano de Oriente había un anciano, que vivía retirado en el fondo de un palacio de mármol y oro...

El profesor le interrumpió escandalizado: —¿Eh!... Señor Blasco Ibáñez..., ¿qué dice usted?...

Pero Blasco Ibáñez seguía impertérrito su relato.

Hablaba de la India sagrada... De los bosques densos y misteriosos... De alcázares mirándose en hondos lagos... De bayaderas, girando en el claro de luna...

Y hablaba tan maravillosamente, que toda la



clase le escuchaba sugestionada, y que el profesor, olvidándose de que aquello no era la *Divina Comedia*, asentía entusiasmado:

—¡Bien!... ¡Muy bien, señor Blasco!... ¡Muy bien!...

Uno de los discípulos que le escucharon en aquella ocasión me contaba:

—Cuando acabó de hablar, todos rompimos a aplaudir frenéticamente.

MIENTRAS FERNÁNDEZ  
Y GONZÁLEZ DUERME...

En Madrid había sido, en efecto, amigo y secretario de Fernández y González.

De madrugada, después de vagar por los cafés hasta las altas horas, el viejo escritor y Blasco Ibáñez se reclinaban en la casa de D. Manuel, en la calle del Amor de Dios, y allí el autor de *Men Rodríguez de Sanabria*, que estaba medio ciego, empezaba a dictar sus folletines al muchacho.

En mitad del dictado se quedaba dormido. Y Blasco Ibáñez no lo despertaba: continuaba escribiendo por su cuenta.

Algunas obras de Fernández y González están hechas así.

¡CIEN CUARTILLAS  
SOBRE LA PLATINA!

Poco después empezó ya Blasco Ibáñez a escribir decididamente por su cuenta.

Fundó el diario valenciano *El Pueblo*, y para folletín de él escribió *Flor de Mayo* y *La barraca*.

Las escribía sobre la platina, con el cajista al lado, que aguardaba para llevarse las cuartillas, entre el jaleo de la "última hora".

En estas condiciones escribía hasta cien cuartillas algunos días.

—Pero, D. Vicente—le preguntaban a veces—, ¿cómo puede usted trabajar así?

—¡Ah! Es que yo no me entero de lo que pasa a mi alrededor: me aiso; me encierro dentro de mí...

TIROS AL AIRE

Las batallas políticas y periodísticas hicieron a Blasco Ibáñez sostener varios duelos.

En uno, en que se batía a pistola, se advirtió que disparaba al aire en tanto que su adversario disparaba sanamente sobre él.

Uno de sus padrinos se acercó a indicarle: —No haga eso. Puesto que él tira contra usted sin contemplaciones, tire usted contra él.

Blasco se calló. Pero cuando le tocó disparar otra vez, volvió a disparar al aire.

—Pero ¿por qué hace usted eso?... le preguntó, corriendo otra vez a su lado, el testigo.

—Es que ese hombre tiene una mujer e hijos... Si lo mato sería una infamia...

—Pero ¿y si lo mata él a usted?

—¡Bah!... Mi familia tiene con qué vivir...

POR QUÉ NO PUBLICÓ  
BLASCO UNA NOVELA

Otro rasgo de hidalguía de Blasco Ibáñez fue dejar sin publicar *La voluntad de vivir*, novela que escribió en 1907. Estaba ya impresa la tirada completa de esta obra: 12.000 ejemplares, cuando Blasco recibió un telegrama urgente de una dama a la que había enviado el primer ejemplar del libro: "Temo ser reconocida en la novela."

En efecto, parece que el novelista, dejándose arrebatar por sentimientos muy poderosos, había pintado sin querer a la señora y una gran pasión por ella.

Al recibir el telegrama el novelista no vaciló. Mandó quemar la edición entera, y nadie—excepto tres o cuatro bibliófilos muy afortunados—ha logrado tener en sus manos un ejemplar del libro.

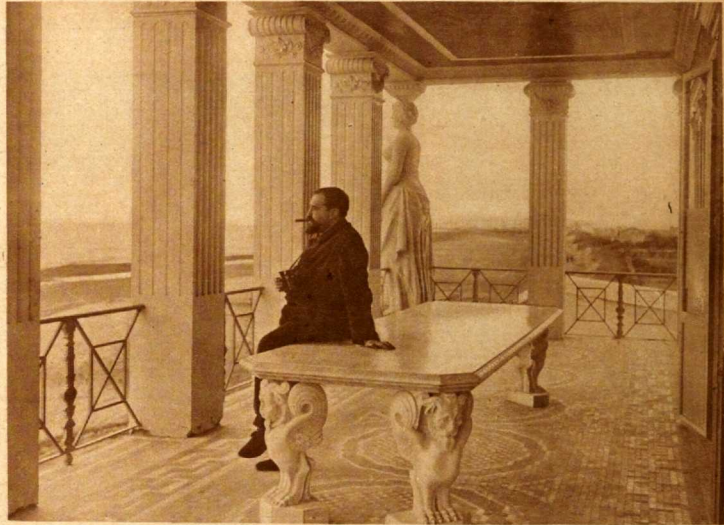
"¡YO GANO MÁS  
QUE LOS TOREROS!"

El autor de *La condenada* era un hombre altivo.

—¡Ya me fastidia—dijo un día—que los toreros ganen más que los escritores!

Estaba en Buenos Aires dando conferencias. Se las pagaban caras; pero no al precio que su orgullo quería.

Un día dio una en la más gran sala de espectáculos de la capital argentina.



Blasco Ibáñez en la galería pompeyana de su casa de Valencia, la "Malvarrosa", contemplando el Mediterráneo, que tan bellas páginas le inspirara. (Fot. Barberá-Masip.)



Blasco Ibáñez en el lecho de muerte.—Fotografía obtenida por C. Ruggeri y remitida a "Estampa" por avión.

"Hablará—anunciaban los carteles—durante tres horas y media."

Se llenó la gran sala. Y, en efecto, durante tres horas y media Blasco habló con voz estentórea a la muchedumbre.

Cuando acabó estaba afónico. Y afónico estuvo varios meses. Pero la conferencia le produjo 14.500 pesetas.

De vuelta a España se encontró en Montevideo con Antonio Fuentes, el "Juan Gallardo" de *Sangre y arena*.

—Yo—indicó Fuentes—he ganado en una tarde 10.000 pesetas...

—Pues yo—declaró el novelista—, 14.500.

..

Es menester poner punto. Sería necesario un gran volumen para contar todas las aventuras de que ha sido protagonista el grande y fuerte hombre que acaba de extinguirse.



Blasco Ibáñez, visto por Sirio.



# LAS ACTUALIDADES DE LA SEMANA



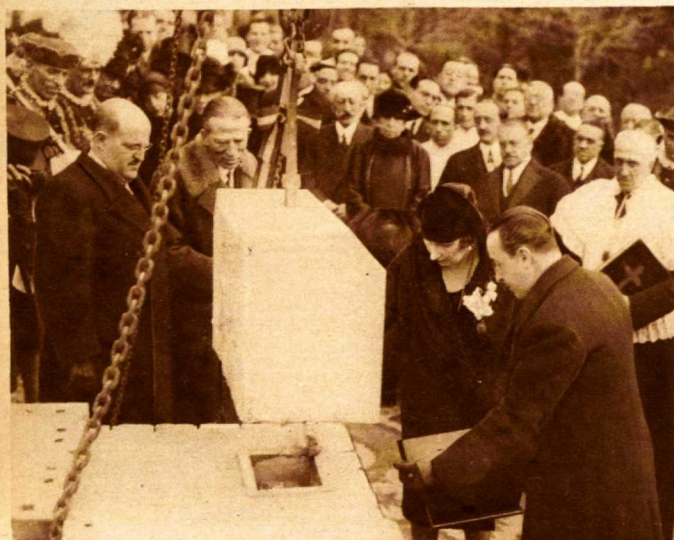
El general Primo de Rivera, el embajador de Alemania, el ministro de Chile y varias distinguidas personalidades, al dar término, en el Ministerio de Estado, al banquete ofrecido por el jefe del Gobierno a dichos diplomáticos, fiesta durante la cual el marqués de Estella les entregó las plumas de oro con que fueron firmados los Convenios de Aviación con Alemania y de arbitraje con Chile. (Fot. Vidal.)



Imponente manifestación de duelo que acompañó a los restos mortales de la insigne doña María Guerrero en el acto de su entierro.—La comitiva, ante el teatro Español. (Fot. Zapata.)



S. A. R. la infanta doña Isabel saliendo de la iglesia del Buen Suceso, después de asistir a la ceremonia religiosa que los caballeros hijosdalgo celebraron en honor de su Patrono San Ildefonso. (Fot. Andover.)



S. M. la Reina doña Victoria Eugenia en el acto de colocación de la primera piedra del Pabellón Provincial de Oncología, que se edifica en los terrenos del Instituto del Príncipe de Asturias. (Fot. Vidal.)



S. M. la Reina conversando con don Amalio Jimeno, después del acto de colocación de la primera piedra del Pabellón de Oncología. (Fot. Vidal.)



## EN MADRID Y EN EL EXTRANJERO



Sesión de apertura de curso académico en la Sociedad Ginecológica Española, acto celebrado bajo la presidencia del ilustre doctor Recasens, decano de la Facultad de Medicina. (Fot. Vidal.)



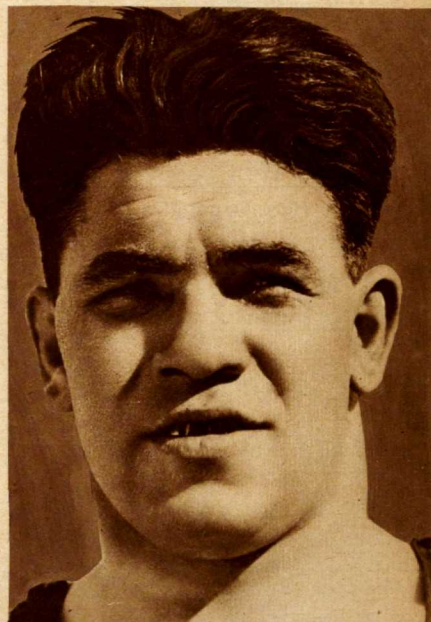
Solemne acto de consagración del nuevo obispo de Barbastro, R. P. Nicanor Mutiloa (X), celebrado en la iglesia de los PP. Redentoristas, de Madrid. A la ceremonia asistieron el Nuncio de Su Santidad y el cardinal Segura. (Fot. Vidal.)



Serafín Álvarez Quintero (1) leyendo unas cuartillas al ser descubierta la lápida dedicada a la memoria de Bécquer, en la casa donde el gran poeta vivió y murió, en la calle de Claudio Coello, número 23. Al homenaje, debido a la iniciativa de don Pedro Marroquín, asistió doña Julia Bécquer, sobrina de Gustavo Adolfo Bécquer.



El notable pintor escenógrafo español Amalio Fernández, fallecido recientemente en los Estados Unidos. Retrato obtenido durante su último viaje a España. (Fot. Vidal.)



Paulino Uzcudun, el gran boxeador vasco, que acaba de obtener una nueva y ruidosa victoria, derrotando a Romero Rojas por "k. o.", en Méjico. (Fot. Sport.)



# OPOSITORES

Si queréis estar al corriente de todas las convocatorias, detalles e instrucciones acerca de toda clase de Oposiciones, suscribiros al

## Boletín de Informaciones del Opositor

Publicación quincenal: 3 ptas. año

Pídase la suscripción o número de muestra, que se envía gratuitamente, al Centro de Enseñanza

## Editorial Reus

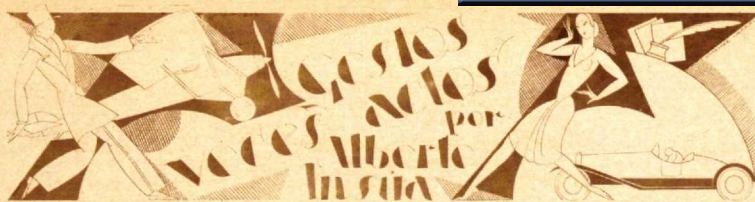
Casa fundada en 1852

Clases: PRECIADOS, 1.

Libros: PRECIADOS, 6.

Correspondencia: Apartado 12.250

MADRID



MI ADIÓS A MARÍA GUERRERO

No hace todavía un año. Fué en La Habana, a fines de abril de 1927. La Guerrero celebraba su beneficio. Y el teatro de Payret, que es muy espacioso, rebosaba de público. No recuerdo con exactitud la obra elegida por la insigne actriz para aquella noche. Hacía ya calor en La Habana y, para retardar el momento de ponerme la camisa rígida y el smoking de Europa, llegué al teatro en los finales de la función. Al terminar ésta iba a rendirse, por oradores, actores y poetas, un homenaje a María Guerrero. Lucilo de la Peña, escritor y político cubano de sorprendentes dotes oratorias, haría el discurso: un discurso caudaloso, ingenioso. El programa anunciaba para después «unas cuartillas mías, unos versos de Sánchez-Galarraga, el ilustre poeta, y la aparición sobre el tablado de dos actores popularísimos en La Habana, españoles los dos, pero tan acriollados que el primero, Regino López, dirige la única escena vernácula de Cuba—el teatro Alhambra, donde se superpone al sainete cubano una, a mi juicio,

perniciosa salacidad—, y el segundo, Sergio Acebal, interpreta en el mencionado teatro «el negrito», que no falta en ninguna obra.

Pero ocurrió que Lucilo de la Peña se puso enfermo. ¡Iba a quedarse D.ª María sin discurso! Un homenaje teatral sin oradores; sin, a lo menos, un señor que salga, se adelante a la batería y pronuncie unas frases floridas y calurosas en loor de la persona festejada, es un homenaje a medias. El discurso es de ritual y de rigor. Sobre todo, en Cuba, país de oradores naturales y auditorio propicio. Noté en Fernando Díaz de Mendoza cierta contrariedad. Presumí que fuese por la ausencia del orador. Y le dije:

—No voy a leer, Fernando. Voy a hablar.

—Perfectamente.

Nos entendimos con los ojos. Para mí no se trataba de una improvisación—siempre arriesgada—, sino de pronunciar el texto de mis cuartillas. Pero éstas eran demasiado breves y sintéticas. Sería preciso amplificarlas y adornarlas. Hacer, en suma, un verdadero discurso; substituir dignamente a un formidable orador; no defraudar al numeroso auditorio; no ser parco, sino caudal en la alabanza a María Guerrero... A María Guerrero, que era popularísima en La Habana, como en todas las ciudades de origen hispánico. A María Guerrero, cuya ingente figura escénica crecía, abrumadora, ante mí.

Y pasaron las cosas de esta suerte:

Terminada la comedia—con una fragorosa ovación para María Guerrero, que ésta recibió conmovida, rendida, y como arrollada por el alud de los aplausos y los bravos—, se dispuso rápidamente la *mise en scene* del homenaje. Fernando dió unas órdenes. Trajéronse al escenario, según costumbre, las *corbeilles*, retiróse algún mueble y se aproximó a una mesa de traza española amplio sitial donde, sentada, erguido el busto, alta, pero ladeada la cabeza, tuvo María una prestancia real, como en tantas obras de su repertorio donde «hacía»—sin necesidad de *pose*—la reina, con sólo seguir siendo ella misma.

Salí yo, tremante. Hablé. A tan corta distancia

de María, que me era dado advertir en su rostro, tan expresivo—un panorama de la emoción—los matices más leves, las reacciones más recónditas de su espíritu ante el choque de mis palabras. Y también—¡oh, dolor!—pude advertir la senectud prematura de su semblante, majestuoso, bello, con su aureola de plata, pero ya marcado por la «Pá-lida».

Hablé. Dije que eran—o habían sido—cuatro las grandes, las egregias actrices latinas de mi época. Las que yo había oído y entendido, sumándome a las muchedumbres universales. Las enumeré:

Sarah Bernhardt.

Eleonora Duse.

Réjane.

María Guerrero.

A cada nombre, ésta asentía. Menos al llegar al suyo. Entonces, el público, con un aplauso cerrado, refrendó mi aserto. ¡Sarah Bernhardt, la Duse, Réjane, María Guerrero! Acudieron a mis labios los «papeles» más famosos de cada una, los «autores» que más genialmente interpretaron. Y sostuve que siendo todas multiformes, clásicas y

actuales—ninguna tanto como María—, en cada una de ellas apredominaba un autor. Para mí, el de Sarah no había sido Shakespeare, ni Racine, ni el sonoro Rostand, sino Víctor Hugo. Sarah Bernhardt había entrado en la gloria del brazo del «padre Hugos», vestida de *Doña Sol*. Para mí, el autor de la Duse no era Goldoni, ni Sardou, ni Dumas, hijo. Era el D'Annunzio de *La città morta*. Y la Duse había tenido que entrar sin caballero en la gloria. A Réjane, ¿quién le había franqueado la puerta elísea, resplandeciente? Dije que Sardou. Y defendí, en Sardou, al hombre de teatros, con reiterada anuencia de María.

Llegábamos a ella. ¿Quién—le pregunté en fervoroso apóstrofe—será, María, vuestro caballero en la hora de vuestra inmortalidad consumada, que los ha-

dos retarden? María palideció, sonrió, indecisa. ¿Cuál, entre todos, era su autor? ¿En qué obra había alcanzado su genio una expresión más completa? Y desfilaron, en teoría acelerada, como «primeros términos cinematográficos, los grandes papeles de la soberana actriz. Y bajo cada uno el nombre del autor: Lope, Feliú y Codina, Guimerá, Echegaray, Galdós, Benavente, Los Quinteros, Marquina...

«María—dije—: el que va a franquearos la puerta elísea, resplandeciente es, como Víctor Hugo, un anciano. ¿Echegaray, vuestro «Don José», que tanto os quiso y de quien tantas heroínas convencionales humanizasteis? No. Vuestro caballero será... aquí me detuve, ella lo había adivinado, el público esperaba, ansioso la solución;—vuestro caballero será... Don Benito. El de *Realidad*, el de *La loca de la casa*, el de *Doña Perfecta*. He ahí, María, vuestro autor y vuestra obra. Vestida de *Doña Perfecta*, del brazo paterno de Galdós, entraréis en la morada de los inmortales. María...

Asintió, con todo su cuerpo, como si ya «la buscara» la sombra de D. Benito. En pie, el público aplaudía... Tal fué mi adiós a la comedianta egregia. Un adiós subconsciente. ¿Quién, en tal instante, de apoteosis, hubiese podido decirme: «antes de un año vendrá a buscarla la sombra de Galdós?»

Ya está María en los Campos Elíseos, en su sitio.



Ultima expresión de la gran trágica. — Apunte de Daniel Vázquez Díaz.

Las enfermedades del

## ESTOMAGO

### e INTESTINOS

aunque sean de mu-  
chos años de antigüe-  
dad y hayan fracasado  
otros tratamientos,  
: se curan con el :

## Elixir Estomacal

## SAIZ DE CARLOS

Medicamento agradable, inofensivo siempre en todas las edades, y de buenos resultados para quitar el dolor de estómago, acedías, vómitos, aguas de boca, malas digestiones, diarreas en niños y adultos, etc.



# La semana teatral

## Los estrenos

LA VIDA SIGUE...

**C**ierto, amigo Sassone. La vida sigue. No hay triunfo, placer o gloria que nos sea dado saborear reposadamente más allá del momento preciso en que a nosotros llega un asomo de dicha. La vida nos obliga a continuar. Tampoco hallamos en nuestro camino esa tregua de quietud que demanda el recato de nuestros dolores más íntimos. La vida sigue, y tira de nosotros.

Al día siguiente de entregar a la tierra la carne mortal de María Guerrero, los hijos de la eximia comediante volvían a comparecer en la escena. Dos días después del entierro, tornaba también el ilustre viudo a enfrentarse con el público. La brillante multitud que llenaba la sala, hubo de saludar a los infortunados con unos alentadores aplausos, que eran conmovido tributo de solidaridad afectiva. De los ojos de los actores, escaldados todavía del reciente llanto, asomaron nuevas lágrimas. Un minuto de realidad humana, en que el tremendo duelo interior rompió sus ligaduras. Luego, el pañuelo audió presuroso a enjugar el amargo rocío que temblaba en las pestañas. El imperio de la ficción escénica recobró tiránicamente sus fueros. La vida sigue...

LA RUTA OPTIMISTA

De la técnica novelística ha pasado el señor López de Haro al mecanismo de la escena, sin alteración fundamental del procedimiento. El autor de *Entre desconocidos*, comedia estrenada días pasados en Calderón, suele utilizar, en calidad de novelista, dos resortes poderosos: el dinamismo externo de la acción y el trazo sobrio y destacado en el diseño de los tipos. Ambos recursos persiguen finalidades sintéticas. En el Teatro tienen, por ende, cabal explicación y acomodo.

La ruina sobreviene inopinadamente en una casa burguesa. El jefe de la familia, abatido por el infortunio y el deshonor, pasa por la amargura de ver que su mujer y sus hijos, habituados a la holgura pasada, no conocen otro ambiente que el de la lisonja y la frivolidad. ¿Qué reacciones puede producir la catástrofe financiera en aquella casa? Si el autor deja gravitar libremente sobre los personajes el lastre deplorable de sus antecedentes —ocio, prejuicios sociales, incompreensión—, la trayectoria de la obra mostrará proclividades funestas. Criterio pesimista: la acción desembocará en el drama. El señor López de Haro ha enfilado la ruta opuesta. Sus personajes se rebelan contra la adversidad, yérquense arrogantes, sacan fuerzas de flaqueza y se tornan sensatos y laboriosos. La voluntad ha sido benéfico torcedor del destino. Criterio optimista: la obra arriba muellemente a un plácido desenlace de comedia.

El primer acto es el mejor construido. La exposición fluye, espontánea, clara y sencilla, sin farrago narrativo, sobria y certera, en alas del interés de la acción. Acrecientan la avidez del público las peripecias dramáticas de la jornada segunda, cuya última escena, pese a su extensión desmesurada —parlamento de un solo personaje, por añadidura—, ofrece tensiones emotivas de las que Rosario Pino obtiene con arte exquisito la eficacia apetecible. Y llega el tercer acto, donde el desenlace, incierto hasta el momento de caer la cortina, muestra la habilidad y cautela de un autor que sabe concatenar diestramente todos los recursos del juego escénico.

El señor López de Haro, requerido por los aplausos de la asamblea, salió al proscenio al acabar cada una de las jornadas. Participaron del agasajo Rosario Pino, cuya fina sensibilidad ofrece siempre matices nuevos; María Guerrero López, actriz de casta, que de día en día confirma la calidad de su abolengo artístico; Fernando Díaz de Mendoza, que compuso su personaje con entonada justeza, y Fernando y Carlos Díaz de Mendoza y Guerrero, ambos muy fortunados en sus papeles respectivos.



Una escena del sainete "La chula de Pontevedra", libro de Paradas y Jiménez y música de los maestros Luna y Bru, estrenado con excelente éxito en el teatro Apolo, de Madrid. (Fot. Vidal.)

TEMPORAL EN EL BALNEARIO.

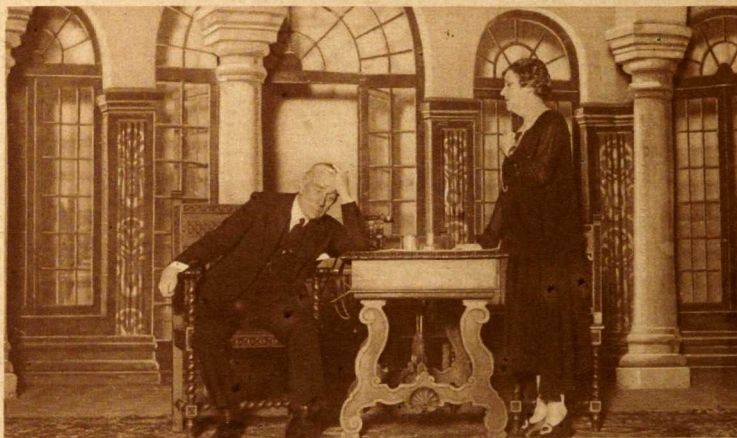
Contar cuatro chascarrillos subditos de color en el seno de una tertulia de café, no es lo mismo que permitirse análoga expansión desde el escenario de un teatro, siquiera sea tan propicio a este linaje de campechano humorismo como el que suele acudir a Eslava. *La Cascada* (balneario de moda) se derrumbó con estrépito en el segundo acto, después de haber salido el primero, no ya indemne, sino triunfante. El exceso de mostaza perjudicó al condimento. Bien se está el Aretino en el más alto estante de la biblioteca, allí donde no puedan alcanzarlo todas las manos. El señor Jaquetot, que dista mucho de ser un Aretino, no ha quedado ciertamente a la zaga del clásico italiano en punto a desenfado y crudeza, ya que no haya podido medirse con él en cuanto a la calidad y originalidad de sus audacias.

ARNICHISMO, Y DEL BUENO.

Porque también lo hay mediano, y aun pésimo. Sabido es que el maestro no siempre se muestra

demasiado escrupuloso en la elección de ingredientes para sus obras. Los señores Paradas y Jiménez, autores del libro de *La chula de Pontevedra*, sabían, sin duda, la falta que estaba haciendo en Apolo un sainete de Arniches. Y han llevado por su cuenta a aquella casa un sucedáneo muy estimable, que en todo momento recuerda el estilo peculiar de don Carlos. Tipos, ambiente y diálogo son absolutamente arnichistas en el sainete de los mencionados autores. Si al dueño de la pescadería que aparece en *La chula de Pontevedra* se le ocurriese establecer en el local una tienda de comestibles nos encontraríamos de pronto con que aquella obra, sin mudanzas esenciales en el asunto ni en los personajes, se había transformado en otra denominada *El último mono*. El tendero honradote, casado con mujer demasiado joven; el encargado del establecimiento, que pone los puntos a la esposa del principal; el dependiente y la criada, leales y buenzas hasta el heroísmo, a quienes incumbe el frustrar las asechanzas que fragua la traición: todo eso está en las dos obras.

No obstante, los señores Paradas y Jiménez han escrito la suya con probidad y buena fe irrecusa-



Don Fernando Díaz de Mendoza y doña Rosario Pino en una escena de la comedia "Entre desconocidos", original de Rafael López de Haro, y estrenada en el teatro Calderón, de Madrid, con éxito muy lisonjero. (Fot. Vidal.)





# AUTOCAMIONES BÜSSING

FABRICA ESPECIALIZADA EN CHASSIS PARA CAMIONES, OMNIBUSES Y AUTOCARS

Los más sólidos y de mayor rendimiento.

AGENCIA GENERAL  
PARA ESPAÑA

SOCIEDAD ANONIMA ZENKER: MADRID

ALCALA, 33  
TELEFONO 17-712

bles. Lo mismo hubiera podido escribirla Arniches sin temor a un autoplagio. ¿Entonces...? No incurrimos en contradicción. En *La chula de Pontevedra*, lo que importa, después de la música, es el diálogo. Y el diálogo, aunque arnichista puro, pertenece íntegramente al ingenio de los señores Paradas y Jiménez, que, sin perjuicio de la necesaria sobriedad, han volcado raudales de gracia en el sainete.

No menos afortunados estuvieron los maestros Luna y Brú, autores de la música, a quienes el público obligó a bisar casi toda la partitura. La canción galico-matritense del primer acto es graciosa, alegre y pegadiza. En la repetición, el público la coreaba sin tropiezo. Cosa análoga ocurrió con los aires gallegos y el tabaquillo del segundo acto. Músicos y libretistas fueron llamados repetidas veces al proscenio. Blanca Suárez, gentil y donosísima en su papel de galeguita traviesa, y los señores Navarro y Gallego fueron, asimismo, muy aplaudidos.

El arnichismo ha vuelto a Apolo. ¿Cuándo retorna a aquellos lares el propio cosechero?

ALBERTO MARIN ALCALDE

## Charla en la mesa del café

SACA tu carnet de estrenos, Campomanes amigo, y anota.

—Venga de ahí.

—Entre desconocidos, en Calderón, éxito merecido; *La chula de Pontevedra*, en Apolo, gran éxito y dinero de largo; *La hornecera del sótano*, un acierto de la dirección de Fontalba, que llevará mucha gente al aristocrático teatro; en Maravillas triunfó la revista *Daddy-Doll*, y la nueva y pimpante compañía de Rómulo fue muy del agrado del concurso.

—De modo que la semana pasada terminó en énfasis ¿eh?

—Gracias a Dios, querido Campomanes; porque ¡llevábamos una temporada!...

—Y del estreno de *Salva* ¿qué me cuentas?

—Del desdichado suceso mejor es no «menearlo», sobre que la Empresa del popular teatro sabrá tomar-se un pronto desquite con la obra de los Pericos y el maestro Guerrero. «Olé yala, cuyo estreno será en breve plazo».

—De manera que estás satisfecho de la pasada semana, ¿verdad?

—Encantado.

—Y te preparas para la próxima, ¿no? Que creo será rica en novedades.

—Por las cosas que se anuncian, sí.

—Por ejemplo...

—Verás: en la *Princesa debut* de la Compañía Palou-Sassone, con una función homenaje a la gloriosa María Guerrero, prologará el espectáculo Eduardo Marquina, con unas cuartillas en recuerdo de la inolvidable artista, y después de la obra que se ponga en escena, cerrarán la fiesta, como broche de oro, unas frases que el genio de Benavente dedicará a la memoria de la más perfecta de sus intérpretes. ¿Qué te parece?

—Admirable.

—El día 10 se inaugurará en Price la temporada de grandes espectáculos por la Compañía de Eulogio Elgueta. *El debut* será con el estreno de la revista *En plena locura*, de Tomasio Borrás y Velasco, a la que han puesto música los maestros Granados y Benlliou; estupenda presentación, mucha luz, mucha alegría, muchas mujeres guapas, poca... ropa, ¡y a ganar dinero! Del 10 al 12 se anuncia también la inauguración de la segunda temporada de zarzuela en el Lírico Nacional. Habrá en ella señaladas novedades, siendo la primera de ellas que el negocio correrá a cargo exclusivo de los maestros Luna y Moreno Torroja, directores y empresarios de esa temporada.

—Y es cierto que el *debut* de la Compañía será con una obra lírica que se está representando actualmente en otro teatro?

—Por ahí parece van las aguas; pero hasta el presente nada hay en definitiva. Claro es que la noticia que te dieron las «comadres» tiene un sólido fundamento, como asimismo que la obra la haga una de las

tiples que la estrenó y un «divo» cuyos triunfos resuenan aún en la sala de nuestro primer teatro lírico, o un eminente barítono.

—¿Sagü-Barba?

—¿Quién sabel...?

—Entonces, ¿se separa don Emilio de Casals?

—Sin llegar a ese extremo pudiese ocurrir que Sagü-Barba cantase la obra en la Zarzuela.

—¿Pues no me lo explico!

—Pudiera ocurrir que Casals no fuese del todo ajeno a las actuaciones líricas en el teatro de la calle de Jovellanos; y entonces ¿eh?

—Ahora sí me lo explico.

—¿Ves tú como todo tiene fácil arreglo! Y sigamos con mis noticias. El día 15 termina Carmen Díaz su brillante temporada en Lara, para dar paso a la Compañía titular del teatro de Vázquez. Pasado mañana, día 2, y en celebración del centenario de Julio Verne, en Novedades prepara Rambal un homenaje al genial novelista, añadiendo a la representación de 20 000 leguas de viaje submarino unas cuantas gratas sorpresas, muy del gusto de «su» público. El día 7, Aurorita Redondo y Valeriano León, estrenarán *La Lola*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández, y hacia esa misma fecha el ilustre Azorín dará en el Alkazar *La comedia de la felicidad*. Y yo creo que todo esto es bastante.

—¿Como para enloquecer!

—Y con ello y con que la fortuna les ayude un poco, ¡píete de la tan cacareada decadencia del Teatro!

—¿Obras, obras y obras!

Obras y suerte, querido Campomanes; que de antiguo sabes que «más vale caer en gracia que ser gracioso», y hoy va el público a los teatros decidido a que le gusten determinados autores, sin parar gran cosa en los méritos o las faltas de las obras que se estrenan y en los éxitos, hoy, es un factor definitivo la predisposición, *a priori*, del público en favor o en contra del autor.

—Sí, señor.

—De qué modo! Podría jurarte que en el ochenta por ciento de los «pateos» no influyeron los méritos o deméritos de la obra estrenada; se protesta porque el autor no es simpático; porque su anterior producción no fué del agrado del público; porque estrena mucho; por que lleva cinco años sin estrenar; porque hace música populachera; porque escribe partituras «sabias»; ¡por cualquier cosa! Las gentes van hoy a los teatros «a favor» o «en contra» del autor, sin que les importe un ardite la obra que se estrena, ¡créeme a mí!

—¿Qué «chismes» circulan por ahí?

—Que yo recuerde... Te diré. Se dice que la proyectada temporada lírica en el Palacio de la Música no pasó de ser un buen deseo; que Pablo Gorgé, por cantar en Apolo, se lleva 300 pesetas diarias, pero que no dará ni una sola peseta a la Empresa; que Ramón Peña y María Luisa Moneró han formado una discreta compañía para explotar por provincias el mismo repertorio que a tantas otras compañías han proporcionado sendos fracasos; que Cándida Suárez sale de Pavón para actuar de primera figura en la compañía que Pepe Viñas ha formado a base de las disculdas lujosas del Nuevo de Barcelona.

—¿Pare usted la jaca, amigo!

—¿No es verdad?

—Tal vez sí; quizá no.

—No te entiendo.

—Digo; que Cándida Suárez puede debutar, en Palma de Mallorca, con Pepe Viñas; pero que tampoco es un absurdo suponer acción en un principisimo teatro, que dentro de unos días inaugura su temporada.

—¿Más claro!

—Pregúntale a un ilustre compositor que sigue los destinos de un gran teatro.

MANUEL MERINO



## Contra la Aspereza del Cutis

Elizabeth Arden recomienda el uso de su *Crema Limpiadora Venetian* y su *Tónico Ardena para el Cutis* para limpiar el rostro, en lugar del empleo de agua y jabón que es más violento. La *Crema Limpiadora Venetian* elimina de los poros todo polvo e impurezas que los obstruyen, sin quitar al cutis su aceite natural. El *Tónico Ardena* refresca y tonifica la piel al tiempo que afina su textura. Después de limpiar, aplíquese a golpes-citos vivos el *Alimento Orange para la Piel*. Esta crema, rica en cualidades emolientes, conserva las células del cutis sanas y firmes, y por lo tanto evita la aspereza y las escamas.

Las preparaciones de Elizabeth Arden para el Tocado están de venta en

Perfumería H. Álvarez Gómez

SEVILLA, 2

MADRID

ELIZABETH ARDEN

25, Old Bond Street, Londres, W.1  
615, Fifth Avenue, Nueva York  
2, rue de la Paix, París

El agua de Colonia Concentrada de la gran Perfumería ALVAREZ GOMEZ, goza de fama mundial.

## Novedades en ALMACENES PUERTA DEL SOL Ocasionos

Superior Crep Georgette de seda, a 9,90.

Crespones de seda estampados, a 12,50.

Rasos floreados para trajes baile, a 4,90.

Rasos afelpados para abrigos, a 7,25.

Piqué de seda para abrigos, a 6,90.

Magníficos Chamerlain de seda, a 7,95.

Volantes metálicos, a 6,90.

Tisús de metal, a 6,90.

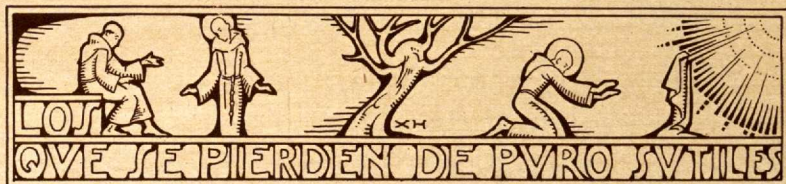
Gasas metálicas, novedad, a 2,75.

Y OTRA INFINIDAD DE TEJIDOS EXTRANJEROS TODO MAS ELEGANTE Y MAS BARATO QUE EN NINGUNA PARTE

15, PUERTA DEL SOL, 15 Envíos a provincias



Estampa



**L**os narra una vez el abad mitrado un coloquio entre Palemón y San Pacomio, en el yermo:

—Mira, Pacomio—le decía Palemón—: sé que cuelgas tu capa de un rayo de sol y cantas con voz de ángel tus preces. Eres un santo sutil, aunque la santidad no gusté de la sutileza. Pero has establecido en tu eremitorio disputas sobre la gracia, y ya no hay monje que no cuele de un rayo de sol sus argumentos. Mira, Pacomio: si tu flaqueza por el debate aclimata en el desierto, os condenaréis.

San Pacomio obedeció, e impuso silencio de un año a sus eremitas.

Pero Dios, para premiar esta mortificación, quiso poblar de voces el convento, voces que sonaban, una tras otra, en el aire, y discutían muy alambicadamente sobre la gracia.

Bien pronto advirtieron que estaban en el Paraíso.

—Este—sonó de pronto la voz del Señor—; éste y no otro es el Paraíso. Si queréis ganarlo definitivamente, hacedlo dignos de él, desecando las marismas de Serapis.

—Por eso—agregaba con su malicia encantadora el abad—a Goar, uno de aquellos monjes, se le representa dentro de una marisma, oyendo voces en el vacío.



**L**a antigüedad de ese pintor divide a sus intérpretes.

—Estamos—dice una dama—ante un primitivo. El artista quiere ser tan tagalo o tan mongol, que resulta de Fiésole. No va a pintar ahora el desposorio de la Virgen o la huida a Egipto... Pero ahí, en ese lienzo hay reminiscencias de Fra Angélico. Al hacer el autorretrato, el pintor se arcangeliza al modo más previsto, que es el de las «Anunciaciones», la cabeza.

—No, no es un primitivo—replica el escritor de veinte años—. Para nosotros, ni el fraile de Fiésole, ni el Giotto, ni aun Cimabué, son primitivos. Lo son otros que les preceden en miles de años.

A usted le han dicho, sin duda, en la Montaña, que la cueva de Altamira es la Capilla Sixtina de arte caternario.

Los artistas que han pintado aquellas paredes han vencido, ciertamente, al tiempo. No hay menos «gracia» en el contorno de un bisonte o de una cierva que en la mujer filipina del cuadro que tenemos delante. En Altamira está el primer retrato de hombre. El campo de la frente de un tal varón de los días paleolíticos sorprende aún por su anchura. No es solamente el de la cueva el primer retrato del hombre, sino el del primer «penseur».

Lo que hay de primitivo en la pintura moderna de ese muchacho pertenece a la prehistoria. Es rupestre...

Conciliando estos dos pareceres, el de la dama y el del escritor, hemos obtenido esta fórmula sabrosa:

Nuestro tótem... es un florentino de las cavernas.



**H** aquí que un señor bien portado reprendía a un blasfemo.

—¿Usted quién es—dijo de pronto el interpelado—para reprenderme a mí?

El señor bien portado tuvo entonces su acceso de ira... y blasfemó a su vez...

Quedado distinguí dos clases de ira: la berneja y la livida, la que sale fuera y la que no sale y roe el pecho; la ira es, según el satírico, turbión de verano y limpia.

Hay en los votos y en los tacos en que jotas y enes se almizclan, una especiosidad a la turca que no es para nuestros paladares. Luego, esas voces viles substituyen a mil llenas de antigüedad y de belleza. Hay quien, en un verbo o un adjetivo modulado de manera distinta, y sin más que subrayar el gesto, intenta apresar las acepciones morales de cien adjetivos y de ciento cincuenta verbos. Así, el idioma se les va mustiando hasta la caquexia, y lo

que hablan es una jerguita de treinta voces, que entienden los sordomudos.

Pero los reniegos son aún disculpables, a pesar de todo. La blasfemia es peor, aunque al estallar en la boca no prenda en los corazones. Se blasfema por estupidez, no porque el destino nos obligue a tragar un sapo por hora. Se blasfema por hábito, y ese es el mal.

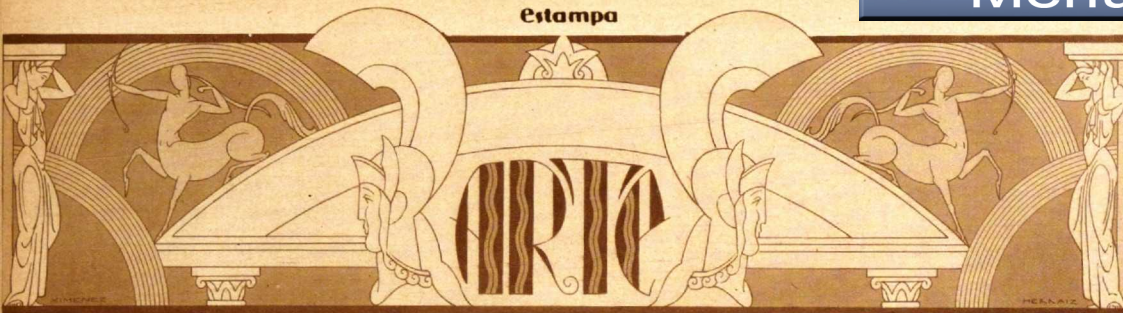
El señor bien portado quiere raer esa roña. Ojalá todo español duche con chorros cristalinos de pulcritud su palabra. Ojalá reprima sobre todo su propensión a dispararse.

El diálogo que oímos es ejemplar a su modo. El señor bien portado, al advertir que le reventaba en la boca una blasfemia más redonda que la del blasfemo desconocido, ha blasfemado de nuevo.

Tbamos, esta es la verdad, a amonestarle; pero hemos temido que su interrupción nos enardeciera. Ahora consideramos fríamente todo el relieve ibérico de la escena.







**H**ABLAN muchos de la pintura vasca. Y hay quienes, exagerando la expresión nacionalista, se refieren más ampliamente a un Arte vasco. Pintura o Arte vascos no me parecen a mí términos exactos en la actualidad, aunque si de algún modo quisiera justificarse la denominación habríamos de acudir a los tiempos presentes, pues es ahora, y no antes, cuando un grupo de artistas imprime a sus obras inequívoco acento regional.

En ese grupo suele incluirse al pintor madrileño Valentín Zubiaurre, no ciertamente por el apellido muy vasco, pues muy vasco—sin ser vasco—era también el de Zurbarán, sino por su tendencia coincidente con el patrón étnico que los definidores atribuyen al Arte de Vasconia.

Juzgo más apropiada la clasificación de Pijoán, quien divide la España pictórica moderna en dos sectores: el pintoresco, representado por Zuloaga, y el luminista que dirigió Joaquín Sorolla.

Vistas así las cosas, como mera fórmula didáctica, sin raigambre histórica alguna, sin profundas características diferenciales, sin nexo con la tradición particular de cada comarca, no en el sentido de verdaderas escuelas con sus dogmas y principios básicos, sino como simples tendencias y maneras interpretativas, no hay inconveniente en aceptar una modalidad vasca—o mejor norteña—y otra meridional o mediterránea. La primera es la pintoresca, de Pijoán. La segunda, la luminista.

A la pintoresca pertenece Zubiaurre. Su trayectoria como pintor vasco no ha sido premeditada ni dirigida intencionalmente. Obedece a una conformación temperamental. Creo que Zubiaurre fué discípulo de Alejandro Ferrán. Aquel ilustre maestro no pudo enseñarle el supuesto arte vasco. En los primeros cuadros de aprendizaje de pintor y en los siguientes ya de pintor hecho no se adivina la densidad psicológica que más tarde había de definir la pintura de los Zubiaurre, de Valentín, especialmente.

Libre ya de las ataduras que le unían en los comienzos a la Escuela Superior de Pintura, tras un largo viaje por Europa durante el cual pudo «intimar» con los primitivos flamencos, los coloristas venecianos, los costumbristas holandeses y los impresionistas de Francia, Valentín Zubiaurre se enfrentó con las llanadas pardas y extensas de Castilla, interrumpidas por ruinas románticas y grupos de aldeanos, pardos también como la tierra.

Conviene recordar que Valentín Zubiaurre es sordomudo, y que por justa compensación de la Naturaleza a unas deficiencias orgánicas corresponde la exaltación funcional de otros órganos. Los ciegos, por ejemplo, aguzan el oído. En los sor-

## La pintura representativa de Valentín de Zubiaurre

línea. Un simbolista diría: misticismo, pasión e inteligencia.

\*\*\*

domudos los ojos adquieren una potencia extraordinaria.

Zubiaurre había aprendido a mirar, mas la visión, como saben los médicos y los psicólogos, no es un simple hecho físico. Físicamente se forman las imágenes en la retina; pero el cerebro las interpreta, las coordina y les da valor mental. De ese valor mental depende el acierto de la mirada.

Frente a los paisajes castellanos—paisajes siempre, aunque su perspectiva se pueble de figuras—la mirada de Zubiaurre decidió la inclinación pin-

A medida que Valentín Zubiaurre delimita la personalidad dejándola exenta de influencias y resabios, vemos más concretamente el carácter de su arte. Así, en esta su última Exposición de Casa Vilches, donde unos cuadros conocidos y otros inéditos, señalan con toda exactitud su orientación pictórica.

Conformado a la definición literal de la llamada pintura vasca, el ilustre pintor procura, por todos los medios, reflejar el ambiente, haciendo obra representativa a la que no falta el paisaje genuino ni el traje típico, ni los atributos evocadores de costumbres y usos lugareños. Los que en un principio pudieron ser sencillos motivos ornamentales,

hoy han subido a a categoría de símbolos de la raza vasca. El personaje ya es casi lo de menos. La anécdota local, tampoco importa. Lo interesante en la obra de Valentín Zubiaurre es la emoción—¿racial?—de Vasconia, producida por el triple enlace de las emociones religiosas, cromática y morfológica; otra vez el espíritu, el color y la idea.

Esa misma evolución en fuga desde el realismo fotográfico hacia el idealismo representativo, se opera en el arte en general, y muy marcadamente en la pintura de paisajes. Ya lo he dicho en otra ocasión: el paisaje fué en su tiempo reproducción de la Naturaleza. Se elegía un bello rincón, se copiaba, y, como se hubiera acordado a reflejar fielmente las calidades de los objetos, la crítica decía que el paisaje era excelente. Ahora los paisajes ya no se ven por una ventana, ni recordados por el objetivo de una cámara oscura. No será bueno el paisaje que no evoque, que no represente, que no dé la



«Las tres cofrades», cuadro de Valentín de Zubiaurre.

(Fot. Moreno.)

toresca de su arte. Entonces empezó a parecerse a los pintores vascos, aunque aún no había pintado escenas vascas.

Sirviéronle para fijar su posición artística tres factores que abonaban también todo el arte norteño: la reconcentrada emoción religiosa de los primitivos de todos los países, la superabundancia colorista de la pintura veneciana y el costumbrismo íntimo y familiar de los flamencos. Los tres elementos encontró en Castilla. Los tres elementos vió luego en Vasconia. Sus cuadros castellanos y sus cuadros vascos—pintorescas anécdotas locales, o tipos aislados episódicos—participan del triple concepto de la pintura así formada. Resumámoslo: sentido religioso, sentido del color, sentido de la

impresión total de la Naturaleza.

Lo mismo en la pintura de asunto. No basta elegir un rincón, una escena, unos personajes, unos enseres caseros... Hay que pintarlos, acopiarlos, armonizarlos para darles valor simbólico y representativo.

Aun cuando se sigue hablando de realismo, ha variado el concepto de la realidad. Lo real, en Arte, no es ya lo existente, sino, más bien, lo susceptible de existencia lógica. Antes, contemplando un paisaje natural podía decirse: «Este es el paisaje que copió Fulano.» Hoy debe decirse: «He aquí un paisaje a lo Fulano.»

«He aquí Vasconia.» «He aquí Castilla.» Debemos exclamar también ante la pintura de género.

Para muchos esto podría ser la vuelta a los cuadros de Historia, si los cuadros de Historia en vez de artificiosos y teatrales hubieran respondido a una exigencia intelectual.



## Estampa



«Camino de Zamarramala», cuadro de Zubiaurre.

(Fot. Zapata.)



Valentín de Zubiaurre, ilustre pintor cuya exposición, en la Casa Vilches, de Madrid, ha constituido la nota artística más interesante del momento.

Hablar hoy de anecdotismo no significa, como antaño, concebir un asunto y desarrollarlo con arreglo a normas académicas, sino tomar un suceso curioso, particular y característico y extraerle el sentido evocador. El hecho histórico, si posee esa fuerza, sirve, por lo tanto, a la mejor tendencia del Arte moderno.

\*\*\*

«Tipos de Ondárroa», «Las tres cofrades», «Camino de Zamarramala», «Partida al amanecer», son obras en las cuales Valentín Zubiaurre destaca es-

tas ideas. En ellas no se trata ya de ensayos coloristas y de expresión como «Concierto infantil», «Cantata», «Salmantino» o «Segovianos». Son cuadros «hechos», en los que ha trabajado tanto la mano ejecutante como la inteligencia directora. A esto sí le llamaría yo pintura literaria, si los artistas no se ofuscaran tan injustamente con la noble conjunción de la Pintura y la Literatura, porque veo allí, junto a la técnica del pintor, la elaboración cerebral de las ideas, junto a la intención gráfica, el subido valor intelectual.

En tales obras, Valentín Zubiaurre prodiga sus facultades de gran pintor, que no excluyen las del pensador reflexivo y concienzudo. Como Zuloaga en otro orden, pretende exaltar el carácter dando al carácter la suma intensidad emocional.

Color—contrastes más suaves que de ordinario; pero siempre buscando el sentido emotivo—línea

—en la acepción de forma contorneada—espíritu—o mejor, arrobamiento espiritual—coinciden para dar a los lienzos enorme y definido carácter de representación. Cada cuadro no es un cuadro que deba verse como los antiguos paisajes cerrado por el marco de una ventana, sino la gran ventana por donde puede asomarse el espectador a contemplar la tierra de Castilla o de Vasconia.

En ese punto, si aceptamos la posibilidad de una escuela pintoresca, separada de la luminista, a Valentín Zubiaurre hay que afiliarle a ella, como uno de los pintores más ilustres y representativos.



GII. FILLOL



«Concierto infantil», cuadro de Zubiaurre.

(Fot. Zapata.)



«Partida al amanecer», cuadro de Valentín de Zubiaurre.

(Fot. Zapata.)



## La mujer en el hogar de los hombres célebres

CINCO minutos antes, triste, arrumbado en un sillón, pendiente del hombro como un trapo su brazo inmóvil, Francos Rodríguez me había causado una impresión penosa. Hablaba de continuo de su enfermedad, y aunque intentaba hacerse animoso, sobre su rostro demacrado por la violenta crisis que puso en grave peligro su vida hace tres años, no se borraban las huellas de la preocupación y la melancolía.

Un instante después de aparecer su esposa en el salón, el maestro de periodistas era otro.

Charlaba animadamente, casi alegre, y ella le miraba, como dejando un suave rastro de ternura desde sus ojos hasta la frente del hombre que le debe algo más que la vida.

Tiene un poderoso prestigio romántico esta bella figura pálida de la mujer de Francos Rodríguez. Sobre el marco suntuoso de dorados muebles, ricos lienzos, valiosas estatuas, vitrinas y tapices, es como una fina acuarela, en que el gris humo del crepón que viste va en gradaciones tenues a confundirse con la aureola plateada de los cabellos. Y en medio de esta aureola un rostro muy joven sonríe melancólicamente, y de sus ojos expresivos parecen caer, como de los de aquella espiritual heroína de Eça de Queiroz: «dos novelas tristes».

¿Es triste o gloriosamente alegre la novela sentimental de esta dama acogedora e inteligente? Ella nos trae los capítulos principales en un mo-



... Un instante después de aparecer su esposa en el salón, el maestro de periodistas era otro ... charlaba animadamente, casi alegre.

mento en que su marido marcha de nuestro lado para disponer unos envíos de libros.

Amigo entrañable de su primer esposo, consejero de sus hijos, que acudían a él en todos sus pequeños conflictos infantiles, y entre los que supo hacerse otra vez niño y adolescente, para llegar a ellos mejor, Francos había sido el leal y nobilísimo consejero que sostenía el difícil equilibrio espiritual de dos personas que habían dejado de entenderse, y zanjaba con su intervención imparcial muchas discrepancias dolorosas. Así había ella aprendido a estimar el alma recta y clara de aquel hombre bueno. Así llegó más tarde el amor, cuando, viuda ya, comprendió que otras firmes ilusiones podían unirle al amigo paternal de sus hijos, al confidente de sus espirituales desencantos...

—A Pepe y a mí nos emocionan las mismas obras de arte, nos interesan los mismos libros, nos atraen los mismos viajes. Nuestra vida conyugal hubiera sido de una felicidad perfecta si la fatalidad no nos la hubiera amargado con esta desgracia de su enfermedad...

Todo preparado para la boda, un día, súbitamente, Francos, que tuvo siempre una apariencia saludable, pero en quien el trabajo y la vida, intensos y absorbentes habían minado el robusto organismo, se desplomó súbitamente, herido de un ataque hemipléjico.

—Esto fué dos meses antes de casarnos—nos dice su esposa—; yo reuní a mis hijos y les pedí su opinión, para convencerme de que sus corazones marchaban de acuerdo con el mío. El hombre que había llenado nuestras vidas de bondadoso consuelo, estaba reducido a la triste condición de un enfermo solitario, convertido en un niño desvalido... Mis hijos no vacilaron un instante en aconsejarme que apresurase los trámites de nuestro enlace, y yo les escuché con alegría y emoción... apenas fué posible, Francos estuvo ya para siempre entre nosotros...

Luego, a la cabecera de su marido, esta mujer de temple ejemplar ha sido algo mejor que

## La obra del amor

una solícita enfermera. —¿Quedaba tanto por hacer! — exclama —. La vida de Francos era su acción, sus trabajos, sus libros, la actividad que siempre había desplegado generosamente... y los médicos quitaban de su alcance las plumas y los libros, le condenaban a la nulidad, asesinaban su alma, en el loable deseo de salvarle el cuerpo...

Ella no cedió ante aquellas ordenanzas de la Ciencia, que sólo a lo material puede atender. Ella le conocía mejor que nadie, sabía de qué alimento espiritual se nutría aquella existencia y comprendía que a una inteligencia plena y clara no se la puede condenar al vacío de la inacción. Como el brazo derecho pendía inerte, inútil para todo movimiento, la esposa fué dulcemente venciendo el obstáculo de la costumbre, pasó con paciencia las dificultades de su nueva misión, dulcificó las desesperadas rebeldías de su discípulo, que sufría, que se obstinaba en repetir que ya todo, todo menos «ella» había terminado para él.

—Ni yo ni nada, ya verás...

Y un día, Francos Rodríguez, sentado en su mesa, renaca de nuevo, y con la trémula alegría del que vuelve a encontrar un precioso tesoro perdido, tesoro de emociones, de esperanzas, de evocaciones, de consuelos, escribió su primer artículo... con la mano izquierda.

—Yo le salvé... yo le había salvado—repitió su mujer con la voz velada de ternura, de radiante orgullo—; arriesgué el todo por el todo, pero su



Doña Asunción Navarro de Francos Rodríguez, la esposa ejemplar que rodea de cuidados al gran periodista, y que ha conseguido hacerle aprender a escribir con la mano izquierda.



Don José Francos Rodríguez ha podido, así, reanudar sus incansables actividades, y encontrar de nuevo, con la salud del cuerpo, la vida del espíritu.

(Fots. Zapata.)



vida de otro modo hubiera sido imposible... Después me dediqué a procurar que su nueva existencia se pareciera en todo lo posible a la que él creía perdida. Ya sabe usted la afición de Pepe por el Teatro, es como un niño. A la décima vez de haber visto una obra se ríe de los chistes o se emociona en las escenas dramáticas, como si fuera la primera. Poco a poco empecé a frecuentar espectáculos, y de día en día me iba, se rehacía, cambiaba de ideas. El último verano hicimos un viaje encantador, en que él ha visitado, entre otros puntos, Santillana del Mar y Comillas. No sabe usted qué bien estaba, completamente olvidado de su dolencia. Luego, este invierno, yo, que siempre he estado delicada, me puse muy enferma, pero no consentí en que él supiera la gravedad de mi estado, ¿qué hubiera sido de él, dígame usted?— y la vez se enturbia de tristeza—. Quise que siguiera yendo a sus secciones *vermouth*, a sus reuniones del Casino... Por mi parte nada le entristece ¿...?

En este instante Francos vuelve de enviar unos ejemplares de su último libro, *Contar vejeces*. Recoge al entrar las últimas palabras de su mujer y la mira profundamente, abrumado de pronto por una emoción que se le anuda a la garganta.

—No sabe usted qué mujer de excepción es la mía... qué alma tan bella tiene...

Ella sonríe.

—Beh! No digas eso. Cuando comemos le hago sufrir mucho con mis rigores. Ya sabe usted lo aficionado a la buena mesa que ha sido siempre Pepe. Ahora no le dejo salirse del régimen por nada del mundo. Le maltrato ¿verdad?

La mano blanca, como una porcelana, pasa sobre la frente de Francos, y deja en ella como un descanso, como una huella de esperanza. Toda la figura, suavemente gris, fina como una acuarieta entre el oro de los ricos muebles, tiene un ritmo de tierna piedad al inclinarse hacia él.

—¿Verdad que está muy mejorado?—pregunta. Es triste o es gloriosamente alegre la novela sentimental de esta mujer, que, a despecho de lo que la fría Ciencia ordena, ha realizado lo que sólo al Amor es posible realizar?

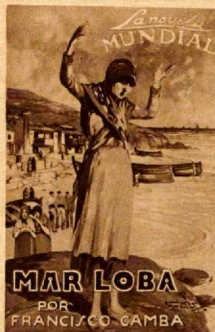
M. M.



Una novela de Camba

en

«La Novela Mundial»



«Mar loba» es un drama de pescadores que bajo la pluma de Camba adquiere tonalidades briosas; lo publica «La Novela Mundial» esta semana.

MADRID-PARIS



# GRAN SEMANA VENTA ANUAL DE ROPA BLANCA

*La ropa Blanca  
de Madrid-Paris  
es sin rival,*

ESTUDIO MADRID-PARIS.





# SANGRE Y ARENA



¡De pie, de pie!—, gritaba el público, dejándose arrastrar ingenuamente por ruines campañas interesadas...



¿Por qué protestar al torero que prescinde de sus facultades defensivas, en un jocundo arranque de entusiasmo profesional?

IN MEMORIAM

SWD

**P**ARA expresar el arte de Belmonte, dije: «Un terciopelo negro y, sobre él, un brillante».

En realidad es así; pero callé su significado. El terciopelo negro es Joselito. La sombra que descendió en Talavera sobre el arte de lidiar reses bravas, sólo ha sido iluminada por los destellos de arte belmontianos...

Ante una posible retirada de Belmonte, ¿cómo no recordar a José? Uno y otro constituían la cumbre más preciada de los tiempos taurinos; y ¡resta tan poco para que esta época, la verdadera época de oro del toreo (de oro y pedrería, diría yo), se pierda!

¡Inútil apasionamiento que se empeñó en mostrarnos, alternativamente, una supremacía. No pudo haberla.

Si el arte de Belmonte es un brillante cuyas facetas nos deslumbran con sus reflejos, el de José era el conjunto de todas las piedras preciosas. En sus arcos de arte, siempre estaba propicia, pronta, la perla o la esmeralda, el rubí o aquella gema exótica que la moda, o los otros artifices, implantaban.

Ser genial es difícil o fácil: están ambas cosas sobre la voluntad. Temer, como las viejas ciudades, el sedimento de todas las civilizaciones, hasta las por venir, y disponer de ellas con la misma grácil soltura con que un anciano narra un viejo cuento, es un raro caso de maravilla: el caso milagroso de Joselito, de «Maravilla el Único».

\*\*\*

A través del tiempo, recuerdo, con cierta ternura afectuosa, el *début* de *Gallito III* (así se anunciaba entonces), en Jerez. Fué su primera tarde de *luces* una garantía plena del torero que llegaría a ser.

La víspera de la *corrida* fueron paseados los toros por las calles céntricas de la población, en sendos cajones especiales. Si no recuerdo mal, se veían las *terribles fieras* por entre el *embalaje* que llevaban; y éste, más parecía dispuesto para evitar una caída a los bichejos, que la inminencia de un peligro para los transeúntes.

Con tanto trajín, hubo *toro* que, al correr durante la lidia, se le movían los pitonillos, como nuevas orejas que le hubiera deparado la Providencia. Esto no quita para que al ver a *Gallito* y *Limeño* (*Pacorro* era tan renacuajillo que no le dejaban torear), pensase con reproche en aquellos padres que permitían el crimen de exponer la vida de sus hijos.

Lo gracioso del caso es que yo era más chico aún que ellos; y lo más peregrino, que, influenciado por aquella y otras fiestas que presencié después, arraigó en mí con tal fuerza la pasión por los toros, que llegué a torear, aunque muy mal, por cierto, reses

## JOSELITO

bastante mayores que aquellas que provocaron mi infantil protesta.

*Joselito*, como digo, sorprendió aquella tarde a los malos y a los buenos aficionados, que, acostumbrados al modo de hacer de los toreros de aquel tiempo y anteriores, vieron por primera vez tal figura de estilo y en su donaire, valga la palabra, como un brote de flores nuevas, frescas, como aquella vida que comenzaba.

Parece imposible que a *Joselito* lo haya matado



Un gesto de amargura nubla la alegría del triunfador. Al fondo, Blanquet devuelve trofeos de victoria a un público rendido a fuerza de valor, arte y sabiduría, pero nunca espontáneamente propicio.

un toro. Yo, no lo creo. Me parece más lógico pensar que él fué el que se mató. Al fin, tan suicida es la desconfianza que ciega, como el exceso de confianza: igualmente fatal. Además, *Joselito* vive. Vive en su arte, que no pudo morir ni fracasar. Murió su cuerpo accidentalmente; como viven otros toreros por la accidental intervención favorecedora de ese algo inmaterial que unos llaman Dios, otros Providencia, y los aficionados, suerte...

¿Quién puede predecir las consecuencias del encuentro de un toro y un torero? Cuando el cuerpo pierde su estabilidad... todo es negro o blanco. ¡¡¡SUERTE!!!

Pero no pensemos en lo irremediable. Una vida de arte tan privilegiada había de terminar así para ser heroica.

Desde la primera tarde hasta la última, hablar de *Joselito* (en cuanto a lo realizado, no a lo estimado por el público) significaría una interminable repetición triunfal; pero dentro de las grandes resonancias que impiden percibir el matiz, encontramos los grandes rasgos que marcan un temperamento.

En el deseo de menospreciar el arte de José, se ha dicho que era impersonal. Cuando hay malquerencia, es inútil todo razonamiento. ¿Qué mayor personalidad que la de *Joselito*? En toda la historia del toreo, sólo Rafael y Juan pueden parangonarse; el resto fué valor neto junto a un arte borroso, o estilización de academia.

*Gallito* no fué sólo el torero que recogió lo bueno de los mejores para superar el conjunto; tuvo la enorme personalidad de su dominio.

Viéndole torear desde muy cerca, y omitiendo, a fuerza de ser conocida y estar sobrado de ella, esa parte puramente decorativa que constituye el único mérito de casi todos los grandes toreros, asombraba cómo el que tenía fama de torero habilidoso, pisaba un terreno en el cual no hemos visto jamás a los demás. A cuerpo limpio, con la capa, con las banderillas o con la muleta, parecía conocer el secreto de todos los toros y el modo de vencerlos. Al adentrarse en el terreno de ellos, no había temor de verle salir de él comprometido o descompuesto. Las astas rozaban continuamente su cuerpo; y era tal su arte y su sabiduría, que los toros parecían doblegarse a un extraño conjuro, como si apartasen los pitones para no herirle.

En el toreo, José ha sido algo tan grande como un semidios.

Su arte, maravilloso, requiere, como todo lo gigantesco, la distancia del tiempo para apreciarlo. Está todavía demasiado cerca de la vista y demasiado lejos de la comprensión.

Para dar idea de la injusticia con que fué tratado, recuérdese que, cuando un toro difícil cogía a cualquier figura cumbre del toreo, José, con sólo cuatro o cinco pases se hacía tan dueño del toro que, más





Y de pie toreaba como, hasta él, nadie había toreado. ¡Bien sabía el público de su arte!... Pero tenía que vengarse de su hombría, tan lejana de esa ridícula, falsa y «cosméticas» modestia en uso. Ceñido en oro y pedrería, como un ícono; placido en su actitud; con el agudo puñal de la cornamenta cerca de la carne, rozando el áureo adorno de la chaquetilla, Joselito parecía invulnerable... Y, como llamando a la muerte, la afición continuaba exigiendo: ¡Más cerca!

que con una fiera peligrosa, parecía lidiar un animal amaestrado. ¡Más vale no recordar las gritas horribles con que eran acogidas aquellas FAENAS CUMBRES, jamás CONOCIDAS ni SUPERADAS, y sí dignas de un clamor de ovación!

Salvo en sus comienzos, en que fué bien recibido, Joselito luchó con una barrera negativa, nacida de las luchas de su hermano Rafael con Bombita. Entonces, la pasión de José por los toros tuvo el acicate de la lucha, de la venganza.

Los partidarios de un torero, rara vez conceden a otro diestro la menor cualidad. El escorzor de los bombistas era muy humano, ya que Ricardo dió siempre todo su arte y su valor.

Desde aquel momento, adormecida la lucha de Ricardo y Rafael, parece cargar José sobre sí todo el odio del hombre postergado; y, tirando de voluntad, de valor y de sabiduría, despliega como un abanico, ante el asombro de los aficionados, toda la gama de su arte extraordinario, lleno de sobriedad o de alegría, de intensidad o de gracia tales, que sólo un maestro único, como él, podría barajar sin desentono, en una tan completa armonización.

Se nombra a sí mismo, muy y justamente, primera figura de todos los tiempos.

La pelea, entonces, adquiere los caracteres de una rabiosa persecución. Los más apasionados partidarios reconocen, cuando se despidió Bombita, un fondo de crueldad en José, al superarse a sí mismo, sólo por el placer de apagar con sus faenas la tarde triunfal del glorioso maestro.

A partir de estas luchas, José ya no pudo ser feliz. Se ofuscó con el éxito de tal manera, que fué víctima de la peor pasión: la envidia. Envidió al grande y al chico; al que podía llegar a enemigo, como al pobre aficionado incapaz de hacerle sombra; a todos les tiraba una ventaja, antes que lo pudieran pensar.

De aquí la grandeza de su arte.

José ha sido el torero

que conquistó las mayores antipatías, y, desde luego, el más sinceramente odiado de cuantos existieron. La soberbia de su valer ponía una barrera entre él y los demás. Pues bien, a pesar de ello, haciendo gala de ello, mantuvo hasta morir su gallardía, sin que fuese posible a nadie abatirla.



Diego Calvache supo retener, en este admirable retrato, todas las inquietudes espirituales del gran lidiador. La cabeza, el torso, los brazos, nos sugieren, en su reposo, las enigmáticas evocaciones egipcias. El gesto, casi imperceptible, de los ojos, y la boca, con su sonrisa un poco cruel, nos revelan, en aquel espíritu burión y desconfiado, las ansias de dominio y la seguridad en su arte...

Fué el último lidiador que tuvo el valor de vestirse de corto en la calle, porque respondía en la plaza de esta prestancia profesional.

La última vez que le vi fué la víspera de su muerte. El público, ese monstruo de miles de cabezas, a quien es costumbre dar la razón, y que del mismo modo arbitrario se muestra exaltado que rencoroso, estuvo con él fatalmente injusto.

No teman los aficionados que la tragedia y el tiempo hayan dulcificado la impresionabilidad de aquellos zulús. ¡Perderíamos color!...

No hace muchos días of el siguiente diálogo:

EL.—Yo la recuerdo a usted de otra ocasión; creo conocerla de...

ELLA.—No me extraña. Yo soy la que le gritó a Joselito: «¡Así te mate un toro en Talavera!»

No of la respuesta del señor. Seguramente no le quedarían fuerzas para hablar.

\*\*\*

Sólo me resta, como homenaje al torero que fué, recordar que para su intensidad no hubo medida. Al aportar Belmonte su nueva técnica de cercanía al toro y de lentitud, hizo que José modificase la suya. En una racha de corridas en que Juan actuó desacertadamente, Gaona y José triunfaban sin esfuerzo, placidamente. Un día, el público echaba a Juan, pero le salió su toro y realizó una de sus más formidables faenas. Ya no había lugar para que José pudiera superarse, y en un quite, en lo único que le quedaba, dió tal verónica y remató con media que, materialmente, parecía como si el tiempo se hubiese detenido. Tal fué la lentitud del lance.

Todos los toreros han podido ser grandes con relación a los demás; pero nunca superaron su mejor creación.

José fué el más grande, porque se superó a sí mismo; superó a los demás, y hubiese superado a los que viniesen.

Fué el torero sin límites.

ALHAMAR



Los  
más acusa-  
dos relieves

ZARZUELA.—«LA ITALIANA EN ARGEL».

**S**OBRE el rojo de los palcos, los escotes constelados de brillos y pecheras blancas. Más pecheras y más escotes en las butacas. Noche de gran fiesta. Se «estrena» a Rossini y canta la *diva* Conchita Supervia.

Los cronistas de sociedad no dan paz a la mano. Entre salud y reverencia, sonrisa y gesto admirativo, escriben como al descuido nombres y nombres en las páginas de sus cuadernos. Está el «todo Madrid». ¿Por Rossini? ¡No, señor! Se acabaron los tiempos en que las damas, en crenolina, y los galanes, en frac azul, ponían los ojos en blanco y las manos sobre el corazón para cantar las melodías rossinianas. Una sesión de ópera en que se rescuita con alardes de novedad el marchito cañamazo bordado a crucequilla o el cuadrado de pelo de la época romántica, nos deja fríos. ¡Si no fuera por la *diva*! Ella da interés y relieve a los viejos valores y su paso ágil, gracioso, seguido de una estela de armonía, como de un rastro de perfume, disipa el viejo sándalo con una valahada de rosas nuevas.

Nino Ederle ha lucido voz fácil y de bello timbre, en un «Lindoro» albarado, como las figuritas de un ramillete, y Bettioni, veterano en nuestra escena, hizo un «Mustafá» graciosísimo, con el que se rió la gente como en los buenos tiempos del paletón fernandino.

La ópera ha sido siempre espectáculo de grandes concurrencias fastuosas. Pretexto para que los amodios corran de aquí para allá, sonrisas y cuartillas en ristre. Y estas melodías finas, fáciles, en que Rossini es a Mozart lo que el estilo Luis-Felipe al Luis XVI, van que ni pintadas al bisbisio en que se inclinan las pecheras blancas y los escotes constelados sobre el rojo terciopelo de las cortinas y de las butacas.

CONCIERTOS DE LA  
ORQUESTA SINFÓNICA.

Cambia la decoración, y sobre el mismo marco, que ya no parece el mismo, se aprieta la masa oscura y ávida de emociones sinfónicas, del buen público de los conciertos. Las *toilettes* ligeras de la noche se han cubierto de pieles friolentas, como por magia, y las cabezas se hunden en los fieltros, como para aislar los pensamientos del mundo exterior. Al terso espejo de las camisas de *smocking* sucede el «tutankamen» policromo y confortable de los *pull-over*. Sin embargo, el conjunto resulta de una gran brillantez y con esa frecuencia de rostros conocidos, que resulta una de las más vivas atracciones de los conciertos y de los estrenos. Se dice al entrar, y con una especie de descanso, «Ea, ya estamos aquí todos».

La Orquesta celebra en esta serie sus bodas de plata con el público. Magníficas bodas, en las que se conmemoran veinticinco años de muy escasas desavenencias y de un gran número de acuerdos y satisfacciones mutuas.

Los últimos conciertos se condujeron dentro de ese criterio ecléctico muy característico en los Programas de la Sinfónica y que tiene todas nuestras preferencias. Homenaje a los clásicos, en que se encuentran las obras de repertorio, Bach, Beethoven, Mozart, Berlioz, y amplia concesión a los modernos: Prokofiev, Bela Bartók, Pierné, Rance, y, en fin, ligera representación del sinfonismo español, con Albéniz, Falla y Zamacois.

Prokofiev fue el libro de leyendas y, unas coloreadas, otras suaves, nos cuenta escenas parecidas a las que hemos visto desfilan por las páginas de Mussorgsky o del mismo Ravel. Fantasía, colorismo, arte del contraste, vivo interés instrumental y un verbo expresivo, chispeante, un poco celoso en procurar contratectos finales. *El Príncipe y la Princesa* es una tela de abanico, y el *schzer* un juego de triángulos policromos que crean geometrías inesperadas.

Bela Bartók, en sus *Danzas*, pugna desesperadamente por no acordarse de Liszt y de ninguna clase de virtuosismo, y llega a conseguirlo. Nadude paráfrasis. Todo es sencillo, áspero y melancólico, como recién arrancado de la tierra, y el acento popular se conserva en toda su pureza.



Tuvimos luego una *Albaura del Gracioso*, la página conocida de Ravel, donde éste no se toma más libertades con el ambiente español que las que se permiten muchos españoles, una leyenda franciscana de Pierné, obra sin gran relieve, en la que las suaves tintas armónicas, la difusa *grisaille* genuina de la escuela francesa y algún detalle místico, como el de un insistente clamor de campanas, ponen un suave resplandor de vieja vidriera alrededor de la seráfica figura del Poveretto.

Una briosa y coloreada versión orquestal de Arbós a la *Navarra* de Albéniz, y dos lindos cuadros populares, bien perfumados y sabrosos, como frutos mediterráneos, del catalán Zamacois, fueron en la parte nacional del Programa, y con ellas Falla, más virtuoso de la orquestación que ganoso de invención y medula melódica en la *Danza del molinero*, y derrochando ingenio en las combinaciones



Berta Singerman, la gran declamadora argentina que, de vuelta de una larga expedición transatlántica, se halla de nuevo en Europa y reaparecerá en breve, ante su público entusiasta y numerosísimo de Madrid.

rítmicas y en las graciosas onomatopeyas que logran el milagro de prestar originalidad a un tiempo de jota sobrado vulgar, en la *Danza final*. *El sombrero de tres picos*—con todos los admirativos respetos—si no resta, tampoco añade un adarme a su gloria resplandeciente y universal.

Este ambiente dorado, majestuoso y decorativo del Palacio de la Música, parecido a un gran panteón real—algo así como para un último acto de *Hamlet*—, es marco propicio, en efecto, para una sesión de música romántica. El romanticismo amaba estas tinieblas de recogimiento, estas severidades de tonos. Hasta los tubos del órgano, alzándose en la sombra, dan un ambiente místico, que no hubiera deseado el creador de *Bayreuth*. Cosas adecuadas a la conmemoración del centenario del romanticismo. La alusión ha sido, pues, sumamente oportuna, pero ¿la elección de obras de este festival? lo ha sido también?

de  
las últimas  
semanas :-

«Festival» se sale de los márgenes del simple concierto. Entraña una suerte de exaltación del tema elegido. Para ello hace falta que la significación de las obras co-

responda a la intención. Y en este caso...

Digamos que el programa nos resultó insuficiente. Ciertamente figuraba a su cabeza la «Sinfonía Incompleta» de Schubert. Pero, ¿se puede catalogar a Schubert entre los verdaderos románticos? La palabra inicial del romanticismo se había pronunciado tres siglos antes en las profundidades de la selva, donde las brujas de Macbeth revolvián su mixtura: «Lo hermoso es feo, lo feo es hermoso». He ahí la fórmula sagrada que venía a revolucionar el concepto clásico de la belleza. De esta iniciación surgen senderos más o menos claros, que se enredan en el bosque intrincado de la fantasía febril, ávida de libertades y un poco perdida en sí misma. En las artes puras entra el elemento literario como una especie de veneno, y la pintura, la poesía, la música, dotadas de una aparente libertad de reglas se hallan, en realidad, juzgadas por las normas tiránicas del estro dramático. La naturaleza sonriente del clasicismo se llena del misterio de los claros de luna, bajo cuyos rayos cruzará la satánica cabalgada de los cazadores malditos o los cortejos trashumantes de las teogonías nórdicas. El hada constelada de estrellas mata a la ninfa coronada de rosas. La concha mítica cierra sus valvas sobre la desnudez clásica de Afrodita, y la rubia Freya, con su larga túnica pudibunda, corta margaritas a la orilla de los lagos. Las divinidades amables se hacen rudas, selváticas y desmelenadas, y las blancas columnatas se desploman sobre el mismo horizonte crepuscular en que surge la mole legendaria de un castillo gótico.

El verdadero romanticismo musical lo expresan Liszt y Berlioz con la creación de la música de programa, es decir, de la música literaturizada, y sus descripciones, en las que se enredan y se amontonan los comentarios y las imágenes con la misma libre profusión expresiva con que se acumulaban líneas, colores y actitudes en los vastos lienzos de Delacroix, o se creaba una humanidad de gesticulaciones altisonantes en los macizos párrafos de Hugo.

Schubert, sinfónicamente considerado, es un autor clásico. La perfecta corrección de dibujo no concede ni un adarme al colorido. El contenido emocional se cibe a la curva armónica del anfora que lo contiene. Para hallar el Schubert romántico hay que ir a sus *Lieder*, *Erkennung*, por ejemplo, y aun entre éstos, hay alguno, el más descriptivo acaso, cuya belleza intachable le hizo ser base de un cuarteto, la forma musical más perfecta. En Chopin y Schubert, el romanticismo es un accidente. Lo fundamental es la «música pura».

Y «música pura» es la Sinfonía Incompleta que escuchamos el sábado. Otra parte del programa, dedicada a Raff, nos pone inmediatamente en contacto con un romántico de similar, último vástago de la selva frondosa y enamorado de un paisaje de bambalinas. ¿Por qué elegir a Raff para un festival característico? Sus fáciles lugares comunes nos condenan a innumerables crepusculos entre el boscaje, y a todos los murmullos, galopadas y ecos de la tramoya campestre. Forjados de papel y candilejas de gas. Como corresponde a una época de postimerías.

Acompañados de Mendelssohn volvemos a pasear minutos más tarde por la misteriosa floresta saksipriana. Fragmentos orquestales de *El sueño de una noche de verano* poco cálido y más parecido a los céfiro y las rosadas tónicas primaverales. Acaso la «Sinfonía Italiana» hubiera estado más indicada. Y, sobre todo, ¿no le parecía ésta buena ocasión al maestro Lassalle, de darnos «íntegra» la música de escena de *Manfredo*? Para las ocasiones se deben emplear los generosos esfuerzos que van hacia obras de trascendencia real.

El distinguido director puso mayor empeño y más elocuente mímica en Raff que en sus gloriosos compañeros. La orquesta hizo lo que pudo, pero así y todo la interpretación fué, por lo general, lánguida, destenida y fría, como se deduce de tan larga permanencia al relente.



*Damas españolas*



*Señorita Carmen Primo de Rivera*



# DON JUAN

## EN EL CAFÉ

POR  
MAGDA - DONATO



**C**ómo ocurrió aquel hecho anormal? ¿Cómo pudo él entrar en aquel café de barrio, provinciano y ramplón?

Cuando quiso darse cuenta, ya era tarde; ya se hallaba sentado en un diván de peluche granate, de espaldas a una columna y cara a los asimétricos dibujos de motitas oscuras que trazaran las moscas en un espejo orlado por dorado listón.

Tuvo una veleidat: ir a hacer tiempo a otro lugar menos absurdo; en su pereza física, halló el suficiente valor moral para resistir a este impulso lógico, y se resignó a encargarse al camarero un vermut; de las bebidas que le eran solitas, esta le pareció la más en armonía con el establecimiento.

Miró en torno suyo sin curiosidad, con el vago temor de ser reconocido allí, él, cronista de sociedad a quien nadie podía imaginar si no era simpóniendo en los salones su varonil elegancia; según la frase que, mentalmente, se repitió muchas veces, lamentando siempre no poder—auto-cronista—deslizarse en alguna reseña de fiesta mundana.

Se tranquilizó en seguida; tan extraño resultaba él allí como lo hubiera sido en la pequeña ciudad, quieta y gris, de donde fue sin duda enviado a Madrid aquel cafetuchero.

Porque era indudable que el café había llegado desmontado y envuelto en algodones y papeles, de algún apartado rincón del mundo, tal cual, con sus espejos, sus mesas y sus divanes, con su piano de cola y su músico ciego, con sus moscas y sus parroquianos.

¡Ah! sobre todo sus parroquianos.

No era posible concebir sin ellos aquel café, ni concebirlos a ellos en otro sitio; ninguno de ellos entraba, ni salía; ni entró nunca, ni volvería a salir jamás; estaban allí; formaban parte integrante del café, como los fósiles forman parte de un Museo Arqueológico; seguramente por la noche se les cubría con unos lienzos color de arena, y por las mañanas se les limpiaba con un plumero.

Ocupando tres mesas unidas, entre dos ventanas, había una tertulia de señoras. Tres o cuatro eran gordas, uniformemente, y se confundían entre sí. Otra era, con evidencia, la belleza de la reunión; era la única que tenía una edad definida: entre cuarenta y cincuenta y cinco años; tenía el pelo color caoba, con rizos sobre la frente, las mejillas fuertemente sonrosadas y, junto a la boca, un lunar postizo que pretendía disimular una gruesa verruga.

Otra de las tertulianas era una viejecita que llevaba una blusa holgada, de raso negro, con en-

cajes, y alborotaba mucho, con alegría y gestos de guiño; era una de esas ancianas risueñas que gustan de gastarlas bromas a la muerte y desafiarla, diciendo cuando estresan un par de mitones: ¡«Son los de la mortaja!»

Un señor de barba canosa, admitido en la tertulia por condescendencia, se esponjaba, explicando a su auditorio el principio de la radiotelefonía y piropeando, de vez en cuando, a la vieja; debía ser marido de la señora de la verruga.

Ante una mesa redonda, una pareja se aburría como quien cumple un deber; ella era una muchacha pálida, con velo y moño; él lucía en el dedo menique de la mano derecha una uña descomunadamente larga, y, saliendo del bolsillo superior de la americana, un pañuelo de seda morada con dibujos azules que, visiblemente, le había regalado su novia.

Una familia de cinco personas ocupaba otra mesa; el padre, la madre y un niño estaban sentados sobre el diván; las hijas, dos señoritas flacas y morenas, les hacían frente, sentadas en sendas sillas. Se repartían entre los cinco, aprovechando para ello los vasos del agua, tres cafés con leche y sus terrones de azúcar correspondientes.

Y en un ángulo del café, el Tiempo se hallaba sentado en un diván de peluche granate, inmovilizado allí, con los brazos cruzados y la mirada fija en un bock vacío.

\*\*\*

Don Juan consultó su reloj de pulsera; aún faltaba bastante para la hora de la cita con su amada actual.

Un instante quedó en suspenso, recordando esta conquista reciente, que bien merecía el calificativo de «halagadora»; y como un niño que tuviese experiencia de la duración de placer que puede proporcionarle un nuevo juguete, calculó mentalmente los días que aún restaban, antes de que el hastío abriese, una vez más, la senda luminosa y breve de una nueva conquista.

Cuando abandonó esta meditación, advirtió frente a él unos parroquianos que hasta este momento debió de confundir con la pared.

Era un matrimonio; él, gordo, calvo, y evidenciando una cadena de reloj sobre el chaleco; leía minuciosamente un periódico que no era de Madrid.

Ella, de piel oscura, labios pálidos, ojos saltones y nariz colorada, era una de estas mujeres que nunca parecen jóvenes, ni viejas, porque en su ros-

tro incoloro son tan imposibles las arrugas como la lozanía.

Se tocaba con un sombrero informe y tenía las manos cruzadas sobre el regazo, sujetando un bolso de piel, voluminoso. Estrechos galones bordados adornaban su vestido de paño de un tono verdoso, que bien pudiera ser nuevo, estar perfectamente cepillado y tener naturalmente este matiz miserable.

Don Juan la miraba sin verla; ella le veía sin mirarle, deslizándose entre sus párpados una mirada de sorpresa por aquella presencia que resultaba casi escandalosa en «su» café.

\*\*\*

Don Juan se permitió el raro gusto de bostezar ostensiblemente; ya otra vez, cenando solo en una taberna típica, se había otorgado el de mojar pan en un plato de salsa.

Desde este bostezo, un hilo conductor misterioso llevó hasta su espíritu cierta ocurrencia ingeniosa y graciosa.

Como potentado neurasténico que regalase de pronto un par de millones a un desconocido, don Juan, súbitamente, resolvió dispensar a aquella mujer del traje cardenillo un don espléndido, arrancado de su caudal de seducción.

No una mirada, ni una sonrisa, ni un piropo, según hizo en más de una ocasión, filántropo del amor, con las cursis de la calle y las feas de los salones.

No; esta vez no se trataría de hacer una limosna, sino de divertirse personalmente de una manera original, que le redimiese ante sus propios ojos de su estancia en aquel café.

Le rozó ligeramente la idea de que iba a cometer una crueldad con aquella desgraciada; pero este escrúpulo se borró ante la seguridad de poner en aquella pobre existencia gris un destello de gloria que la embelleciese.

Fue la de don Juan una labor admirable de maestría perfecta, de matización sutil.

Las miradas, espaciadas al principio, menudearon después como si algo invencible las atrajese, siempre que se intentaban desviar; de ligeras y fugaces, se tornaron largas y apoyadas; de atentas y admirativas, encendidas y vehementes. Y la boca, la actitud contenida, cada gesto, ayudaban a los ojos en la expresión de toda la gama de sentimientos, minuciosamente graduados.

Con la mitad de aquel magno esfuerzo, le hubiera sobrado a don Juan para rendir la más inaccesible beldad de la corte. Y se divertía íntimamente, dándose a sí mismo el espectáculo burlesco de un general que utilizase una ametralladora para atacar un castillo de naipes.

Ella no le miraba ya a hurtadillas, y sus ojos iban reflejando también toda una gama progresiva de sentimientos.

Fue primero estupor—¿le tomaría por loco?—; luego duda—¿cómo iba ella a admitir que aquello fuese posible?—; más tarde indecisión—¿qué hacer? ¿qué creer?—; y por último convencimiento: ya estaba segura; aquel hombre extraordinario le hacía, por señas, una declaración de amor.

Don Juan leyó esta seguridad en la mirada bovina de los ojos saltones, y bruscamente, aquello cobró para él una emoción insospechada; el efecto no podía ser, esta vez, semejante a ninguno de los que él estaba habituado a producir. ¿Satisfacción vanidosa? ¿Rendimiento más o menos rápido? No, nada de eso bastaba. La reacción tenía que ser proporcional al valor de la presa, y esta sería algo nunca visto.

Y fue, en efecto, algo nunca visto por don Juan lo que ocurrió.

La mujer le miró por primera vez cara a cara, y, ostensiblemente, se estrechó contra el señor gordo y calvo de la cadena de oro, que leía un periódico de provincias.

Bajo el sombrero informe, su cabeza tuvo un movimiento duro y seco hacia atrás: un movimiento de «mujer honrada».

Y sus labios pálidos, en un marcado mohín de desprecio, dibujaron tácitamente una palabra, una sola: «Impertinente!»

\*\*\*

Don Juan salió del café con la cabeza erguida, muy digno, pero cuidando de no volver los ojos hacia la señora del traje verdoso, como si desde aquellos galones bordados y aquel sombrero informe y aquel rostro inexpressivo, de ojos saltones, sintiese caer, pesando sobre él, algo que le imponía un invencible respeto: su primer fracaso.



## Una gran prueba de amor

Tradición toledana



Conseguirás tu empeño—dijo ella—. ¿Quién hay en toda Castilla que iguale tu ciencia?

I

**C**ERCA de las ruinas que flanquean el Tajo, en Toledo, conocidas popularmente por baño de la Cava, y que son las de un puente destruido por una inundación en 1203, cabalga otro sobre ese famoso río que recuerda muy curiosa historia de su origen.

Conócese este puente con el nombre de San Martín. Goza el prestigio de ser uno de los puentes mejor contruidos en la Edad Media con fines militares, fines de que dan claro testimonio los dos torreones almenados que se yerguen sobre los escombros. Es de piedra de sillaría, de gran solidez, airoso de líneas y se tiende con elegancia sobre cinco arcos ligeramente apuntados, de menor a mayor, desde los extremos al medio. Por el central, hermoso, atrevido de dimensiones—140 pies de luz por 95 de altura—se desliza casi todo el caudal del Tajo. En tres de sus tajamares, a manera de balcón sobre las aguas, se curvan los puentes en otras tantas pequeñas rotondas, para apartamiento, descanso o solaz de los viandantes, y tal vez son lo único que se conserva en la cama del puente de su primitiva fábrica, puesto que el enlosado y el pretil son de épocas posteriores.

II

Cuando las luchas fraticidas de la segunda mitad del siglo XIV, entre Pedro, el Cruel, y el bas-

tardo Enrique (quien habría de dar punto y raya a su hermano en tocante a crueldad), en el sitio de este puente de San Martín existía otro, al parecer, que, por su escasa solidez, fué fácilmente destruido por la soldadesca de Pedro o de Enrique o de ambos. Sea de esto lo que fuere, el puente actual acabó de levantarse desde los cimientos o sobre las ruinas del otro allá por el decenio de 1390, reinando en España Juan I, meses antes de morir, y reinando en Toledo el arzobispo D. Pedro Tenorio, pues ínfulas y hechos acreditan a este primado como a uno de tantos reyezuelos medievales que ha padecido España.

Ignórase quién haya sido el arquitecto que dirigió tan notable construcción. Por lo menos, en los vulgares libros de historia no se consigna su nombre. Que fué hombre de grandes empeños conceptivos, su obra lo proclama. Y, como a nuestro fin conviene llamarle de algún modo, le nombraremos Pero Gómez, en tanto no se desentrevale su verdadero nombre bautismal.

III

Pues sucedióle a Pero Gómez que se enamoró de una joven toledana, más distinguida por su claro entendimiento que por lo bella, con la cual contrajo nupcias tras breves relaciones amoratorias. Clara Espinel había rechazado a cuantos preten-

dientes la requirieron de amores a título de apuestos y valientes galanes o de nobles por sus pergaminos o de acaudalados en dinero. Como no llevaba la cabeza a hombros por mera ornamentación, nada la seducía de cuanto hechiza a las más de las mujeres. Para llegar a su corazón era preciso pasar por su bien equilibrado cerebro, y dejar en él resplandores de admiración proyectados por un hombre inteligente e ilustrado, por sobre todas las demás cualidades masculinas. Así fué que las pretensiones amorosas de Pero Gómez, cuyo talento y fama la tenían ganada de antemano, hubieron acogida en ella, no ya con amor, más bien con un entusiasmo rayano en idolatría, y su corazón fué desde entonces un santuario donde adoraba con fanatismo al ídolo de aquel hombre de tan extraordinarios méritos.

Era amado Pero Gómez como necesitan los obresos intelectuales que se les ame: a base de una admiración firme, apasionada. Tuvo la suerte, excepcional entre artistas y escritores, de encontrar esposa inteligente, con espíritu sediento de anhelos nobles, que le mantuviera encendida la fe en sí mismo, precisa a todo creador de belleza. Su arte, desde entonces, se superaba sin término, merced a la sutilización que adquiría su talento con los amorosos estímulos que le prodigaba la mujer transmutada en musa...

—Quiero que este puente—decía a la esposa cuando trazaba el proyecto del de San Martín—luzca en su centro un ojo, si no el mayor de todos los puentes del reino, sí de los más grandes, y además, de arco más abierto que ninguno.

Ella acogió regocijada la noticia.

—Conseguirás tu empeño—dijo ella, abrazándole mimosa—. Lo conseguirás, Pero mío. ¿Quién hay en toda Castilla que iguale tu ciencia? Tu puente será el más hermoso, y ha de asombrar a propios y a extraños. Inflamado tengo el corazón en deseos de verlo concluido.

IV

Entre los pretendientes desdeñados por Clara Espinel había uno en quien la repulsa obró efecto de acicate, al punto de que ni después de casada ella consiguió domar la pasión que le inspirara. Era éste un maestro de obras que precisamente trabajaba subordinado a Pero Gómez, al que solía servir como una especie de lugarteniente de gran confianza.

Ignoraba Pero Gómez las pretensiones que el tal había tenido a la mano de Clara, y ésta, por evitar contrariedades a su compañero, le ocultaba los asedios amorosos de que era objeto por parte de aquél, de cuando en cuando.

Jamás ella prestaba oídos a las palabras seductoras de quien tan poco respetaba su honestidad y la consideración que debía al jefe. Pero molesta de tan pertinaz proceder de él y temerosa de que trascendiera aquella situación, aprovechó la primera ocasión en que el maestro de obras volvió a insinuarse, para decirle:

—¿Por fuerza me creáis tan necia que no posea alto concepto de dignidad femenina y que desconozca mis deberes de esposa?

—Si yo no viese en vos la suma de perfecciones —insistió él—, no alimentaría en mi pecho esta pasión que hace años me consume, y que confía en vuestra piedad como la virtud más relevante de cuantas poseáis, hermosa Clara.

Le miró ella en silencio un instante, con una mirada de inteligente menosprecio, y, tras de sonreír con irónica intención, argumentó:

—Si mi piedad, con ser mi virtud más relevante, me llevara a curaros la herida de tan bajo instinto como padecéis...

—Me tratáis muy mal, idolatrada Clara—interrumpió él, protestante.

—No tanto como merecéis—impugnó ella, energética—. ¿Qué condiciones tan vulgares veis en mí, que podéis concebir el descabellado propósito de ganarme a vuestro ruin apetito? ¿Y de qué dones os suponéis dotado para que, deslumbraada por ellos, vaya a entregarme en vuestros brazos?

Hizo Clara Espinel una pausa que el maestro de obras no se atrevió a alterar, vencido, acocinado, con la vista en el suelo. Ella prosiguió:

—He vencido mi repugnancia para otros por esta sola vez, y conminaros a que no persistáis en vuestro loco empeño... Quiero sepáis de una manera terminante que sólo me seducen y enamoran del hombre su talento y su hombría de bien. Y estas condiciones las reúne mi esposo, tan cabales, que ningún otro hombre se le igualará jamás a mis ojos.



Tal fenómeno le sugirió la idea de incendiar el maderamen del puente, y éste se desplomó, arrastrando consigo el error...

Tornó a guardar silencio la dama. Entonces, el frustrado seductor, herido en su amor propio por tamaño menosprecio, sólo acertó a modular rencorosamente unas palabras que le pudieran viudicar sus hollados méritos personales.

—Cuidad—dijo—de que el talento de vuestro esposo no se agote, porque acaso sin la eficaz colaboración que tiene se pueda agotar más pronto de lo que presumís...

No dijo más el deshecho amante y se apartó de ella con silencio descortés.

Clara Espinel quedó, sin embargo, tranquila y gozosa de haber acabado con esa molesta persecución. Pero las fútiles palabras oídas al atrevido seductor no tardaron en producirle alguna inquietud, temerosa de que pudieran envolver alguna amenaza para el prestigio de su esposo, como arquitecto.

V

Transcurrido algún tiempo, las obras del puente de San Martín iban alcanzando el término. El puente lucía en su parte central un arco que asombraba por sus muy atrevidas proporciones.

El arquitecto Pero Gómez no recataba la satisfacción que le producía ver plasmado en la realidad su soñado proyecto, cuando, de pronto, inesperadamente, se le vió acometido por una intensa y persistente preocupación, que le tenía el ánimo abatido. Ahora no miraba su obra con orgullo, sino con gran inquietud, como temiendo quitar el maderamen en que el arco céntrico descansaba.

En su casa, la melancolía de que estaba poseído se acentuaba con tan oscuros tonos, que apenas si comía y dormía, y se mostraba incomprensiblemente áspero en el trato con su amable mujer.

No se le ocultaba a ésta que algo grave alteraba el buen ánimo de su esposo, y se sintió invadida de la inexplicable tristeza de él. Quiso conocer la causa del malestar que embargaba a su marido, pero éste rehúsa descubrirla. Hasta que un día le sorprendió Clara revisando cálculos sobre el plano del puente y monologando en actitud descomedida:

—¡Esto es lo inexplicable! Ni que fuese obra de las malas artes de una bruja... Adiós nombre y adiós fama...

—¿De qué desesperas, querido mío?—preguntó ella, mostrándose de improviso—. ¿Por qué has de persistir en ocultarme tus cuitas? ¿No ves que me basta verte contrariado para que mi ánimo sufra también? Pues si esto es así, irremediablemente, es justo que me digas por qué peno yo contigo—concluyó ella, cariciosa.

—¡Ay, Clara mía! Si te oculto mis cuitas es sólo por retardar el momento en que menosprecies mi arte, que tantos entusiasmos tiene en ti.

—¿Menospreciares yo? ¡Eso, nunca! Y en cuanto a tu talento como arquitecto, hartó probado está.

—Pero basta un fracaso para oscurecer con su sombra los cien éxitos anteriores.

—Un fracaso...—musitó ella deseando y temiendo alguna revelación, revelación de algo siniestro que asoció súbitamente a la casi olvidada amenaza del maestro de obras.

—Fracaso, sí, amada mía—acaré el—. Mis cálculos del arco central del puente son precisos, exactos, sin que ofrezcan la menor duda. Y, al contrastarlos con a obra hecha, hay un error tan grave, tan grave, que se vendrá el arco abajo tan pronto se quiten las cimbras...

La esposa oía en silencio, suspensa, esta declaración, como avisada de la maldad agazapada en aquel error. Pendiente ya de buscar un recurso para salvar el amenazado crédito de su esposo, como arquitecto, preguntó:

—Pero ¿has comprobado serenamente tus cálculos en la realidad?

—Están perfectamente comprobados. El arco excede las proporciones del proyecto y con arreglo a las cuales se empezó a levantar. Tal parece que la mano de algún ente infernal anduvo en él... ¡Oh! Qué va a ser de mí, cuando se quiten las cimbras...

—¿Y es preciso quitarlas en seguida?—preguntó ella, obediente a una disimulada sugerencia.

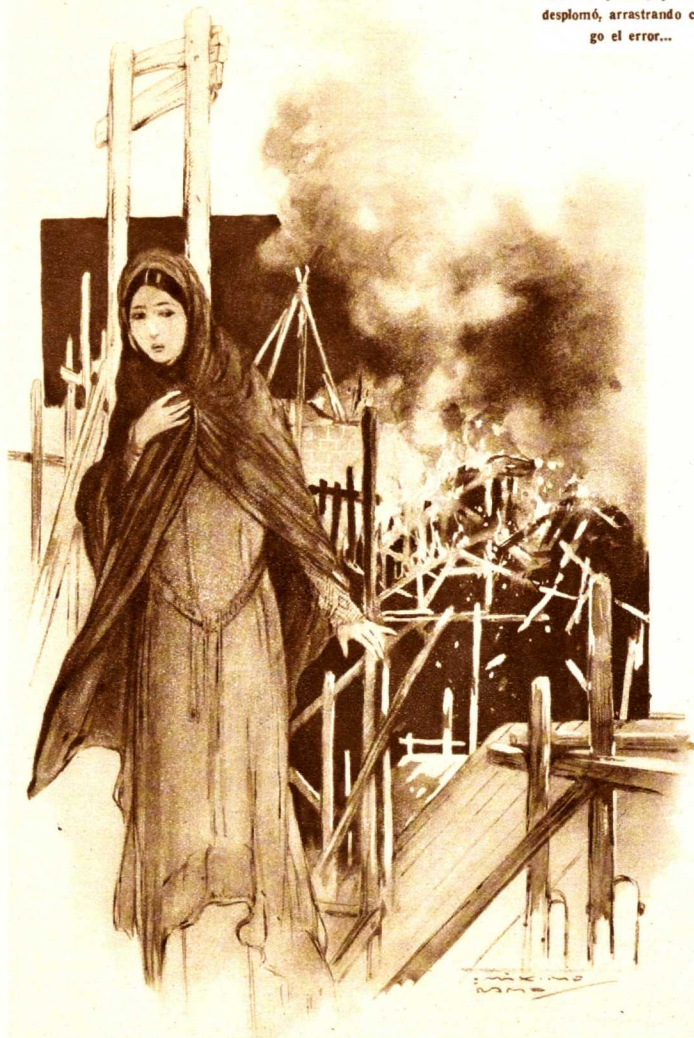
—Muy pronto. Como que ya está puesta la clave del arco.

—Pues demora lo más posible esa operación...

—Eso no ha de evitar el mal.

—Acaso sí. ¿Quién dice que otra mano embrujada o infernal no puede deshacer lo tan misteriosamente hecho?

Al expresarse así Clara, ya tenía fraguado el propósito de salvar la reputación del marido a todo trance y contra todo riesgo.



VI

Su primera intención fué valerse del maestro de obras, a quien ella sabía causante de la maldad, para que él mismo destruyera el arco del puente, a cuyo propósito pensaba inducirle fingiéndose seducida por él.

Pero el procedimiento le pareció en seguida demasiado expuesto para una mujer honesta y dióse a urdir otros propósitos.

Para mejor ocultar del esposo esta tormentosa inquietud, solía velar mientras él dormía, para estudiar en estas horas nocturnas las posibilidades de salvar la reputación amenazada del arquitecto. Todos sus proyectos concluían fatalmente en lo mismo: la necesidad de destruir el arco. Y esta idea concluyó por obsesionarla.

Durante una de sus vigiliás, la obsesión cobró más fuerza que nunca. Agotados todos los recursos mentales para llevar a cabo la idea destructora, se encontró de pronto con el pensamiento

como iluminado, esclareciéndole el mejor procedimiento para llevar a cabo su empeño. Era una noche tenebrosa, en la que los relámpagos ponían claros infernales en el cielo y en la tierra como en amago de gran tormenta. Tal fenómeno celeste le sugirió la idea de incendiar el maderamen del puente, con lo cual éste se desplomaría arrastrando consigo el error que, por maldad del maestro de obras, iba a desprestigiar a su esposo.

Tiempo después eran restaurados los destrozos del incendio, rectificados los errores y suprimida la colaboración del maestro de obras.

En secreto reconocimiento de gratitud a su esposa, Pero Gómez perpetuó su recuerdo labrando un busto de ella en la clave del arco mayor. No falta, sin embargo, quien suponga este busto tratado del arzobispo D. Pedro Tenorio, bajo cuyos auspicios se levantó el puente de San Martín.

CONSTANTINO SUAREZ





## Mujeres

«LA YANQUI», SIN CHISTERA.

Ahí la tienen, lectoras. Esa es Reyes Castizo, la Yanqui... ¿Cómo que no? ¿Porque aparece sin chistera? Pero si la chistera es su máscara, su disfraz... Claro que también es su talismán, su conjuro... Mas, precisamente por eso, se le ha quitado. Para que la contemplen al natural, en su gallarda condición española, fuera del sortilegio

He aquí la gracia incomparable de Reyes Castizo, «La Yanqui», vista por el objetivo del gran artista Walken.

de la batería y de los penachos exóticos. Como lo que es, en realidad; una andaluza fina, airosa, voluptuosa, de estirpe gitana, más preciada que estirpe regia.

La Yanqui, sin chistera, es como un Cupido sin flechas, o como un San Jorge sin lanza—objetará alguno—. Según... según... Porque sin exhibir tópicos galantes—las flechas de sus ojos, la lanza de su sonrisa—, basta con mirarla despacio. ¿Es que esa cara, entre de *madonna* y chavalillo; ese cuerpo,

«Las gracias modernas», por Cristóbal de Castro

entre de muchachita y estudiante, necesitan de la chistera para abordar el arte equívoco moderno?

La Yanqui—como Ruth Tester, el *Diablillo inglés*; como Paulowa Bogdanof, el *Efebo ruso*; como todas las *girls* y todas las señoritas de conjuntos vestidas de hombre—encarnan, más que un arte nuevo, una ingenuidad nueva. Cuya ingenuidad lo mismo aparece en bailes ultracrepitantes, como el *charleston* y el *black bottom*, que en las danzas suaves y silenciosas de la Grecia clásica o de la



## Estampa

en el gesto, señoril; en el empaque, principesco y dominador.

Y las cintas modernas, de ambiente lujoso, galante, cosmopolita, con sus aventureras soberbias y sus pecadoras magníficas—también desconocidas del *film* español, o también conocidas en precario—encontrarán difícilmente temperamento tan propicio, sensibilidad tan afín, como la de esta arrogante artista, algunos de cuyos ensayos felicísimos han pasado con la fugacidad de cintas desorganizadas, embarulladas, o con repartos absurdos, sin pies ni cabeza.

¿Cuándo llegará el día de la cinta española, con argumento, novedad, interés, dirección culta y expresión inteligente? Cuando llegare—ojalá sea pronto—, Conchita Piquer podrá ornarla, por temperamento y figura, como mujer estatuaría y como estatuaría mujer...

LOS ABANICOS DE  
ISABELITA RUIZ

Entre las bailarinas de cartel, Isabelita Ruiz ofrece una personalidad, vigorosa, por el contraste. Ancestral, primigenia, en la rudeza de sus ímpetus,

es fina, delicada, moderna, en lo aligero de sus modos.

Aparece en escena según aquel precepto de Ovidio, que ella de fijo ignora, pero que por instinto practica:

con los labios entreabiertos  
y los ojos entornados...

Luego, según avanza el baile, los labios, desplegados en sonrisa, se van plegando, como un abanico entreabierto. Y los ojos, que el guiño entorna, van abriéndose, abriéndose, como un abanico entrecerrado...

No es que Isabelita Ruiz use el abanico en sus danzas, como las musmés; es que se abanica ella misma, consigo misma, por sí misma, cerrando el abanico de sus labios, abriendo los abanicos de sus ojos. Y este contraste entre los labios, antes sonrientes, y luego violentos, y los ojos, primero líricos y luego trágicos, es la señal de su impulsión, de su transfiguración. El alma, frívola y contemporánea, se disipa, se evade; con la música nacional, resurge el alma histórica, castiza, juglaresca, de las «danzaderas» de Juan Ruiz... Y todo el perfil moderno adquiere poderoso vigor antiguo.



Isabelita Ruiz, la hermosa y genial bailarina que ha recorrido en triunfo los escenarios de Europa.

(Fot. de Arte Company.)

Francia del Rey Sol. Porque la nueva ingenuidad no reside en el arte nuevo, sino en la feminidad nueva... Y la *Yanqui*, heraldo de su generación, no sólo es joven, sino nueva en su silueta, en sus gestos, en su ideal, en su sensibilidad...

La nueva ingenuidad rompe con el concepto clásico de aislamiento y gazmoñería, irrumpiendo en la nueva vida con ansias de amplitud febril. Representa, como ha dicho André Gide, el tipo de mujer «androide», esto es, masculinizante. Hay en sus líneas psicológicas el deseo de una ampliación espiritual y en sus líneas físicas el de una ampliación fisiológica. No se trata de invadir campos ajenos, sino de dilatar los propios. De no resignarse al papel de «muñeca humana». De alumbrar, en las sombras contemporáneas, nuevas parcelas de conocimiento y emoción...

CONCHITA PIQUER, O LA  
ESTATUARIA.

Conchita Piquer es la Arrogancia. Una arrogancia juvenil, pero serena; majestuosa, estatuaría. Sus vestidos, ultramodernos, tienen, ceñidos o flotantes, línea clásica. Sus actitudes, de pantalla o de escenario, esa lentitud, elegante y rítmica, de las imágenes conducidas en andas... No parece que va, sino que la llevan...

En estos predios rústicos de la cinematografía española—donde Bertoldo «filma» dramas sin diálogo y Cacaseno zarzuelas sin música, rivalizando con el que asó la manteca—, el perfil, fino y suntoso, de Conchita Piquer podría afrontar altos empeños. La cinta histórica—doctorado del *film*—, que España, hija predilecta de la Historia, desconoce, o conoce precariamente, hallaría en esta mujer estatuaría intérprete para las reinas solemnes, para las ricas hembras altivas, para las sultanas opulentas... No sólo en la figura, espléndida, sino



Conchita Piquer, la admirable española levantina recriada en la América del Norte, es, como la Argentina y como la Meller, una conquistadora de públicos exóticos, que siente a veces la nostalgia.

(Fot. Murray Studios.)



# LOS DEPORTES DE LA NIEVE EN EL EXTRANJERO



Los estudiantes de Estocolmo, disputando una carrera de patín a la vela.

(Fot. Androver.)

Sobre la pista de luge de Davos. En la paz de la altura, el pequeño trineo se desliza rápido y silencioso.

(Fot. Androver.)



En Saint Moritz, los felices del mundo viven sobre las cumbres vestidas con las galas de la nieve y los esplendores del sol, muy lejos de la bruma y el lodo de las grandes capitales.

Destacando sobre la nieve inmaculada y el puro cielo, estos dos esquiadores, en el gesto familiar de encender un pitillo, tienen grandeza y gloria de olímpicos semidioses.

(Fot. Orríos.)





DIA DE NIEBLA EN LA SIERRA.—Fotografías de arte, por Antonio Calvache.





EL PUERTO DE NAVACERRADA, CON NIEVE Y BRUMA.—Fot. de arte, por Calvache



Una pareja de esquiadores en el Puerto de Navacerrada.

(Fot. Contreras y Vilaseca.)



Las señoritas Lola Martín Luna y Pura López, en Navacerrada.

(Fot. Contreras y Vilaseca.)





Los  
nuevos  
modelos  
de  
París

Vestido  
de  
tafetán  
tornasol  
rosa,  
en dos  
matices.  
Creación  
de  
Berr.

## Crónica de la Moda

El crepé-satin para los vestidos de tarde

**P**OR su incomparable flexibilidad y su elegante caída, por los tableados graciosos que permite, el crepé-satin responde de una manera per-

fecta a las exigencias de una moda que nos quiere delgadas y esbeltas hasta el máximo. Así, pues, es ésta una de las telas favoritas.

Se la emplea, sobre todo, para los vestidos de tarde. El aspecto sobrio del crepé-satin conviene muy bien a esos vestidos de día, fáciles de poner

y de elegancia sencilla, que aprecian todas las mujeres. En negro o en color, el crepé-satin se guarnece generalmente con incrustaciones de otros tejidos, terciopelo, crepé Georgette, crepé de China; pero lo más frecuente es sacar partido de las dos caras del tejido que, como se sabe, es mate





Vestido de raso negro para la tarde.—Modelo de Redfern.



Gran modelo de lana de plata rebordado de hilo de oro y guarnecido de arenarú. Creación Redfern.

por un lado y brillante por el otro, para obtener efectos decorativos. La idea no es nueva y la moda la ha explotado mucho, ya, el año pasado. Pero es un tema éste en tal modo fecundo que estamos lejos aún de estar cansadas de él. La novedad del corte y la habilidad en la oposición de los dos tejidos cambian, por lo demás, el aspecto de las guarniciones que se obtienen de él.

Pero, por seductor y práctico que sea el crepé-satin, tiene el inconveniente de ser difícil de trabajar; su flexibilidad y su peso, que tan bonitos efectos permiten, son causa de que se deforme fácilmente en cuanto no se le corta al hilo. Un buen consejo a las costureras aficionadas: cuando trabajéis en el crepé-satin al bies o en forma, tened cuidado de hilvanar el tejido sobre papel de seda antes de cortarle. Al



coser juntos la tela y el papel, se evitarán no pocos errores y se simplificará así mucho un trabajo tan delicado como el de las incrustaciones.

¿No es encantador y de un aire juvenil un vestido en crepé-satin, «azul viejo», empleado por el lado mate y por el lado brillante, y subrayando las incrustaciones con un galoncito gris?

No menos elegante es la *tailleté* siguiente: sobre un bajo finamente plisado, en crepé China marfil, pondréis una túnica, en crepé-satin habana; una franja de este crepé-satin, empleado por el lado brillante, bordea el bajo y los

Vestido de boda, de raso blanco, con bajos de encaje. Por único adorno lleva un bordado de perlas.—Modelo Redfern.

(Fots. G. L. Manuel Frères.)



Los  
nuevos  
modelos  
de  
París

(Fot.  
G. L.  
Manuel  
Frères.)



Abrigo  
para  
la noche,  
de  
terciopelo  
negro  
rebordado  
con  
dibujo  
de grandes  
flores,  
en  
varios  
colores.  
(Modelo  
Deshayes.)

extremos de las mangas, formando un contraste feliz con el cuerpo, que está combinado con el lado mate del crepé; esta túnica está también orlada con un estrecho bias de de crepé China marfil.

❖ ❖ Nuestros  
vestidos de encaje

Es este un impulso de la moda del que conviene alegrarse; primero, porque el encaje es siempre bonito, y, luego, porque muchas de nosotras, después de su eclipse, conservábamos en nuestros armarios riquezas no utilizadas de elegancia.

Las reuniones mundanas de esta temporada nos permiten esperar un duradero retorno de esta magnífica guarnición.

Hemos podido ver vestidos enteros de encaje

negro sobre fondo de color claro. En otros casos, el encaje ha reaparecido como guarnición de nuestras *toilettes* más elegantes. Una larga capa, muy bonita, de crepé marroquí negro, vista recientemente, iba adornada, por la parte de abajo, en entredós, con una alta banda de encaje negro.

Lo que quisiera señalaros particularmente es el retorno en nuestros vestidos de lucimiento, a la belleza del *chantilly* en lazos, en volantes, de los que los armarios franceses guardan tesoros innumerales.

Imaginad la gracia exquisita de un vestido de noche, de crepé Georgette marfil, incrustado, por lo bajo, con un encaje *bise*. El descote está orlado con una cinta de terciopelo rosa pastel, anudada a la espalda. El cinturón es de la misma cinta y se ata bajo un ramo de flores de los tonos de pastel.

Un vestido de tarde. El fondo es de crepé de China marfil, todo abotonado a lo largo, con un cuello de becerro nonato. La túnica, que pasa del fondo y se abre a lo ancho por delante, es de encaje marino. Se cierra con broches de becerro nonato y se sujeta al talle con un cinturón ajustado.







ESCONDIDA y pequeñita, en la humilde actitud de las pobres mujeres que tantas veces ha visto llorando ante su altar, la Virgen madrileña — morena por el ámbar del sol de nuestros mediodías — se asoma a su marco, cuajado de oro y flores, como a una reja de esas que aún conservan jirones de romances clavados en sus hierros, y que en una revuelta de la Cava, en una casa de la Arganzuela, en un viejo palacio de Embajadores, en un recodo de sombra azul de Cuchilleros, evocan aún las tragedias de amores, de celos, de sangre, del Avapiés bravío.

Por las calles miserables que suben desde el río, por las que llegan retorciéndose, desde Puerta Cerrada y las Rondas, se trazan los caminos de fervor — suspiros tristes de tristes mujeres, quejas ardientes de mozas burladas, lloros callados de pobres abuelas —, que la Virgen recoge en el pálido cáliz de sus manos cruzadas.

Dicen sus penas en voz tan baja y con tanta vergüenza las gentes del pueblo, que Nuestra Señora debe inclinarse hacia ellas para escuchar más de cerca las confidencias dolorosas..., y siempre hay en sus labios la misma sonrisa de misericordia, la misma promesa de consuelo, y siempre tiemblan en sus ojos las mismas lágrimas de pena... ¡Sufren tanto, tanto, estos devotos de la Paloma! El hombre sin trabajo, el hijo enfermo, la mujer agotada de dolor en el camastro..., el que cae del andamio o se mata en la fábrica..., los niños que se mueren, las hijas que se pierden, cansadas de pasar hambre y miseria..., historia repetida y semejante, negra teoría de livideces crispadas y camas de hospital...

Allá, desde el trono de su altar florido, bajo la gran corona donde brillan los luceros de plata, la Señora ve todos los dolores que hieren a sus hijos y se regocija con las inefables alegrías que despiertan con la aurora rosada de los recién nacidos — ricas blondas espumosas o amarillas bayetas humildes —, que todas las madres de Madrid vienen a ofrecerle entre los brazos, aún trémulos del dolor magnífico..., desde los hijos del rey hasta los arrapiquesos del último mendigo. En las gemas de su corona se ha reflejado la llamita oscilante de millares de cirios en estas misas de parida, llenas de gratitud, de unción y de esperanza; y Ella las

acoge todas para formar con el haz de sus fuegos el rayo más puro de su aureola, porque es la madre entre las madres, y en el cáliz de cada una de sus rosas tiembla como un rocío de cristal la sonrisa de un niño dormido, guirnalda de gracias que renueva cerca del corazón doloroso aquella primera sonrisa del Hijo por que llora por los siglos de los siglos...

Escondida y pequeñita, como a una dulce novia morena, vienen a rondarla sus romeros en la noche azul y encendida en que se la festeja con cadenetes y farolillos, rodar de *carrouseles*, campaneos de feria y agrio exhalar de vino vertido. La celosía que finge el marco áureo se le llena de flores, y el regocijo sale a los balcones en mantones radiantes, donde arden las rosas del rumbo madrileño, oriflamos de un incendio multicolor que se prende en el aire caliente del agosto, mientras Ella pasa al compás de las marchas triunfales, el voleo exultante de los campanarios, entre el brillo efímero de las bengalas y el murmullo ferviente de las letanías...

Ella sale de su iglesia, pasea por su barrio. Ella pasa. Las casucas ruinosas, destripadas, remendadas como savos de hampones, parecen empujarse buscando la luz de los ojos que lloran..., y María de la Paloma deja el rastro de plata de su mirada sobre cada tejadillo rojizo y mellado como una vieja encia, y se inclina, se inclina más para ver allá dentro el drama silencioso, el drama cotidiano de las pobres vidas...

\*\*\*

Luego, en la dulce noche, mientras la fiesta estalla, la Virgen madrileña siente su corazón henchirse de una ternura desgarradora hacia la turbia alegría que trepida y se aturde en las calles... Y si alguien le hablara de irreverencia, de escándalo, de pecado, la Madre le respondería, apretando aún más de angustia la cruz de sus manos divinas: «¡Dejadlos!... ¡Sufren tanto!...»

MATILDE MUÑOZ



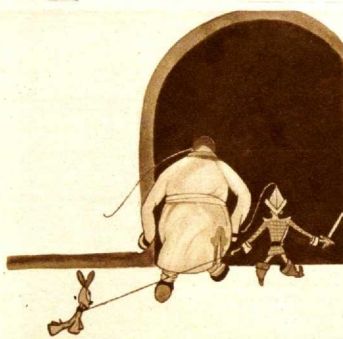


# AVENTURAS DE PIPO Y PIPA



## QUINTO EPISODIO

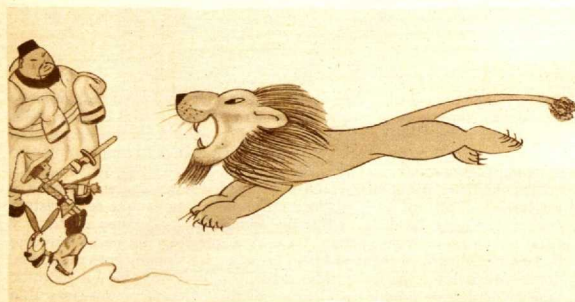
I.—¿Que quieres conocer el secreto del dragón?, repite el chino. "Tras esta puerta de bronce se oculta. La empresa es peligrosa, pero eres valiente y llevas una espada que la sangre del dragón ha hecho invencible." "Abre la puerta", ordena Pipa. "Aah-ichis", exclama el chino. "¡Jesús!", contesta Pipa, creyendo que es un estornudo. Y la puerta se abre.



II.—Camina el chino, corvado por el respeto. Detrás del chino, Pipa, erguido, con su espada refulgente en la diestra, camina también, y detrás de Pipa, Pipa avanza lentamente, moviendo la cola de arriba a abajo (signo de preocupación), y refunfuña: "Otra aventurita, ¡vaya por Dios!" Un ruido impresionante interrumpe sus reflexiones.



III.—Ante Pipa aparece, lúza en ristre, una armadura de esas que se ven en los museos y en los viejos palacios, con un hombre dentro. ¿Cómo se halla en la China este señor? Misterio. Pipa no se detiene a pensarlo. Pipa ejecuta un rápido movimiento con su espada. ¡Ja! El guerrero cae atravesado de parte a parte.



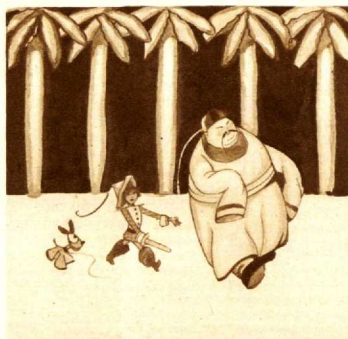
IV.—"Señor, dice el chino, lleno de admiración; ya triunfaste del primer peligro; eres un *King-fu-chang*." "Y eso, ¿qué es?", pregunta Pipa. El chino hace ademán de cortar algo. "¡Ay!, comprendo, dice Pipa; eso quiere decir su *hacha*." Siguen andando, Pipa va cada vez más preocupada. Como un eco a su alarma, suena un rugido espantoso. Pipa empuña su espada. Y aparece un león. ¡Pero qué león!



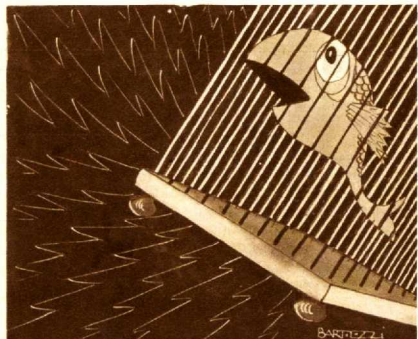
V.—La fiera, al ver a nuestros héroes, se lanza hacia ellos con la inocente intención de devorarlos. Pero ya la espada refulgente de Pipa se ha clavado en su garganta hasta la empuñadura, y el león cae muerto y queda convertido en una piel de esas que se colocan delante de los sofás. Decididamente, aquí todo es cosa de encantamiento y brujería. Vencidos estos dos obstáculos, el chino, Pipa y Pipa siguen su camino.



VI.—De repente, ante ellos se levanta una selva inextricable que les cierra el camino. Los árboles, que surgen de la tierra por obra de magia, entrelazan sus troncos y sus ramas en todas direcciones. No hay manera de dar un paso; no se puede avanzar ni retroceder; de todos los peligros, éste es el peor.



VII.—Pero Pipa no se desconcierta; alza su espada y ataca con ella a los árboles. Y he aquí que los árboles se apartan y se ponen en fila, como niños bien educados, y aquel laberinto queda convertido en una especie de *Paseo del Prado*. Entonces el chino dice: "Ya has vencido todos los obstáculos."



VIII.—En efecto, al final del frondoso paseo se encuentran ante un pabellón luminoso. En este pabellón hay una jaula con los barrotes de oro, y dentro de la jaula, un pez. "Este es el secreto del dragón", dice el chino. "Este pez es el talismán más poderoso que ha existido. Tuyo es."

Texto y dibujos de BARTOLOZZI

(Continuad en el próximo número.)



# La Princesa Alegría



Cuento, por Sara Insúa

En un país lejano, y hace muchos siglos, tantos que aquel país no existe ya, nació una princesa.

Era el primer hijo que concedía Dios a los soberanos de aquella nación, después de haberles hecho esperar bastantes años.

Por eso fué la princesita recibida con tanto júbilo y alborozo por sus padres y por todos los habitantes del reino, que el hada madrina—entonces existían las hadas y eran las madrinas de las princesas—quiso bautizarla con el bello y risueño nombre de Alegría.

Pero el hada no se conformó con esto; como todas las hadas buenas había de otorgar un don a su ahijada, e inclinándose sobre la suntuosa cuna, que era toda de oro y plata, extendió su varita mágica y dijo con su voz suave como el murmullo del céfiro entre las flores:

—Princesa, yo te concedo el don de la alegría. Tu nombre será la expresión de tu alma. Bajo tus cabellos del color del oro, suaves como hebras de seda, la tersura de tu frente blanca no se alterará. Tus ojos azules, como el cielo, no se empañarán de lágrimas. Tus mejillas no perderán el rosado matiz de la reina de las flores, y en tus labios, rojos como las frambuesas, la sonrisa será eterna... Pero—continuó el hada volviéndose hacia los padres que la escuchaban en conmovido silencio—si queréis que mi don no pierda su eficacia, cuidad celosamente de vuestra hija. La alegría es una maravillosa flor de estufa...»

Y, después de esto, el hada generosa puso un beso sobre la frente nivea de la diminuta princesa, que sonreía ya, y desapareció en una nube.

\*\*\*

La princesa Alegría fué creciendo poco a poco, como todos los niños. Dijo «papá» y «mamá» poco más o menos a la edad en que todos los niños

empezan a reunir esas dos sílabas. Echó primero un diente, después otro y otro, como todos los niños, y se soltó a andar al año tres meses y un día. Era, pues, a primera vista, una niña—muy linda, eso sí, extraordinariamente linda—como todas. Pero era la única que no había llorado ni una sola vez desde su entrada en este valle de lágrimas que es la tierra.

Y así, sonriente, alegre siempre, llegó la princesa Alegría a los quince años. Es la edad en que todas las princesas de los cuentos se encuentran en un trance feliz o desgraciado; ¿verdad, queridos lectoritos? Pues veréis lo que le ocurrió a nuestra princesa.

Como era muy buena—no habría podido estar alegre sin ser buena—, sus damas y guardianes se distraían a veces en su vigilancia, y resultado de estas distracciones fué que un día, paseando por el campo, la princesa Alegría se extravió.

Pero no por esto se entristeció; era imposible para ella. Anduvo. Anduvo un día entero, por caminos estrechos, por caminos anchos, entre arboledas y sobre llanuras. Como no tenía con quién hablar, cantaba. Sintió hambre y sed, pero como eran dos sensaciones para ella nuevas, le hicieron gracia, empezó a reír y siguió riendo hasta que encontró un regato de agua donde pudo beber, y una parral silvestre de donde cogió uvas, que le supieron deliciosamente.

Y era ya de noche cuando divisó una casita a lo lejos. La casita que divisan todas las princesas extraviadas.

—Allí podrán decirme por dónde se vuelve al palacio de mis padres—se dijo la princesa, y corrió alegremente hacia la choza.

La puerta estaba entornada. Alegría la empujó, y desde el umbral vió, ante la llama moribunda del hogar, un hombre sentado.

—Buenas noches, buen hombre.

El hombre se volvió sorprendido, y la princesa advirtió, más sorprendida aún, que estaba llorando. Alegría, que no había llorado nunca y había visto llorar muy pocas veces, tardó en comprender lo que significaban aquellas gotas de agua sobre las mejillas curtiduras del campesino.

—¿Qué tienes, padrecito?—preguntó con ternura.

El viejo—era un viejo—, que ante tan hermosa aparición había sentido un consuelo ines-

perado, murmuró poniéndose en pie e inclinándose en actitud reverente, como adivinando la majestad de la niña:

—¿Qué queréis que tenga, señora... Soy viejo y desgraciado; murió mi esposa y mis hijos se fueron... No tengo ánimos para trabajar... estoy solo y triste...

—¡Triste!—repitió Alegría sentándose en un taburete, junto al fuego, porque estaba cansada y tenía frío—. No debes estar triste. Tú mujer se murió porque el Señor quiso llevársela; tus hijos se fueron, porque el Señor juzgó que en otros lugares debían vivir, y tú estás solo porque El quiere que le alabes en la soledad. ¿Por qué no tener ánimos para trabajar? El cielo es azul, el sol calienta la tierra, el agua la refresca, los árboles dan sombra y, entre sus hojas, canta el aire lindas canciones; las flores perfuman el ambiente; los pajarillos atraviesan el espacio gorjeando; crece el trigo dorado y maduran las frutas... ¿Por qué estás triste?

Absorto y conmovido, el viejo cayó de rodillas ante la princesa, cuyas palabras eran más dulces que la miel rubia de los panales, y cuya voz sonaba mejor que los trinos de los ruiseñores. Y la princesa Alegría puso su mano leve sobre la plateada cabeza del anciano.

—No has de estar triste, padrecito. Yo te cedo toda la alegría que hayas menester. Vamos, ríe conmigo.

Y el viejo, sintiendo milagrosamente remozado el corazón, rió.

Luego Alegría preguntó por el palacio; el viejo le indicó un camino, y a la mañana siguiente partió.

Pero el palacio estaba, por lo visto, muy lejos. Antes de que surgiesen sus torres, se sintió Alegría cansada. Encontró otra casita, entró y también allí vió lágrimas sobre el rostro de una mujer joven.

Era una pobre madre a quien la Muerte había arrebatado su hijito de tres años. Estaba desesperada de dolor. Alegría, nuevamente compadecida, la consoló. Le habló del coro de ángeles de que formaría parte el niño muerto; le dijo cómo sería posible que el Señor le enviase otro hijo si ella se conformaba siempre con su voluntad, y acabó haciéndola sonreír y dejándola alegre, llena de esperanza y conformidad.

Siguió la princesa su camino hacia el palacio de sus padres; pero era tan largo, que cada noche tenía que entrar en una casa para descansar. Y en cada casa encontró lágrimas, tristeza, desesperación, que supo mitigar. Y la princesa, después de dar la vuelta al mundo secando llantos y esparciendo alegría, llegó, al fin, a su palacio.

Sus padres, que ya no la esperaban, que habían agotado sus lágrimas llorándola, no la reconocieron al pronto. La princesa Alegría había cambiado mucho. Sus cabellos, antes dorados y trillantes como el sol, eran ahora de nieve; la luz azul de sus ojos estaba como velada por una nube de invierno; sus mejillas y su boca se habían vuelto pálidas. Y en vez de caminar erguida y cimbreante, andaba encorvada y vacilando, como si trajese sobre sus hombros todo el dolor que había mitigado repartiendo generosa el don milagroso que en la cuna le concediera el hada madrina.

Sin embargo, de su labio exangüe no había desaparecido la sonrisa. —Pero ¿qué hiciste, hija mía?—clamaron los reyes, juntando las manos.

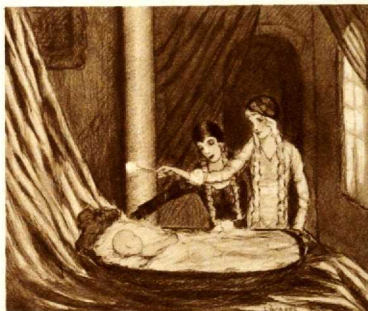
—Todo el bien que pude, padres queridos—dijo la princesa.

—Pero—continuó el atribulado padre—ya no te podremos llamar Alegría.

Entonces sucedió algo insospechado. Al lado de la princesa surgió el hada madrina, hermosa, brillante.

—¿Por qué no?—dijo con su voz divina—. ¿Qué importa que sus cabellos sean de plata y no de oro? ¿Qué importa que en su rostro haya azulecenas en vez de rosas, que en sus ojos haya crepúsculo de invierno en vez de aurora de primavera, y que sus hombros se inclinen bajo el peso del dolor del mundo? Ahora más que nunca debéis llamarle Alegría, porque la dió a todos los que la necesitaban, y todavía le queda la de su conciencia. ¿No lo veis?

Miraron todos, y vieron, sobre la blanca cabeza de la buena, de la dulce princesita, una aureola luminosa...



Inclinándose sobre la suntuosa cuna, el hada extendió su varita mágica...



Alegría vió, desde el umbral, un hombre sentado ante el hogar...



(Dibujos de L. Llanares.)



Poema de niños.

# LA LUNA LA AURORA y LA FUENTE

Las cuatro de la mañana:  
la Luna bajó a la fuente  
para lavarse la cara.  
Se está peinando la aurora  
con su escarpidor de plata,  
regalo de los luceros  
que van muriendo en el agua.  
El cuello, como gorguera  
de gallo en la madrugada;  
los ojos, cielos azules;  
las manos, rosas del alba.  
La vieja Luna redonda,  
queriendo peinar su hilaza,  
pide a la aurora doncella  
el escarpidor de plata.  
Mientras se peina la Luna  
sobre la limpia fontana,  
como la nieve, en silencio,  
le van cayendo las canas.  
La aurora peina su pelo,  
río de espigas doradas,  
y ve con ojos de pismo,  
que el escarpidor de plata  
le va cortando el cabello,  
como una fría guadaña.  
¡Se llenan de áureas guedejas  
sus manos aurirroscadas!  
¡Cómo lloran los luceros  
que van muriendo en el agua!  
La Luna mira en lo alto,  
como una lechuza blanca,  
y al esconderse en la nube,  
tizna de carbón las alas.  
La fuente es un ojo ciego.  
La aurora está envenenada.  
Se ha desplomado, sin vida,  
como corza que se espanta  
y con el tiro de muerte  
rueda en la hierba mojada.  
El escarpidor deslie  
su plata muerta en el agua.  
En el ataúd del día,  
añil y azucenas blancas,  
entre un cortejo de pájaros,  
la aurora va en su mortaja.

Tranquila la Luna llena,  
con su carota de máscara,  
sigue tragando en la noche  
las estrellitas de plata;  
hambrienta de juventudes,  
como una vieja estucada,  
característica horrible  
con aspavientos de urraca.  
¡Las cuatro de la mañana:  
la Luna bajó a la fuente  
para lavarse la cara!

ALFONSO CAMIN

Adolfo Roche



# sirio, profesor de caricatura

## GRAN CONCURSO INFANTIL ORGANIZADO POR SIRIO



Niños: ved a vuestro profesor, Sirio, abrumado por el trabajo de abrir vuestra correspondencia, de examinar, uno por uno, vuestros trabajos, de compararlos, de clasificarlos.... Ante él, vuestras planas forman, sobre la mesa, una verdadera montaña.... Y Sirio y su secretaria trabajan sin descanso para averiguar quiénes, entre vosotros, van a ganar los premios cuyas fotografías aparecerán en el próximo número de «Estampa». Hoy comenzamos a publicar la lista de trabajos recibidos, muy larga.

### TRABAJOS RECIBIDOS PARA EL PRIMER CONCURSO INFANTIL DE "ESTAMPA":

Fernando Plaja y Liraro.—Peñarroya, Pueblonuevo.  
 Antonio Durán Pulido.—Madrid.  
 Gregorio Riquelme.—Guadalajara.  
 Antonio Pardo.—Bilbao.  
 José de Carlos.—Madrid.  
 Fermín Sánchez González.—Getafe.  
 José Félix del Alcázar.—Córdoba.  
 Joaquín Rodríguez Carvajal.—Madrid.  
 José Antonio Urbano.—Madrid.  
 Gabriel Prieto Fernández.—Valladolid.  
 Enrique Cuñías.—Vigo.  
 Mariano Jerez.—Cartagena.  
 José Soriano.—Madrid.  
 Rafael González.—Madrid.  
 Pedro Naval.—Madrid.  
 Fernando Saltó Ramírez.—Albacete.  
 Angel Bella.—Calahorra.  
 Julio Cuenca Pestaña.—Madrid.  
 Pablo Alonso.—Madrid.  
 Martín Esteban.—Bilbao.  
 Fernando Alonso Martínez.—Madrid.  
 José María de Irujo.—Madrid.  
 Ricardo López Manzanares.—Madrid.  
 Luisa García.—Zamora.  
 Angel Sánchez-Cobisa Carro.—Madrid.  
 Francisco Isasa y Adaro.—Madrid.  
 José María Merino Bonich.—Barcelona.  
 Horacio Marco Moll.—Madrid.  
 Ramiro Gómez Suárez.—Mataró.  
 Julio de Linos y Pérez.—Madrid.  
 José María Varela Vázquez.—Madrid.  
 Higinio Cepeda.—Madrid.  
 Aurora Ruano.—Madrid.

Fernando Real Morgado.—Ayamonte.  
 Luis Molino.—Madrid.  
 Samuel de Linas.—Madrid.  
 Antonio de Bechevarri y Llano.—Durango.  
 Andrés Martínez.—Madrid.  
 Salvador Pérez.—Madrid.  
 José Linares Martínez.—Teruel.  
 José L. Albasanz.—Madrid.  
 Manuel Domenech Ausina.—Barcelona.  
 Luis Quintes.—Coruña.  
 Eugenio Maganto Vázquez.—Madrid.  
 Antonio Bermejo Reina.—Sevilla.  
 Angel Marcos.—Madrid.  
 Milagros Requena.—Madrid.  
 Francisco del Río Frutos.—Madrid.  
 Juanitos Bravo.—Madrid.  
 Juan Baixas Sigalés.—Badalona.  
 Cecilio Gómez.—Madrid.  
 Luis Santabábara.—Madrid.  
 Argentina Aranda.—Madrid.  
 Francisco Fernández.—Madrid.  
 Vicente Soler Muñoz.—Madrid.  
 Antonio Andrés Virjuela.—Madrid.  
 Carlos Ballesteros Calzada.—Madrid.  
 Francisco García.—Sevilla.  
 Juan Jiménez.—Málaga.  
 Gregorio Sánchez.—Madrid.  
 José Luis Urdiain.—Pamplona.  
 José Antonio Suárez-Llanos.—Vigo.  
 José María Cristellys.—Mollerusa.  
 Abelardo Ibar.—Cabañal.  
 Enriqueta Drets Sagols.—Madrid.  
 Antolín Casapozca.—Manresa.

Ramón Verderol.—Barcelona.  
 Pelayo Cortina.—Madrid.  
 José María Mora Medina.—Bilbao.  
 Joaquín Soler y Penech.—Barcelona.  
 José Muñoz.—Málaga.  
 María Pilar Escudero.—Zaragoza.  
 José Herencia.—Madrid.  
 Angelita Avila Domínguez.—Madrid.  
 Luis Jiménez.—Sevilla.  
 Ramón Fontdiviela Taye.—Barcelona.  
 Alejandro Salazar Salvador.—Almería.  
 Juan Moreno Díaz.—Sevilla.  
 Cecilia Revilla.—Madrid.  
 Rosario Doctor.—Madrid.  
 Juan José Torres Álvarez.—Carmona.  
 Francisco Rodríguez.—Madrid.  
 Antonio Arenas Ramos.—Zamora.  
 Fernando Mata Estalella.—Madrid.  
 Elena Mata y Estalella.—Madrid.  
 Valeriano Trueba.—Santander.  
 José Martínez Cid.—I.a Coruña.  
 Enrique Giménez.—Valencia.  
 Angel Jiménez Rascón.—Córdoba.  
 Roberto Gómez.—Madrid.  
 Emilio Minuesa.—Madrid.  
 Virgilio Giménez.—Santander.  
 Emilia Martínez Álvarez.—Granada.  
 Juan Cortés.—Cáceres.  
 Isidro Santos.—Lucena.  
 Julio Orensanz.—Madrid.  
 José Alvarez Lafuente.—Cuenca.  
 José Coll García.—Madrid.  
 José López Albercoc.—Madrid.  
 José B. Muñoz Ramírez.—Córdoba.

Manuel González Morales.—Jaén.  
 Miguel Bayerri.—Pueblonuevo.  
 Luis Medina Castellote.—Madrid.  
 Juan Bran.—Barcelona.  
 Ángel Santos y Ruiz.—Madrid.  
 Luis Blázquez García.—Madrid.  
 Miguel Redondo.—Zaragoza.  
 Carlos E. Crehuet.—Barcelona.  
 María Sanz Gilbert.—Madrid.  
 José Antonio Fernández.—Madrid.  
 Enrique de Ugarte.—Madrid.  
 Camilo Cela y Trulock.—Madrid.  
 Antonio Viqueira Hinojosa.—Madrid.  
 Joaquín González.—Bujalance.  
 Juan González Romero.—Bujalance.  
 Amadeo Aznar Gómez.—Zaragoza.  
 Emilio Francisco Caballero.—Madrid.  
 Julio Guerrero.—Madrid.  
 Federico Ralecas y Portilla.—Madrid.  
 Rafael Avilés López.—Madrid.  
 Francisco Aguilera.—Archidona.  
 Dolores Cruzado.—Madrid.  
 Pedro Serrano Borja.—Cáceres.  
 Arturo Melero.—Madrid.  
 Eduardo Bolívar.—Madrid.  
 Arturo Chevallier.—Madrid.  
 Enrique Gijón Lázaro.—Madrid.  
 Rafael Aguilera.—Madrid.  
 Juan Soto.—Madrid.  
 Gregorio de Lucas y Pérez.—Madrid.  
 José Garrosa.—Madrid.  
 Emiliano Muñoz Benito.—Madrid.

(Continuará en el próximo número.)



Las alegres chicas de  
Madrid se asoman  
a estas páginas

... y dicen cosas interesantes  
y pintorescas a los lecto-  
res de «estampa»



Se ha escrito mu-  
cho acerca de las «mi-  
dinettes» de París, todas  
alegría y gracia en los tiem-  
pos de antes de la guerra, cuan-  
do la vida era fácil en la Villa-Luz...

(Fotografías obtenidas en el taller de doña Margarita Lacoma.)

Hoy la «midinette»  
de París es triste, y la  
alegría y la gracia se han  
refugiado en los enjambres de  
las abejas madrileñas: modistillas  
reidoras y «maniques» hermosas...

## Lo que piensan las modistillas de sus amigos los estudiantes

QUEDA algo de aquel es-  
plendor madrileño,  
cuando el «agarrao»,  
cuando la «pañosa», cuando  
el «mantón de flecos»? ¿Y de  
aquellos típicos manubrios,  
que se deshojaban solemnes en el Templo de la  
Costanilla o en el Triánón versallesco de «La Rosa  
Blanca»? ¿Y de aquellos estudiantes pícaros, que  
asolaban los billares de la Luna o la Terraza de  
«La Huerta»? ¿Y de aquellas chulas de Madrid, que  
triunfaban de la aguja en casa de «Manolita» o de  
«Madame Tellary», en la fecha del schotis de *Los  
cuadros disolventes* y cuando se le cantaba al Go-  
bierno reaccionario el

*Siempre «p'atrás»  
tú lo verás...*

Ya de tanto esplendor no queda nada. Lo típico,  
lo castizo, la ciencia pura de la manolera madi-

leña, que estaba en Embajadores, y en el señori-  
to—estudiante—, o en la gracia de Dios de la típica  
modistilla, se ha ido esfumando por lo menos en  
las costumbres y en el vestido, aun cuando todavía  
esté en pie y por siempre siga, la sangre y el nervio,  
de la niña pizpireta que así alegría las calles con  
sus risas y del mozo que cursa estudios nobles  
en las aulas oficiales y de jánra en cualquier  
colmado al uso.

Da gloria todavía en estas horas de sol de enero,  
ver el enjambre de obreritas cómo sale, al caer la  
una, de la casa de buen tono en que vive instalada  
la maestra de moda, doña Margarita Lacoma—de  
cuya bondad hemos obtenido todo género de faci-

lidades para el logro de estas  
imágenes de las modistillas  
sobre los estudiantes—. Ange-  
lita, Pilar, Matilde, Amparo,  
Julia, Visitación, Pura, Anto-  
nita... ¡Mirarlas, mirarlas tra-

bajar en el taller! Las hemos sorprendido con nues-  
tra presencia, y ellas, nerviosas, se alisan las me-  
lanas y dibujan una risita de buen agrado.

Alvaro, el repórter gráfico de ESTAMPA, se hace  
el amo de la situación. En él se ponen todos los  
ojos y para él son los halagos.

—¿Vamos a salir bien? —¿Será galante con  
nosotras la máquina? —¿Para qué periódico es  
esto?

Señoritas, dice entonces el periodista preguntón,  
haciéndose fuerte detrás de una mesa de «batalla»,  
la socorrida mesa de todos los talleres. ¡Señoritas!,  
yo vengo a hacerlas unas preguntas por si buena-  
mente quieren contestarlas...



—¿Qué les parecen a ustedes los estudiantes?  
—Pa comerlos en arroz, suelta una de ellas a modo de ironía.  
—No, no, en serio. De todas las clases juveniles en el género masculino ¿cómo encuentran a los estudiantes?  
—Nos gustan. Es una clase privilegiada.  
—¿En razón a qué?  
—Porque, en su mayoría, saben y enseñan. Son nuestros maestros de baile y de trato mundano.  
—¿Y como novios?  
—Esto de los novios está un poco anticuado. Una buena amistad, sin ningún compromiso, es el ideal de una muchacha que se precie de ser buena.  
—¿Encuentran ustedes diferencia en los estudiantes, según la carrera que cursen?  
—Pues, mire, sí que la hay. El estudiante de Medicina es el más *gatera*, el más *avisao* en todo. El de Derecho, el más *pollo*, el de más pretensiones. El que estudia para boticario, el más práctico —prefiere el bar al café, y el tranvía a un *taxi* de 0,40.  
—¿Y respecto a indumentaria?  
—Los más cuidadosos, los más a tono, creemos que sean los de Derecho.  
—¿Y en materia de baile?  
—¿Para qué equivocarse! Baila bien, el que sabe agarrarse, es ágil de pies y ha nacido en Madrid, *pasao* Antón Martín, hacia las Rondas.  
—¿Creen formales a los estudiantes?  
—¿Formales? ¡Hombre de Dios! ¡Búsquenos usted uno!



Ellos entran a trabajar... Ellos las han acompañado hasta la puerta del taller... Se cruzan los *chasta* luego; los *evendrás* a esperarme?; los *eno* tardes en bajar... Y las modistillas van a ganar su jornal, y los estudiantes a ganar su curso, en tanto llega, de nuevo, la hora de encontrarse, de amar y de hacer acopio de dicha y esperanza...

—¿Qué horas prefieren mejor en el estudiante?  
—Si hace frío y nos gusta la película, la del *cine*.  
—¿No les interesa la Moncloa?  
—Acaso en verano y por el *lao* de la Bombilla.  
—¿Y el teatro?  
—Nos gusta, pero en broma. Para cosas serias, ya tenemos bastante con el taller y las escenas de nuestra casa.  
—¿Qué bailes prefieren?  
—El tango mejor que el *charles*, y, mejor que los dos, nuestro *schotis*.  
—¿Son delicados los estudiantes en su trato?  
—Los hay como mantas y los hay más finos que un manual de buen trato.  
—¿Pero generalmente?  
—Depende de cómo los acepta una.  
—¿Creen ustedes que el porvenir de la modista está en el estudiante?  
—¡Uf qué tontería! El porvenir de la modista está en saber ser mujer. Una modistilla puede acabar en reina o en pingo. Todo depende de lo que lleve dentro. Lo mismo, lo mismo que la hija de un banquero. Aquí no es cuestión de principios, es cuestión de sentimientos.  
El enjambre se revuelve, chillá, palmotea. Es que el ingenioso Alvaro prepara el momento solemne.  
Y el sol triunfante entra a raudales por los balcones, como si rindiera un tributo a este noble canto de juventud y de trabajo.

JUAN DE GREDOS



La hora de la salida, en el tránsito de la mañana a la tarde... Las parejas se forman, otra vez, y la calle se llena de risas, de voces, de juventud y de alegría... (Información fotográfica de Alvaro.)



La  
sonrisa  
de  
las chicas  
de Madrid

para  
los  
lectores  
de  
«estampa»



# La Academia Española va a elegir un nuevo Inmortal

Se indican

doce nombres,

entre ellos

los de dos señoras.

**Q**UIÉN va a ocupar la vacante que ha dejado Carracedo en la Academia Española?

No es fácil profetizarlo... Es decir, profetizarlo sí que es fácil. Lo difícil es acertar. Si hemos contado bien, se propone para la vacante nada menos que a doce personas: D. Luis Araújo-Costa, don Eduardo Marquina, D. Ramón Pérez de Ayala, D.ª Blanca de los Ríos, D.ª Concha Espina, don Luis Martínez Kleiser, D. Ramón del Valle-Inclán, D. Vicente Blasco Ibáñez, D. Rafael Altamira, D. Agustín González de Amezúa, D. Narciso Alonso Cortés y D. Gabriel Miró.

«Se propone!»... dirán ustedes. Y ¿quién las propone?... No todas estas candidaturas llegarán a ser presentadas formalmente por académicos. Claro. Pero todas tienen algún fundamento.

De D. Rafael Altamira se habla, porque en la última elección obtuvo, frente al Conde de Gimeno, que fué el elegido, una votación considerable. Pero no llegará a ser candidato esta vez, según todas las probabilidades.

—No pienso—nos ha dicho—renovar mis gestiones para ingresar en la Academia... Si espontáneamente a alguien se le ocurre proponerme...

D. Narciso Alonso Cortés está, poco más o menos, en las condiciones que él. Aunque en la última votación consiguió algún sufragio, ahora no será candidato. Vive en provincias y la Academia creemos que opina que con el ingreso de los académicos regionales ya están las provincias suficientemente representadas.

¿Y D.ª Blanca de los Ríos tendrá más suerte que D.ª Emilia Pardo Bazán? Un grupo de distinguidas damas está haciendo trabajos en favor de su candidatura. ¿Con fortuna? Tenemos la convicción de que la señora de los Ríos cuenta en la Casa de los Inmortales con admiradores y con amigos. Ahora, de que estos amigos y admiradores se resuelvan a romper con la tradición que veda a las mujeres la entrada en la Academia, no estamos seguros...

Tampoco están mal vistos entre los académicos los notables escritores D. Luis Martínez Kleiser y D. Luis Araújo-Costa. Quizá un poco *hernos*, todavía, para el cargo, a juicio de algunos inmortales... eso será lo que tal vez les impida en esta ocasión ser huéspedes del palacio de la calle de Felipe IV. Lo serán otra vez. Parece seguro que lo serán.

La candidatura de Eduardo Marquina fué lanzada el año pasado en una Junta general de la Sociedad de Autores, si no estamos equivocados, y acogida, naturalmente, con viva simpatía por todo el mundo. Algunos académicos no parecen insensibles a esta opinión popular. Miró ha sido candidato en una elección. En ésta su nombre no se



Pérez de Ayala.



Martínez Kleiser



González de Amezúa



Altamira

Valle Inclán,  
Pérez de Ayala,  
Martínez Kleiser,  
Blasco Ibáñez,  
Altamira,  
González de Amezúa,  
Miró,  
Araújo-Costa,  
Marquina,  
Alonso Cortés,  
Blanca de los Ríos  
o Concha Espina?

cotiza. En fin, llegamos a los dos candidatos cuyos nombres han sonado más temprano: Pérez de Ayala y González de Amezúa. Por el momento hay que

creer que son ellos los dos que tienen más probabilidades de triunfar.

\*\*\*

Ya que hablamos de esto, no estará de más contar cómo se hace un académico... Por si acaso algún día les da a ustedes la tentación...

Teóricamente, para ser candidato al ingreso en la Academia, basta con quererlo. Se coge un pliego de papel, se escribe una instancia contando los méritos y virtudes que le agracian a uno, se firma, se envía a la Academia, y... ¡ya está! Decimos «teóricamente», porque en la práctica ese modo de proponer, aunque lo acepten los Estatutos y hace cuarenta o cincuenta años aún fuera corriente, ya nunca se usa. Ahora los candidatos son propuestos por tres académicos.

Empezan a presentarse las propuestas en la Secretaría a los nueve días de producirse la vacante y se admiten por espacio de un mes.

Cuando ha transcurrido ese mes el Secretario da cuenta de las propuestas a la Academia, que, durante otro mes, las considera, las sopesa...

En ese mes los candidatos van visitando, uno por uno, a los académicos, tanto a los que les son adictos, como a los que no, y les piden el voto. Es esta visita un uso de cortesía ya ritual. Ningún aspirante deja de cumplirlo.

Al acabar este segundo mes se hace la votación, en la junta que el jueves tiene la Academia.

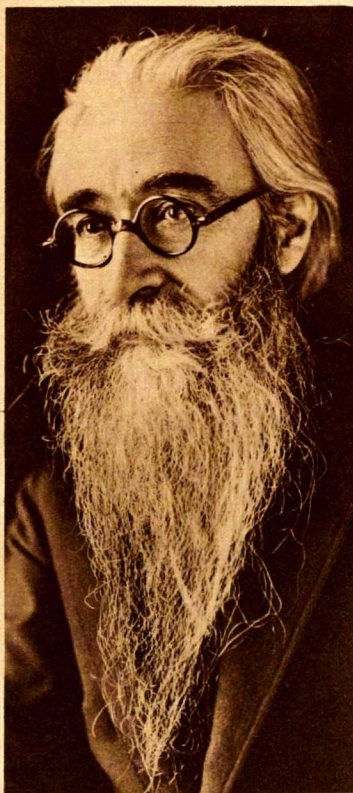
Si no hay más que un candidato, se vota con bolas blancas y negras. El que vota con bola blanca, acepta el candidato. El que vota con bola negra, lo rechaza. Claro que lo corriente es aceptarlo por unanimidad.

Si hay dos candidatos, se vota con papeletas. La votación, igual que en el caso anterior, es rigurosamente secreta. Se coloca la urna en una habitación inmediata a la sala en que estén reunidos los académicos. Una habitación en la que no hay nadie. A la puerta se pone el Secretario y va nombrando uno a uno, a los Inmortales, que pasan, también uno a uno, al cuarto en que está la urna y depositan su voto.

Luego, acabada la votación, se lleva la urna al Director, que hace el escrutinio.

En el caso de que haya más de dos candidatos, se hace una primera votación para determinar quiénes son los dos que reúnen más sufragios, y, después, se decide entre ellos, en una segunda votación. ¿Qué más quieren ustedes saber de la Academia?

V. S.-O.



Valle Inclán

(Pot. Campaña)



Marquina



Blanca de los Ríos  
de Lampérez



Concha Espina



Miró

(Pots. Alfonso y Vidal.)





# Las realidades del hispanoamericanismo

Es un despacho sobrio que dice del buen gusto de su dueño. Una sencilla estantería contiene varias hileras de libros escogidos. Algunos cuadros y apuntes de prestigiosas firmas adornan las paredes. En el centro de la estancia hay una mesa de escritorio. En ella se entremezclan libros, revistas, cuartillas en blanco y otras a medio escribir en admirable desorden. Frente a mí, sentado en amplia y cómoda butaca, está Rafael Suárez Solís, que representa en España al *Diario de la Marina*, de la Habana.

Suárez Solís es persona que siempre tiene a punto la sonrisa franca y el gesto cordial. En sus ojos chispea, de vez en cuando, una leve, una suave ironía, que compagina muy bien con el humorismo de sus escritos. Porque Suárez Solís es humorista. En la Prensa de Cuba dió constantemente gallardas pruebas de ello. Y es también escritor de profundos conceptos. Una crónica suya es un paseo espiritual por los paisajes del pensamiento. Suárez Solís—como decía recientemente Jorge Mañac, notabilísimo escritor cubano—es un irritador de ideas, que utiliza el amable reactivo del humorismo.

La firma de Suárez Solís es, en Cuba, una de las más cotizables. Y, sin embargo, Suárez Solís nada hace por halagar al pueblo. Por el contrario, es un fiscalizador severo de sus costumbres. A ello le lleva un espíritu cultivado en el estudio y en las buenas lecturas. Su prosa es limpia, tersa, fluida. En Cuba son buscadas, con verdadera avidez, sus crónicas, a las que lleva actualmente las pulsaciones de la vida española.

—Vamos, atrévase—ha dicho sonriendo y poniendo en su sonrisa un poco de socarronería—. Hágame la pregunta. Usted no sabe, verdaderamente, quién soy yo; por qué le mandan entrevistarle. Usted está deseando hacerme la pregunta: «¿Dígame [quién es usted]?».

—El representante del *Diario de la Marina*, de la Habana—le contesto.

—¿A título de qué?—preguntó, acentuando aquella sonrisa, que ya se iba haciendo un tanto descontentante.

—¡Ah, pero me va usted a preguntar a mí?

—No; lo que deseo es facilitarle preguntas para luego contestarlas. Somos del oficio y estoy en el secreto. A esa pregunta que usted cree no haberme hecho le contestaré en seguida. Es natural me pregunte por mi labor literaria, por mis novelas, poesías, comedias, puesto que no las conosco. No las hice todavía. O están anónimas, que es lo mismo. En mi vida de literato solamente hice veinte años de periodismo. ¿Poco? ¿Mucho? Habría que resucitar, una vez más, para volver a enterrarla sin diagnóstico, la vieja polémica de si el periodismo es, o no, literatura. Ateniéndome a los conceptos clásicos y poniendo el periodismo al margen de la República de las Letras, le diré que como literato soy un hombre feliz, ya que no tengo historia. Tan feliz, que no llevo a cuestras de mi responsabilidad ninguna cruz. En una ocasión quisieron condecorarme con la de no sé qué cosa. Me negué. Aún no sentía la urgencia de los honores para el entierro. Se insistió y hube de dar, para terminar la discusión, datos biográficos. Puse: «Nací el 28 de agosto de 1881. En la actualidad vivo todavía. En todo ese tiempo me ocurrieron, poco más o menos, las mismas cosas que a los demás hombres.» Naturalmente, sigo indecorado. Indocumentado. Feliz.

—¿Periodista y feliz?

—¿Pues claro! ¿No ve usted que yo no nací para periodista? Se me ocurrió serlo, porque era la profesión que menos me interesaba. En la manida encuesta, «¿Qué querría usted ser si no fuese lo que es?»; habrá notado que nadie está conforme con su suerte. Así yo, para ahorrar me rectificaciones de conducta, empecé por rectificar. Ahora estoy muy contento con ser periodista, ya que lo natural sería que no lo fuese. Como no tengo la responsabilidad de la profesión, ejercito con cierto buen éxito—dejémoslo de modestias antiprivilegiadas—este simpático oficio que define Salvador Madariaga como el arte de hablar con cierta gracia de todo aquello que no sabemos. Se va a los temas con un desenfadado y una acometividad verdaderamente eficaces.

—Pero eso es muy fuerte para los periodistas.

—No. Todas las cosas, todos los problemas, tienen una hora de fácil comprensión, unas líneas de

## Rafael Suárez Solís, representante, en España, del “Diario de la Marina”, de la Habana

*He aquí, en nuestras páginas, la figura toda inteligencia, bondad y simpatía, del gran Suárez Solís, periodista español que ha contribuido poderosamente a la obra racial y nobilísima realizada, en Cuba, por ese «Diario de la Marina», al que España y todos sus hijos debemos imborrable gratitud... Suárez Solís, bravo derecho de su director, Pepe Rivero, ha pasado en Madrid una temporada, asumiendo la jefatura de la Redacción española del «Diario». Pero la casa del «Diario de la Marina» necesita a Solís, y éste regresará en breve a la Habana, para tomar de nuevo la dirección técnica de aquella formidable empresa. Hay hombres insustituibles, y Suárez Solís es uno de ellos.*



(Fot. Zapata.)

general claridad, que son suficientes a los propagandistas para atraer sobre ellas la atención del público, y, sobre todo, para atraer las miradas de los llamados a resolver eficazmente, científicamente, con todo lujo de estudios previos, los asuntos de interés general. El periodismo basta con que sea un excitador de cuestiones, el suero de cultivo en que vivan y se agiten los intereses fundamentales. Luego viene la concienzuda labor de los especialistas.

—¿Qué clase de periodismo es el mejor en su concepto?

—No hay más que una clase de periodismo, aunque hay muchas interpretaciones. Por aquí se entiende el periódico como una actividad de comentarios. Por Norteamérica, como una relación, lo más completa posible, de noticias. Mi director, el doctor José I. Rivero, informó el año pasado a un periódico vasco que el periodismo hispanoamericano se ha colocado en el término medio: da todas las noticias y comenta las de mayor interés público. Esto es lo mejor. Los periódicos europeos se saben hijos legítimos de la política. Y, claro, no hay modo de hacerles renegar de su madre. Es necesario que salgan periódicos de otro vientre, si se ha de cuidar de la Eugenesia de nuestra especie. No voy a renegar de la política, con ese asco tan corriente y pernicioso en la gente de letras. Todo individuo debe ser político, hacer política activa, apasionada y tendenciosa. Lo que no debe hacer, sino en la medida mínima que exige la vigilancia de los programas de partido, es política profesional. Como en España la política es la que da normas de vida, le basta al periodista informar sobre política. Cuando se trata de un país democrático, los periódicos invierten los términos e informan directamente de la vida para dar normas a la política. Resumiendo. Aquí la política da las noticias y los periódicos hacen los comentarios. Allí, las noticias las dan los periódicos y los comentarios, la política.

Suárez Solís fijó su mirada en un retrato de D. Nicolás Rivero y Muñiz, colocado cerca de su mesa de trabajo, y mostrármelo agregó:

—Ahí tiene usted al que fué un verdadero gran periodista. Era el hombre que con su periódico estaba situado en la vida, la que lanzaba, como una imposición, a los deberes de la política para que ésta tuviese sentido de realidad e informe de exigencias populares. Sus escritos daban la mayor

intensidad de comentario y denotaban a la vez la menor cantidad de comentarista. Hombre de grandes pensamientos concretos y doctrinales, sabía conducirse, en sus artículos, con esa gracia y claridad que tanto agradece y aprovecha al público, hasta parecer uno de los periodistas del tipo que define Madariaga. Parecía que hablaba de cosas poco sabidas, porque le hacía creer al público que no sabía más que las cosas que la multitud siempre sabe por instinto. Su hijo, el doctor José I. Rivero, actual director del *Diario de la Marina* es, en mi concepto, su mejor discípulo. Sólo me atrevo, por razones de subalternos pudoroso, a calificar de discípulo a mi director. Su padre, cuando alguien le felicitaba por esta disciplina filial, se mostraba mortificado, ya que, sin vanidad de progenitor, aseguraba que a la edad de su hijo él no se hubiera atrevido a llamarse su discípulo. La ausencia de dramatismo en la vida cubana de estos días ha hecho de Rivero, hijo, un humorista, al filtrarle suavidad y apaciguamiento a la incisiva ironía de su padre. Hay que tener en cuenta que D. Nicolás actuó en medio de grandes agitaciones políticas y sociales.

—Y yo que tenía pensado que hablásemos de hispanoamericanismo...

—Pero si indirectamente ya estamos hablando de hispanoamericanismo! No existe la unión hispanoamericana del tipo que todos anhelan porque no hay manera de que españoles e hispanoamericanos se entiendan. Para que exista odio o amor es preciso que antes haya habido conocimiento. Y aquellos pueblos y éste no se conocen mutuamente. ¿Qué le importa a la Argentina, a Cuba, a Méjico, a Chile, etc., Ortega y Gasset, Solana, Rey Pastor, Marañón...? Les importa a los filósofos, a los artistas, a los matemáticos, a los médicos de aquellas repúblicas, pero no a los pueblos. A éstos les interesa España en abstracto, sus partidos políticos, su filosofía, su arte, sus matemáticas, su higiene. Mientras los periódicos de aquí dogmatizan, no comprenderán a esta nación aquellos países. Otra cosa ocurrirá el día que informen. Entonces sabrá Hispano-América si debe querer o desear definitivamente a España. Los pueblos no viven de teorías, sino de realidades. No se les convence con discursos. Se les emociona con procedimientos, con hechos.



## El tenor que triunfó



## La novia de Juan García

Dice usted que en la Granja?

—Sí, allí le encontraremos.

—Pues a la Granja.

Allá fui y allí estaba Juan García, hace apenas un mes tenor desconocido: desde la noche del 8 de diciembre pasado el tenor de la suerte, el triunfador. A punto de marcharse, pero allí estaba, bien rodeado de amigos. La atmósfera del café no es buena para ser respirada mucho rato por quienes tienen la fortuna en la garganta. Allí estaba... con un hombre a sus pies; un hombre que le lustraba las botas.

Presentación rápida, como entre gentes condecoradas del valor del tiempo, y a otra cosa.

—¿Quiere usted que charlemos unos minutos para ESTAMPA?

—Con mil amores. Si le parece aquí, aquí; pero mejor estaríamos en el cuarto del hotel. Allí, rodeado de retratos de buenos amigos y de queridos compañeros, me siento como en mi casa.

Y al hotel fuimos. No funcionaba el ascensor y hubo que subir hasta un primer piso. Alfombrada la escalera, no era penosa de subir. ¡Más duros los escalones de la gloria!

Y entramos en el cuarto, reducido y en rotonda, sobre el hervidero de las Cuatro Calles. Fuera, el bullicio de un regalado atardecer madrileño. Dentro, un silencio de celda, roto a intervalos por francas palabras de sinceridad, las del baturo Juan García.

—¿Con que usted es tenor por un cura?

—Efectivamente. Cuando se tiene un tío cura parece más fácil cantar misa que óperas, pero yo resulto la excepción. Mi tío, Elías García, párroco de Valbona, hallándose en la capital catalana empleado en el Fomento del Trabajo Nacional, me avisó de ir a opositarse en Teruel unas pensiones. Tenía entonces diez y nueve años. Fui, oposité, y...

—...fracasó la perspicacia del Jurado.

—Así parece, según lo ocurrido después. Otra vez a Barcelona, a seguir aguardando la indispensable protección. Don Francisco Piquer, excelente patricio, me oyó cantar y tuvo el rasgo de enviarme a Milán, donde tropecé con un mirlo blanco. El gran Arnaldo Galliera, profesor del Conservatorio y el mejor concertista de órgano del mundo.

—¿Un mirlo?

—¿Para mí casi un padre! Me dió lecciones gratis, sin prisas, con todo cuidado, lo que me permitió debutar pronto y como si hubiese entrado en el escenario con el pie derecho.

—¿Dónde fue eso?

—En San Remo, estacioncita de recreo entre Génova y Niza, una especie de Montecarlo italiano. Allí canté ante un público cosmopolita, acostumbrado a repasar artistas de todo género. Contratado para cantar una noche *Rigoletto*, tuve que cantarlo catorce noches seguidas.

—Y los del Jurado de Teruel...

—Ni llegarían a enterarse. El mismo año vine a España, y, en Barcelona, canté *Manon*, con Gennova Vix. Luego, como hubiese en el puerto un barco que zarpara para Egipto... a Egipto.

—¿Buen salto!

—Bueno, sí; pero caí de pie. De pie, y con la guitarra entre las manos. Con ella y con una copa de jota salí a recibir al aviador Gallarza, en su glorioso viaje a Filipinas, quien, al oírme, lloró de emoción. No por mí, eh, sino porque le recordaba la madre España.

—¿Qué tal le trataron en la tierra de la Esfinge?

—Muy bien, los de allí muy bien. Mis canciones españolas emocionaron de tal modo a las mujeres, espectadoras en el teatro desde detrás de unas cortinas, que fui invitado a cantar en una especie de *Lyceum*, ante una sala llena de hurfes vestidas de blanco y sentadas en el suelo, cubierto el rostro por un velo.

—¿Eso lo ha leído usted en algún libro de Loti?

—No sé quién es—exclama ingenuamente—. Eso lo he visto yo con mis propios ojos. Y aún hubo más. Otro día me llevaron en auto a un lujoso palacio, y volví a cantar ante un grupo de señoras que acabaron por quitarse los velos.

—¿Los siete?

—El de la cara nada más. Luego me dijeron que había estado en un harem... Pero, conste que me lo dijeron después.



Juan García, el notable tenor español que se ha revelado en la actual temporada de Ópera.

(Fot. de arte Walkem.)

—Y después de Egipto...

—A recorrer los teatros italianos. Bolonia, Livorno, Canova, y, de pronto...

—¿A Madrid!

—Gracias a mi buen amigo y paisano don Manuel Herranz, aquí presente, única persona que no concia en la Corte, y que como usted habrá ya visto...

—Es un aragonés de cuerpo entero, hombre de corazón, de los que no desmienten las hidalgas tradiciones de nuestra tierra... ¿Y en Madrid?

Al llegar aquí los ojos de Juan García andan muy cerca de arrastrarse por un flujo de lágrimas. De tal modo rebosa en él la gratitud al público madrileño.

—Amigo mío—dice el tenor—, yo había oído muchas veces aquello de que «desde Madrid al cielo», pero nunca imaginé tener que sumarme con tanto fervor al dicho popular. Le declaro, con toda la lealtad de nuestra tierra, que estoy locamente enamorado de Madrid; ha sido para mí un hada madrina que, al bautizarme como tenor, me ha colmado de satisfacciones. Aplausos entusiastas, amigos cordiales, críticas halagadoras, todo me lo ha concedido con esplendidez de nabab. Las alabanzas de la Prensa, por lo espontáneas, me han llegado al corazón. El día 8 de diciembre de 1927 no se borrará nunca de mi memoria ni de mi gratitud.

—¿Debutó usted con Conchita Supervia?

—Y el día de su santo. Vea usted su retrato, y la suprema amabilidad con que me lo dedica.

Leemos al pie del retrato que se nos tiene: «A mi buen amigo Juanito deseándole toda la felicidad que merece en la vida por su gran bondad y sencillez de ánimo, y en el Arte por sus grandes cualidades. Conchita Supervia».

—¿Y de amores, tocayo?

—De amores, ahí tiene usted mi novia, dentro de esa caja.

Vos nos muestra el estuche de su guitarra.

—Esa es mi novia, hoy por hoy, y por mucho tiempo. Dios sabe por cuánto. Los artistas no podemos enamorarnos más que de nuestro Arte, demasiado celoso para admitir competencias absorbentes. ¡Y eso que hay por esas calles cada chavala de ojos negros, que ponen en peligro el do de pecho!

—Diga usted que a éste—interrumpe su paisano Herranz—, tanto le dan ojos negros, como ojos verdes. En siendo de mujer, y guapa, se le van los suyos detrás de todos los que ve. Claro que el pobre está en la edad.

—Bueno, volvamos a los deberes de mi gratitud. Ya sabrá usted que he cantado en la Real Capilla unos motetes el día en que tomó la birreta el cardenal de Toledo, y en Palacio durante la cena de Embajadores. Vea usted el alfiler de corbata con que me obsequiaron los Reyes.

Con legítimo orgullo, de hombre incapaz de mendigar mercedes, nos muestra el rico alfiler de diamantes que luce sobre su corbata.

—He cantado también en el Hospital de Carabanchel, para los heridos de Marruecos, con el alma de hinojos ante los que vertieron su sangre generosa en holocausto de la Patria.

—Y ahora?

—Tengo un contrato en Venecia, aún sin fecha, y espero ir allí en febrero, dando antes algunos conciertos en España y en el Extranjero.

—No se ha dicho que cantaría usted zarzuela en Madrid?

—Lo habrán dicho, pero yo no le he dicho.

—Y su vuelta a Madrid?

—Eso, la empresa del Real podría contestarlo; pero... ¿no le parece a usted falta todavía mucho tiempo para que se pueda hablar de eso? Por mi parte, yo he de volver siempre a Madrid con el anhelo de quien torna a donde se dejó el corazón.

A tanto me obliga el agradecimiento.

—Dos preguntas, antes de terminar: ¿Ha oído usted cantar a Flota?

—Muchas veces. Para mí es un cantante extraordinario, de un gusto refinadísimo. El verdadero cantante de los andantes, el hombre del dritón, éses.

—Y ahora, ¿qué desea usted?

—Lo del chico del cuento. ¿Que no haya escuela! Tener unos días libres para irme a mi pueblo a jugar a la pelota, a tirar la barra y a cantar la jota. Ya sabe usted que los de la provincia de Teruel somos torquados, pequeños, rechonchos y fuertes.

—¿Le esperan los de Sarrión?

—Que si me esperan! Vea esta carta. Dicen que si paso por allí sin parar, suben al tren y me tiran las maletas por la ventanilla. ¡Y en mi pueblo no gastan bromas!

## MUEBLES ARTÍSTICOS Y DE LUJO

en todos los estilos

Construcción esmerada y garantizada.

Presupuestos y dibujos sobre demanda.

Director artístico: MARTIN GONZALEZ

TALLERES Calle de la Bola, 5.

OFICINAS: Guillermo Rolland, 2.

TELÉFONO: Número 17.754.



# EL TRIBUNAL DE LA SANGRE

## LOS SECRETOS DEL REY

POR D. R. ORTEGA Y FRIAS

NOVELA  
HISTÓRICA

Folleín de "Estampa"

Núm. 5

(CONTINUACION)

El rey miró un momento al caballero y replicó con calma:

—¿Pero tenéis completa seguridad de que doña Luz ha olvidado sus deberes y empañado vuestro honor?

—¡Que si la tengo!—exclamó el cortesano, cuya agitación iba en aumento—. ¡No llevaba consigo el miserable seductor la prueba del crimen? Y no dejó de aperibirse de ello ninguno de los que allí estaban. Todos comprendieron lo que había sucedido, a nadie se ocultó mi situación horrible, y hoy mi honra, destrozada, andará de boca en boca.

—Si efectivamente se os ha ofendido...

—No puede dudarse, señor, no puede dudarse...

—Entonces...

Interrumpióse Felipe II, meditó, y después de algunos momentos dijo:

—Hay esperanzas de que el criminal caiga en manos de la justicia, que lo sigue muy de cerca, según las últimas noticias que he recibido.

—Se castigarán sus crímenes; pero ¿y mi honra?

—Mi buen comendador, ya sabéis que vuestra honra es para mí una prenda que tengo en grande estima.

—Pero no hay remedio, señor, no hay remedio—repuso desesperadamente el comendador.

—A otro que no fueseis vos le propondría que una vez que estuviere en vuestro poder ese hombre le obligásemos a casarse con doña Luz antes de que expiara sus graves delitos en manos del verdugo; pero os conozco y estoy seguro de que esto, en vez de considerarlo vos un remedio, lo tendríais por una segunda desgracia, no menos horrible que la primera.

—Gracias, señor, porque hacéis justicia a mis sentimientos.

—¿Qué pensáis, pues, hacer?

—No lo sé; estoy trastornado, loco por el dolor y por la ira.

—Contad con mi ayuda para lo que determinéis. La inocente criatura fruto de ese extravío...

—Es preciso conseguir que jamás sepa quién fué su madre.

—Fácil sería conseguirlo así si el criminal caye-



Decían algunos que, a ciertas horas de la noche, solía llegar a la puerta de la casa un hombre que llamaba con temor.

se en vuestro poder; pero de otro modo, el padre revelará al hijo el misterio de su nacimiento, y ¿quién sabe si podrá darle alguna prueba?

—Dice vuestra majestad que hay esperanza...

—Esperanza no más, y eso contando con que vos haréis por lo menos tanto como la justicia.

—Siquiera por cumplir mi deber de fiel vasallo...

—Pero si esa esperanza no llega a realizarse...

—Entonces, ¡oh!—exclamó el caballero, cuya mirada se hizo más sombría—, entonces...

—¿Qué haréis?

—Mi hija morirá...

—¡Comendador!

—Morirá para el mundo y yo me ocultaré a los

ojos de todos.

—Morirá para el mundo—murmuró Felipe como si hablase para sí—, morirá y vos os ocultaréis...

—De tal modo que nadie que me conozca vuelva a verme ni a saber de mí.

El rey apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Reinó un silencio profundo, solamente interrumpido por el ruido leve de la violenta respiración del caballero.

Este, inmóvil como una estatua, esperó con temor y afán.

—Bien—dijo al fin el monarca después de algunos segundos—, eso significa que voy a tener la desgracia de perder a uno de mis más leales servidores.

—Señor...

—No os pertenecéis—replicó Felipe II—, o lo que es lo mismo, no sois de vos tan absoluto dueño como habéis pensado.

—Pido a vuestra majestad perdón...

—Tranquilizaos; yo os autorizo para que llevéis a cabo vuestro plan.

—Pero si vuestra majestad no se digna protegerme...

—Os protegeré.

—Es que será necesario...

—¿No os dije antes que contaseis con mi ayuda?

—Desde cuándo creéis que mis promesas necesitan repetirse?

—Considerad, señor, que estoy trastornado, ya lo dije...

—¿Y si fuese habido el criminal?

—En ese caso...

—¿Qué haréis de doña Luz?

—¡Oh, morirá también!

—No os aconsejo; quiero limitarme a prestaros ayuda.

—El plan que he concebido en mi desesperación...

—No me lo expliquéis, lo comprendo, y... dejad que pasen algunos días; meditad, y lo que al fin resolváis, ejecutadlo con calma, con mucha calma, aunque para ello tengáis que destrozarnos el corazón, porque lo que una vez se hace, hecho queda, y vale más atormentarse y dilatar la ejecución que arrepentirse después de haberlo hecho.

—Esto, señor...

—Es un secreto.

El comendador, como si sus fuerzas se hubiesen agotado, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y mudo.

—¿Qué iba a ser de doña Luz?

La suerte que le estaba reservada era mil veces peor que la muerte; como mujer y como madre le esperaban horribles sufrimientos.

En cuanto a su inocente hijo, no podía ser más negro el horizonte de su porvenir.

El plan del comendador, no explicado, pero perfectamente comprendido por el rey, era espantoso.

A gran fortuna debían haber tenido las víctimas que se decretase su muerte.

Y no había esperanzas de perdón, porque era imposible que el ofendido caballero se aviniese jamás con la idea de la deshonra de su hija; era imposible que su corazón de padre se conmoviese, ni por el amor, ni por la compasión tampoco, cuando se trataba de castigar una ofensa contra el honor, cuando llegaba el momento de cumplir deberes que él hubiera cumplido a costa de todos los tormentos imaginables y de su misma existencia.

No era menos penosa la situación de Raúl: iban a arrebatarse al hijo de su amor, no podía volver a ver a la infeliz a quien idolatraba, corría su vida inminente riesgo y no tenía medio alguno de defenderse, ni le era permitido huir para salvarse.

—Volved a vuestra casa—dijo el rey después de algunos momentos—y no vengáis a verme sino de noche.

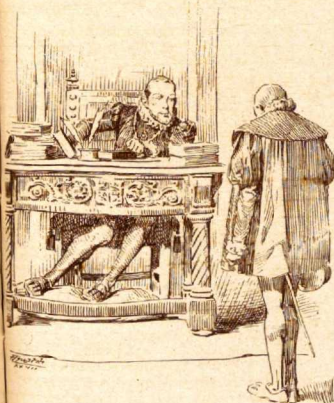
—Señor, las bondades de vuestra majestad...

—Procurad tranquilizaros y no os ocupéis estos días sino en hacer lo que bien os parezca para el mejor servicio de Dios.

—Cumpliré mis deberes...

—Si no se trata de un hereje...

—Y de un ladrón que me ha robado el inestimable tesoro de la honra.



—¿Qué haréis?  
—Mi hija morirá.  
—Comendador!

El joven la miró sorprendido, diciéndole:  
—¿Cómo es que os encuentro despierta?  
—Os esperaba—respondió ella...



—Será castigado y honrado vos.  
—Señor...  
—Guárdeos el cielo—repuso el monarca con dulzura.  
Salió el caballero de la regia cámara.  
Felipe II volvió a fijar la mirada en el libro.

—¿Leía o meditaba sobre lo que acababa de hablar con el comendador?

Hubiera sido imposible adivinarlo, porque su rostro no cambió de expresión.

Entretanto el padre de Luz, con pasos vacilantes, como un hombre que está embriagado, se dirigió a su morada, sin apercebirse siquiera de los que pasaban por su lado y le saludaban con cariño o con respeto.

Tampoco entonces entró en el aposento de su hija; ya había dado las órdenes convenientes para que se cuidase de ella, y ni siquiera preguntó por la infeliz, ni nadie se atrevió a nombrársela.

Media hora pasó encerrado en su habitación.

Luego llamó a su criado y confidente Andrés.

Entretanto se murmuraba en toda la villa sobre el misterioso suceso de la noche anterior, refiriéndolo de mil distintos modos y comentándolo cada cual a su placer; de suerte que la narración de lo acontecido llegó a estar lejísimos de la verdad y a parecer, más que otra cosa, un cuento de brujas y duendes, un suceso en el que Santanás había empleado todas sus malas artes y había desempeñado el principal papel.

Los dejaremos que murmuraran, puesto que nos es imposible hacer a doña Luz el favor de sellar todos los labios maldicientes, y, con permiso del lector, retrocederemos algunas horas e iremos en busca de Raúl.

## CAPÍTULO VIII

### Nuevas desgracias

EN la época a que nos referimos, veíanse en la calle de Bordadores y cerca de la iglesia de San Ginés, unas cuantas casas pequeñas y de aspecto miserable, con sólo uno o dos cuerpos, donde se albergaba gente muy pobre.

En una de éstas, que no presentaba en su exterior más que el piso bajo, habitaba una mujer de más de cincuenta años, y que, al decir de los vecinos, vivía con los socorros de algunas caritativas personas que desde muy antiguo la favorecían.

Nunca se había ocupado nadie de ella, porque ella no incomodaba a nadie, ni era entrometida, ni murmuradora, sino al contrario, hablaba bien de todos y para todos tenía palabras agradables. Tampoco había en su vida ningún misterio, ni hacía nada que pudiese llamar la atención, y como además, aunque sin ser beata, cumplía con exactitud sus deberes de cristiana vieja y de honrada vecina, era imposible que diese lugar a comentarios.

Nada valía, nada representaba, nada suponía en el mundo y, por consiguiente, la miraban con una indiferencia que para ella debía ser la mayor de todas las fortunas.

Empero ya hacía algunos meses que las miradas de la vecindad habían empezado a fijarse en la pobre mujer, porque se aseguraba que muchos habían observado cosas que no se explicaban fácilmente, o que tenían una explicación nada favorable para la interesada.

Decían algunos que a ciertas horas de la noche solía llegar a la puerta, de la casa en cuestión un hombre que llamaba como con temor, y que la puerta se abría sin que se viera volver a salir al que había entrado, mientras que otros aseguraban que el personaje misterioso salía muchas noches a deshora y se recogía muy cerca del amanecer, entrando sin necesidad de llamar, porque iba provisto de una llave.

Se habían hecho algunas indicaciones disimuladamente a la vieja Nicasia; pero ella no las había entendido o había fingido no entenderlas, y continuaba con su inalterable método de vida.

La curiosidad de los vecinos se había aumentado tanto cuanto era mayor la dificultad de averiguar el misterio, y llegó a tal punto el afán de descubrirlo, que no faltó alguno que se pusiese en acedo desde su casa una y otra noche, acabando por convencerse de que era cierto y muy cierto que un hombre entraba y salía en la vivienda de

—¿Quién es?  
—Nadie—le respondieron.  
—¿Qué buscáis?  
—Lo que sólo yo puedo encontrar...

Nicasia, como si fuese la suya, puesto que llevaba una llave con que abrir.

Nada más supo el curioso vecino; pero esto lo refirió a toda la vecindad.

La curiosidad, en vez de satisfacerse, avivóse más, desde que tuvo la prueba de que algo había, porque ese algo era menester conocerlo en todas sus partes.

—¿Quién será el entrante y saliente?

He ahí lo que todos se preguntaron.

Nadie acertó a responder.

Empero, a falta de pruebas, se recurrió a las deducciones.

El que nada debe nada teme, o, lo que es lo mismo, el que no ha cometido ningún crimen, no tiene miedo de lo vean, y, por consiguiente, el hombre que se oculta no puede ser más que un criminal.

Este razonamiento fué el primero que se ocurrió a los vecinos, sin pensar que el más santo puede tener graves motivos para ocultarse.

Admitido que el personaje misterioso era un criminal, no faltaba que averiguar más que su nombre y el delito que había cometido.

—¿Era un ladrón o un asesino? ¿Era un conspirador o un hereje?

Algo de todo esto debía forzosamente ser y de ningún modo un hombre honrado.

Cuanto más cavilaron, menos adivinaron, y por más que persistieron en su impertinente observación, no pudieron averiguar más de lo que ya sabían, no consiguieron ver otra cosa sino que el hombre en cuestión salía y entraba en la casa de la vieja.

Diciendo que solamente le movía un celo plausible por la justicia y la moralidad, ocurrióle a un vecino la diabólica idea de proponer que se diese parte de lo observado al señor alcalde, para que con su ronda estuviese al cuidado, y echando el guante al supuesto criminal, se aclarase de una vez la clase de hombre que era.

La proposición pareció bien, pero algunos creyeron que sería más acertado dar el aviso a la Inspección para que ésta obligase a Nicasia a declarar.

Afortunadamente, el asunto se había tomado como cuestión que interesaba a toda la vecindad, y, por consiguiente, todos tuvieron el derecho de discutir sobre el caso, y dar su parecer sobre lo que hacerse debía.

De esto resultó lo que era consiguiente: pasáronse algunos días antes de que lograsen ponerse de acuerdo, y al fin determinaron hablar al señor cura de la parroquia para que éste les aconsejase

o tomase la iniciativa como persona de mayor respeto y sabiduría.

Hicieronlo así, y el sacerdote tomó en consideración el asunto, y prometió a sus feligreses que él haría sin perder tiempo lo que fuese más acertado, porque, según todas las apariencias, el personaje en cuestión debía, más que otra cosa, ser un hereje, lo cual se deducía de que, no saliendo de su escondite más que de noche, no era posible que oyese misa ni cumplierse ninguno de los deberes de buen católico.

Esto sucedió precisamente el día en que dió principio la presente historia, y aquella noche, o la siguiente mañana, debía el buen cura dar los primeros pasos para que se aclarase el misterio.

He aquí cómo al personaje en cuestión le amenazaba un gran peligro, y cómo inocentemente le habían hecho el mayor de los daños los que no eran sus enemigos.

El lector habrá comprendido fácilmente que era Raúl el hombre que entraba y salía en casa de la vieja.

La determinación que acababan de poner en práctica los curiosos vecinos era una coincidencia fatal en aquellos momentos.

Cuando no había corchetes, esbirros, ni secreto agente que no se hubiese puesto en movimiento para averiguar dónde se ocultaba nuestro joven, el aviso de la vecindad era bastante para que no se perdiese un momento en convencerse de si eran uno mismo Raúl y el misterioso huésped de Nicasia, lo cual nadie hubiera encontrado raro.

El joven flamenco llegó a su albergue dos horas después de haber salido de la morada del comendador.

Como siempre hacía, se detuvo algunos momentos para mirar y escuchar por si alguien observaba, y luego sacó una llave,

envainó la espada, que aún llevaba en la diestra, y, abriendo con cuanto cuidado pudo, penetró en la casa, siguiendo a tientas por un oscuro pasillo y entrando después en un reducido y casi desamueblado aposento, apenas iluminado por la rojiza y moribunda luz de un candelil.

Una vez allí, volvió a escuchar, y como ningún ruido percibiese, tomó la luz y entró en la habitación inmediata.

Allí había una mujer pobremente vestida, y que no era otra que Nicasia.

El joven la miró sorprendido, diciéndole: —¿Cómo es que os encuentro despierta?

—Os esperaba—respondió ella, fijando en el caballero una mirada de inquietud.

—¿Que me esperabais!—murmuró Raúl, mientras dejaba la luz y arrojaba sobre una silla su capa y su sombrero, que estaban empapados en agua.

Y luego se sentó con minestas de estar muy fatigado.

Nicasia contempló por algunos instantes el hermoso rostro del mancebo, que entonces estaba nerviosamente pálido y contrado, revelándose en su mirada, profundamente sombría, el estado de horrible agitación en que se encontraba su espíritu.

—Supongo—dijo Raúl, desplegando una amarga sonrisa—, supongo que me aguardaréis para darme alguna noticia desagradable. Así debe suceder: nunca una desgracia es más que el anuncio de otras muchas. Explicáos, pues, sin temor, que no habéis de sorprenderme, porque nada bueno espero.

—Estáis fatigado y...

—No importa.

—Descansad.

—Me sería imposible abrigando un nuevo temor, y además, ya que esta noche se han conjurado contra mí todas las desdichas, quiero de una vez apurárlas.

—Si os empeñáis...

—Sí, hablad.

—Posible es que mis temores no se realicen; pero...

—Acabad—replicó con impaciencia el joven.

—Para no robaros la tranquilidad—repuso la anciana—, no os he dicho que hace ya bastantes días supo que en la vecindad se murmuraba de mí, diciéndose que a deshora de la noche entra y sale un hombre en mi casa. Ningún valor he dado a semejantes habillitas; pero los que murmuran han llegado a tomar el asunto muy por lo serio, y temerosos de que seáis un criminal, han decidido dar parte de sus observaciones, como esta misma tar-



# Una gran solemnidad eclesiástica del Cardenal de España

## Entrada en Toledo

PODRÁSELE llamar así al Primado sin menoscabo de ajenos fueros? Libreme Dios de caer en exclusivismos, si irritantes siempre, esencialmente incompatibles con las jerarquías y diferenciaciones graduales estatuidas por la Iglesia; pero es que ayer la imperial ciudad, reviviendo fulgores de los días áureos, cuando era corte de los Reyes, casa solariega de la fe y trono del arte, aparecíamos como una síntesis de la patria española. Llegaba por primera vez a su Sede, la más alta de nuestras Prelacias, el que en nombre del Señor era enviado. Los cadetes de la Infantería cubrían, en marcial formación, las calles de Armas, Comercio, Hombro de Palo y Arco de Palacio; los tapices ricos colgaban de los muros catedralicios, hervía de gente Zocodover, gentes de todas partes, venidas para ver de cerca al Padre y sentir sobre el alma sus pastorales caricias; la vieja Castilla, representada por Valladolid y Burgos; Guipúzcoa y Vizcaya, con una falange de sacerdotes; Extremadura, la región de él más amada... Sobre la vistosa policromía de la indumentaria regional destacaba un grupo de hombres modestos, que, como de propósito, andaban un poco alejados de la muchedumbre. Eran la embajada de los humildes; eran los jurdanos de Camino-Morisco; las chaquetas de grana y los recios borcogues, su traje de fiesta, ganaron miradas de curiosidad y de amor.

Quiso Dios que hasta el sol se asociara riente y brillador a la hora del triunfo de la austeridad y del celo, en plenitud de abnegaciones y renunciamientos.

Al pasar la comitiva por la clásica bola del Miradero—un cortejo de más de 200 autos—, una rara sinfonía hecha de gritos de alma, ruidos de pólvora, sonar de música saludaba al Primado. Y, a partir de aquel instante, toda la carrera fué la explosión de júbilo incansable, fervoroso, espontáneo. Cuando el Cardenal Segura traspasó la Puerta del Perdón o de Reyes, engalanada con tapices góticos; cuando sus ojos, húmedos de emoción, encontráronse con los de su Cabildo anhelantes de cruzarse entrañables la primera mirada de amorosa compenetración, y yo os digo, lectores, con lealtad de sacerdote y caballero, que vi otra vez, como en casos análogos, el poder sobrenatural que Dios Nuestro Señor y la Iglesia Católica reflejan sobre sus altos Ministros. No era el rojo de la púrpura—sangre y martirio—, ni el fulgor del pectoral—luz y caridad—, no era la evocación reviviscente del glorioso toledanismo lo que, como un irresistible imán, pesaba sobre aquella multitud cuya alma arrodillada pedía bendiciones, era el paso de Dios sobre sus hijos.

En otro instante de la triunfal entrada advirtiéndose, acaso más ostensiblemente, el carácter sobrenatural del grandioso acto. Cuando el Cardenal había saludado a los fieles—a los 10.000, a los 15.000—que llenaban las inmensas naves, y habíale dicho, con el corazón a flor de labio, su programa franciscano—paz y amor—, las manos unidas sacaron del tabernáculo al Divino Prisionero. La Hostia Inmaculada derramó los esplendores de la luz celestial sobre la ingente muchedumbre silenciosa, extática; Dios y su Ministro enlazados, fundidos, recogían el aliento de aquellos millares de fieles que, miembros de una sola familia, no tenían entonces más que un solo corazón y un alma solas.

Y ésta ha sido la característica del victorioso día; unidad en la fe y en el amor al Prelado como representante del Señor.

La Prensa diaria ya os ha referido detalles de la magnitud y atrayente colorido de la ceremonia; os ha narrado lo popular y espontáneo de aquella recepción que parecía que nunca iba a acabarse, la nota plena de encanto del comedor para 250 niños pobres contigo a aquel en que se servía el banquete de gala. Interesante y ejemplar todo ello, revelador de cómo el catolicismo español, congregado ayer en Toledo en la persona de autorizadas delegaciones, sabe exaltar los grandes valores del sacerdocio. Con todo, para mí, escritor y sacerdote, lo más soberanamente atractivo y ejemplar del advenimiento del Cardenal a su Sede fué la intensa y espontánea palpitación del alma toledana, española, mejor dicho, amorosa y filialmente entregada. Aurora de venturoso día, quiera Dios que su lumbre no se apague.

J. POLO BENITO

*Docto de la S. J. C. M.  
Primado de España.*



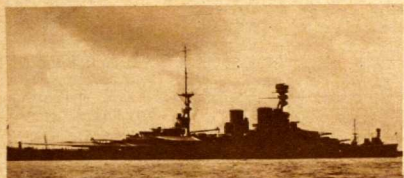
ENTRADA EN TOLEDO DEL CARDENAL PRIMADO DE ESPAÑA, MONSEÑOR SEGURA.—1 El Cardenal, acompañado por las autoridades de Toledo, presenciando, desde la puerta de la Catedral, el desfile de los alumnos de la Academia, que rindieron los honores. 2 El Cardenal besando las Sagradas Reliquias, al entrar en la Catedral. 3 El Cardenal, aclamado por el pueblo toledano al pasar, en automóvil, por las calles de la Ciudad Imperial. (Fot. Contreras y Vilaseca.)



# NOTAS GRAFICAS DE LA ACTUALIDAD E



SANTIAGO DE COMPOSTELA.—En el Rectorado de la Universidad. Acto de firma del contrato de compra de los terrenos destinados a la edificación de la Residencia de estudiantes. (Fot. Kasado.)



VIGO.—El acorazado "Hood", buque insignia de la escuadra inglesa, surta en el gran puerto gallego.



LA CORUÑA.—Huéspedes ilustres. El coronel del Ejército cubano Sr. Quiñones (1) momentos después de desembarcar en Coruña, acompañado de su bella esposa y de sus hijas. El coronel Quiñones viene a España, en representación del Gobierno cubano, con el título de Comisario general de Cuba, en la Exposición Iberoamericana. Esta fotografía fué obtenida durante el almuerzo con que el Sr. Quiñones y su familia fueron obsequiados por el alcalde de La Coruña, Sr. Casares (2). (Fot. Blanco.)

VIGO. — Grupo de distinguidas personalidades que concurren al té y al baile ofrecidos a las autoridades y a la alta sociedad de Vigo por el jefe de la escuadra inglesa, contralmirante Dreyer, a bordo del acorazado "Hood". (Fot. Pacheco.)



VIGO.—El Gobernador militar, Sr. Coronel (1) y el comandante de Marina, Sr. Sanjuán (2), con el contralmirante Dreyer (3). El comandante y el segundo del acorazado "Hood", durante la visita de las autoridades españolas a la escuadra inglesa. (Fot. Pacheco.)



VIGO.—Banquete oficial ofrecido por el Ayuntamiento de Vigo al contralmirante Dreyer, jefe de la escuadra británica, surta en el puerto, y oficiales de la misma. (Fot. Seco.)



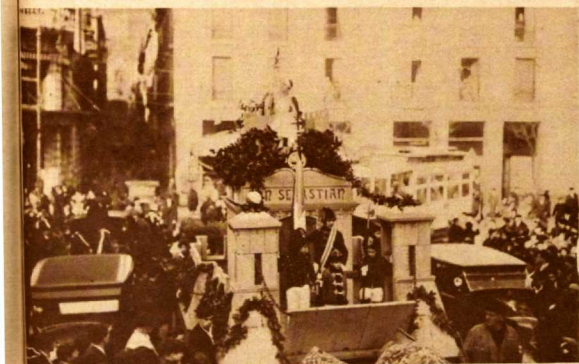
## EN LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS



SANTANDER.—El Cuerpo Consular, durante la recepción y el banquete dados por el Gobernador civil, Sr. Saliquet, con motivo del santo de S. M. el Rey. (Fot. Samot.)



SANTANDER.—Los ingenieros civiles de la provincia de Santander, reunidos en "Royalty", y en banquete fraternal. (Fot. Samot.)



SAN SEBASTIAN.  
FIESTAS EN HO-  
NOR DEL PA-  
TRONO DE DO-  
NOSTIA.

La carroza de la  
Bella Easo, duran-  
te el desfile orga-  
nizado con motivo  
de la fiesta.  
(Fot. Photo-Arte.)



El desfile de las  
compañías de tam-  
borreros que pre-  
cedían a la carroza  
de la Bella Easo.  
(Fot. Marín.)



SANTANDER.—El público, de todas las clases sociales, que acudió a rendir homenaje al marqués de Valdecilla, congregado ante la finca "La Cabaña", residencia del prócer y filántropo montañés. (Fot. Samot.)



SANTANDER.—La delegación del gremio de pescadores, al salir de la residencia del marqués de Valdecilla, después del homenaje tributado al gran bienhechor por todo Santander. (Fot. Samot.)



SAN SEBASTIAN.—La bellísima señorita de Ayestaráu, que figuró como reina en la carroza de la Bella Easo. (Fot. Marín.)



# NOTAS GRAFICAS DE LA ACTUALIDAD



SAN SEBASTIAN. — Las fiestas del Patrono de Donostia. Salida de los corredores que tomaron parte en el "cross" pedestre organizado por el "Avión Club". A la izquierda, los vencedores: Azcárate, Acebal y Ruiz. (Fot. Photo-carte.)



SAN SEBASTIAN.—El equipo del Real Unión de Irún, que en su partido de desempate con el de la Real Sociedad de San Sebastián se adjudicó el campeonato de fútbol de Guipúzcoa. (Fot. Marín.)



SAN SEBASTIAN.—Un momento interesante del partido de fútbol Real Sociedad-Real Unión. Intervención de Lagarzu y de Zaldúa. (Fot. Marín.)



BILBAO.—Un remate de Yarza, durante el partido Arenas-Athletic, que terminó con la victoria del último. (Agencia Arte.)



BILBAO.—El equipo del "Athletic Club" que, después de los partidos jugados últimamente, ha ganado el campeonato regional de fútbol de Vizcaya. (Fot. Amado.)



## SIEMPRE MÁS Y MEJOR LUZ CON

# PHILIPS



De venta en todas partes y LAMPARA "PHILIPS" S. A. E. MADRID: Prado, 30. BARCELONA: Córcega, 222.



## N LAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS



AGOZA.—Las autoridades en el Salón del Trono de Capitanía, durante la recepción que tuvo lugar con motivo del santo de Don Alfonso XIII. (Fot. Marín Chivite.)



AGOZA.—Aspecto que ofrecía la escalera central de Capitanía al terminar la recepción celebrada con motivo del santo del Rey. (Fot. Marín Chivite.)



AGOZA.—Los vendedores de periódicos de Zaragoza reunidos en banquete presidido por el alcalde, D. Miguel Allué Salvador. Instantánea obtenida al terminar la simpática fiesta. (Fot. Barrera.)

## VISITAD LA CASA MINUE

SIEMPRE NUEVOS MODELOS  
ABRIGOS  
VESTIDOS  
SOMBREROS

Muy pronto los nuevos modelos de  
Primavera.

FUENCARRAL, 40.-Tel. 11.702

## ELEUTERIO

LUNA, 11 - FUENCARRAL, 18

EL JUEVES 26  
COMENZÓ NUESTRA

## Gran Quincena Blanca

A diario ofrecemos en LA VOZ un artículo determinado a precio especial de propaganda.

## VIAJES DE RECREO — y — GRAN TURISMO

Cruceros por el Mediterráneo, visitando Alto Egipto, Siria y Palestina en el majestuoso vapor *Rotterdam*. Salida de Gibraltar el 15 de Febrero de 1928. Excursiones por el Río Nilo.

Expedición de billetes de ferrocarril, pasajes aéreos y marítimos para las principales líneas.

VIAJES A «FORFAIT» (Todo incluido.)

VIAJES MARSANS

Carrera de San Jerónimo, 43.—MADRID

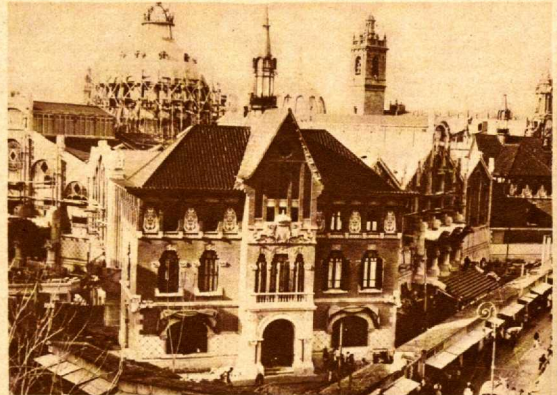
Casas en Barcelona, Sevilla y Vigo.  
Corresponsales del AMERICAN EXPRESS C.ª



# Notas gráficas de la actualidad en las provincias españolas



VALENCIA.—Aspecto del nuevo Mercado Central durante la paella servida a los pobres para festejar la inauguración del soberbio edificio.  
(Fot. Desfilis-Barberá.)



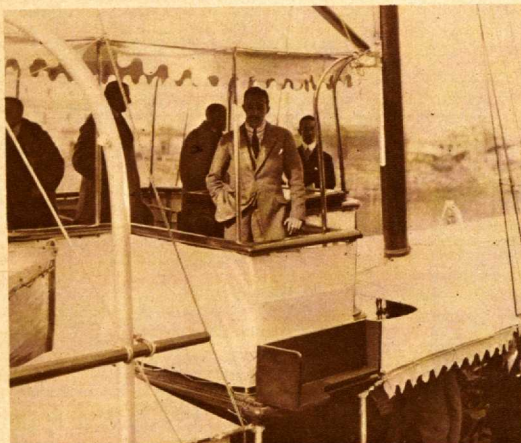
VALENCIA.—El nuevo Mercado Central, inaugurado recientemente.  
(Fot. Vidal.)



SEVILLA.—S. M. el Rey al llegar al muelle para embarcar con dirección al coto de Doñana, donde tomó parte en una cacería. (Fot. Serrano.)



BARCELONA.—El barón de Viver y el marqués de Foronda al entregar al general Barrera el busto en bronce con que le obsequiaron numerosos amigos y admiradores. (Fot. Badosa.)



SEVILLA.—Don Alfonso XIII sobre la toldilla del "Stephanotis", al partir en dirección al coto de Doñana. (Fot. Serrano.)



BARCELONA.—El equipo del F. C. Barcelona, victorioso en los partidos celebrados para el campeonato de Cataluña, cuyo título ostenta. (Fot. Badosa.)



**COMPRO**

toda clase de alhajas, oro, plata y platino, relojes de todas las marcas y clases, aparatos fotográficos, cines, autógrafos, gramófonos, rollos, discos, máquinas de escribir y coser, mantones de Manila, encajes, damascos, abanicos, escopetas, prismáticos y toda clase de objetos de valor.

**VENDO**

Antigua y única casa en Madrid.-Fuencarral, 45.-AL TODO DE OCASIÓN.-Teléfono 15830

COMPRA - VENTA DE FINCAS E HIPOTECAS - MAGNIFICA COLOCACION DE CAPITALES - PRESTAMOS  
:: :: SOBRE AUTOMOVILES Y MERCADERIAS - GESTION DE TODA CLASE DE ASUNTOS :: ::

**CENTRO COMERCIAL**

Caballero de Gracia, 28. Bajo

Teléfono 17850

MADRID

**ACEITES DE OLIVA**  
**UCA**  
**SALGADO S.A.**  
MADRID-SEVILLA  
ESPAÑA



**PATENTES DE INVENCION - MARCAS**

Gestión por la Agencia Oficial, MORA & COLOMINA.-Arrieta, 7.-MADRID

"BING" MAQUINA ESCRIBIR  
CONTADO 220 PTAS. PLAZOS 264  
15 PESETAS MENSUALES  
CARMONA - Fuencarral, 83.- MADRID  
DESEO AGENTES DE VENTA

**PELLUQUERIA DE SEÑORAS**  
**RAMOS**  
Casa especializada en blouses para caballeros. Artístico peinados para señoras. Ondulación Marcel y permanente. Tinturas. Manicura. Masajista. Perfumería. Duque de la Victoria, 4. VALLADOLID



Huertas, 7 duplicado. MADRID

**CANAS**



**AGUA DE COLONIA**  
**HIGIENICA**  
**LA CARMELA**  
ELABORACION FRANCESA  
INDIF. CARO

**Invento maravilloso**  
para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia «LA CARMELA»; no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al origen del alce, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

VENTA: Todas partes, y autor N. López Caro, Santiago, y sucursal de Barcelona, Caspe, 22, donde dirigiran la correspondencia. Tel. de Cuba, plácanas con al nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro. República Argentina: en todas partes.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

ELABORACION FRANCESA  
INDIF. CARO  
CASAS PRINCES RO  
SANTIAGO

¿Ha visto los preciosos regalos que da

**"LA AURORA"**

a sus clientes de Chocolates y Cafés en **PRECIADOS, 27?**

**BAILES**

enseñanza rápida, academia aristócrata.

PLAZA DEL CARMEN, 1

"Ostan's"

**Sombreros luto**

ESPECIALIDAD ACREDITADA

Bonitos modelos. Precios especiales. **LA ELEGANCIA**  
Fuencarral, número 10, pral.

**Laxante**

para estómagos delicados la

**Magnesia Erba**

es superior a todos por su calidad y precio.

Un frasco para muchas tomas. Písetas 2, en Farmacias.

**LUMINOSOS**

**"TRIUNFO"**

FRANCISCO NAVACERRADA,  
NUM. 9 - MADRID

TELEFONO 55325

**BODAS**

Los mejores retratos.  
VUELTA. Plaza Progreso, 17.  
¡¡ Cuidado, número 17 !!

Lea usted

**"GUTIERREZ"**

Gran Semanario  
español de humorismo.

**CORONAS** DIADEMAS DE AZAHAR  
FLORES Y PLANTAS  
RUBIO :: 3, CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 3

**FERRERA**

Sellos caucho comerciales, 1,75 pts., garantizados por dos años. — Placas metal y porcelana  
**CARRETAS, 41 (frente a Romea)**

**CALVICIE**

Para fortificar el pelo, detener su caída, estimular enérgicamente su crecimiento, dejarlo libre de grasitud evitando a la vez que sea seco, extirpar la caspa, quitar la picazón y destruir los microorganismos que engendran las afecciones microbiosas, ni nacional, ni extranjero se ha producido nada comparable al acreditado

**VEGETAL ANDINO**

Venta en todas partes. Frasco: 6,50 pesetas.

Si su proveedor no lo tiene, dirijase al depósito:

**Fernando, 41.-BARCELONA**

Concesionario para América: Exportadora Cebra S. A.  
Calabria, 114. Barcelona.



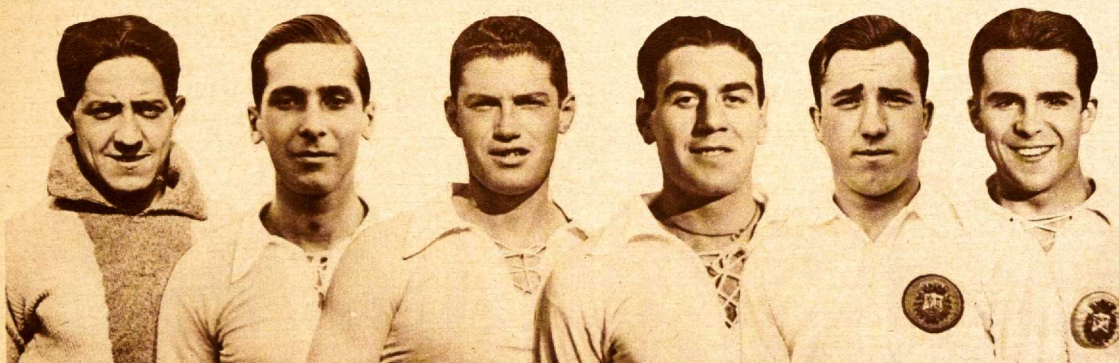
# El subcampeón de la región centro

«Real Madrid F. C.»

*Notable  
composi-  
ción de  
Alvaro*



El equipo que ostenta el subcampeonato castellano, y cuyos méritos en los últimos encuentros no le hacen desmerecer de su compañero de representación regional. Haciendo honor a lo que del "team" que lleva el nombre de la capital de España es de esperar, la afición comparte la esperanza de que su enseñanza sea bien defendida por el Club que en tiempos inolvidables supo colocar su pabellón a gran altura. Difíciles habrán de ser algunas de las contiendas que para el campeonato nacional se aviecinan; pero figuras hay en el "once" blanco que, en un alarde de facultades y nobleza en el juego, recuerden aquellas épocas felices, que no creemos desterradas. Por orden de colocación, aparecen en nuestra plana: Castro (1), guardameta; Quesada (2) y Urquiza (3), defensas; Prast (4), Esparza (5) y J. M. Peña (6), medios; Menéndez (7), Félix Pérez (8), Gual (9), Uribe (10) y Del Campo (11), delanteros.



Equipiers que, alternando durante el campeonato en diversos encuentros, han contribuido al buen éxito de clasificación, y algunos de los cuales formarán durante el duro torneo para el título supremo. De izquierda a derecha: Martínez, Illera, Merino, L. Peña, Moraleda y Muñagorri.

Reservado  
para los  
automóviles

**PAIGE**

ALCALA, 69  
MADRID